

Selección RNR

MARTA MÁRQUEZ

*El recuerdo
del viento*



Romance Actual

El recuerdo del viento
Aire y viento II

Marta Márquez



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

*A Laura e Iván:
Mis mejores amigos
A Lucía y Daniel:
Mis amores*

PRÓLOGO

Él tenía treinta y un años y su vida, una vez más, volvía a dar un giro.

Habían transcurrido más de dos años desde que había dejado atrás aquellas calles que le habían regalado tantos momentos, pero su barrio seguía tan vivo en su mente como en su corazón.

Escondido allí, había algo que le hacía recordar una y otra vez.

Aunque creyó que nunca volvería, un suceso inesperado lo obliga a hacerlo, y el miedo se apodera de él otra vez, como le sucede siempre que tiene que volver.

El viento del pasado regresa para llevarlo. El mismo que siempre le trae los mismos recuerdos.

Ella tenía veintitrés años y continuaba como siempre.

Seguía recorriendo las mismas calles una y otra vez y, pese a los años transcurridos, seguía sintiendo que su vida aún no había logrado completarse.

Si miraba hacia atrás, solo había un momento en el pasado en el que se había sentido parte del mundo que la rodeaba, pero eso ya no era más que un antiguo recuerdo.

Desde hacía más de dos años paseaba por las calles de la ciudad en busca de la emoción perdida, a la espera de volver a encontrarla tras alguna esquina.

No podía evitar pensar que el aire que ahora respiraba había dejado de ser el mismo.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

David apuró el último trago de whisky y dejó el ancho vaso vacío sobre la mesa. Apagó el cigarrillo y respiró hondo. Todo estaba sumido en la oscuridad y el silencio reinaba a su alrededor.

Consultó su reloj de pulsera. Faltaban veinte minutos para que las manecillas marcaran las dos de la madrugada. La noche era cálida para ser septiembre, pero la madrugada había traído con ella una fresca brisa marina.

Se puso de pie y abrió un poco más el gran ventanal que separaba la pequeña terraza de la sala de estar. Ya en el interior, agradeció el calor que envolvía la sala.

Al encender la luz todo se transformó. Lo que hasta hacía escasos segundos no eran más que sombras que reptaban por las paredes, eran ahora sus enseres y recuerdos. Pudo ver el sofá negro que había apoyado contra la pared y, frente a él, el mueble de estilo moderno de color ceniza que contenía dos fotografías, una en la que posaba junto a su amigo Damián y otra de él mismo cuando era un niño, una maqueta de un coche antiguo a escala y un gran televisor de plasma.

Recorrió la sala de estar en unos pocos pasos y llegó hasta el estrecho pasillo que separaba el cuarto de baño de su habitación. El piso era tan pequeño que podía recorrerlo en menos de un minuto; pero no le importaba, era suficiente para él, además desde las ventanas podía ver el mar y con eso le bastaba.

Se lavó los dientes frente al espejo y contempló su imagen con cierta desidia. En los últimos meses había ganado algo de volumen y sus músculos eran ahora más robustos y definidos. Las horas que pasaba en el gimnasio practicando boxeo daban sus frutos.

Apagó la luz y su imagen se perdió en el espejo, formaba ahora parte de la oscuridad. Caminó hasta su habitación. A través de la ventana, se colaba la luz procedente de las farolas que había en la calle y, aunque era una tenue claridad, pudo distinguir sin problema la gran cama de dos por dos que presidía la habitación, las dos mesillas que había a cada lado y en las que ahora no podía distinguirse el color chocolate que las bañaba. La silueta del televisor que colgaba de la pared parecía querer fundirse con los gráciles reflejos brillantes y blanquecinos de la luz.

Se metió en la cama y se desprendió de la ropa que llevaba. Se quedó solo vestido con su ropa interior blanca. Cerró los ojos cuando el reloj digital marcaba las dos.

La alarma lo despertó como cada día. Eran las nueve de la mañana. Se quedó unos minutos tumbado en la cama, enredándose entre las sábanas y sintiendo la irresistible tentación de cerrar los ojos de nuevo y dejarse llevar por las olas del sueño.

Al final, y no sin esfuerzo, se levantó de la cama despacio. Subió la persiana y sonrió cuando vio que el sol brillaba esplendoroso. Abrió la ventana y recibió el sonido del mar que se encontraba a tan solo unos metros. El mismo mar que escuchaba cada mañana al despertar, que le gustaba contemplar cada noche antes de dormir, el que llevaba un par de años regalándole el aroma salino que tanto le gustaba.

El mismo olor que lo recibía cada mañana al salir a la calle. Caminó escasos metros hasta que llegó a su coche, aparcado frente al bloque de apartamentos. El Opel Astra negro que hacía tantos años lo acompañaba. El mismo que esperaba que lo escoltara en todos los viajes que estaban por venir.

Poco más de diez minutos después, llegó frente a la tienda de recambios de vehículos en la que trabajaba desde hacía más de un año. Aparcó su coche en el pequeño aparcamiento que había junto a la trastienda y saludó con un movimiento de cabeza a su compañero que también acababa de llegar.

—Vamos a ver qué hacemos con este lunes. —El chico sonreía, pero unas marcadas ojeras azules bajo sus ojos parecían indicar que el día sería duro y que el fin de semana debía haberlo sido aún más.

David sonrió. Llevaba trabajando con ese chico desde el primer día. Rubén

tenía veinticinco años y llevaba más de siete trabajando en aquella tienda que era propiedad de un familiar. Nunca había mostrado demasiado interés en los estudios, y todos siempre supieron que allí estaría su futuro. Era un joven alegre, de mirada traviesa y pícaro sonrisa. Divertido y amante de la fiesta, también era un chico responsable y cariñoso con el que David había entablado una amistad casi desde el primer minuto. Cuando lo miraba no podía evitar ver a la misma persona que él había sido algún día y de la que no conseguía desprenderse del todo.

Miró el reloj. Eran casi las diez de la mañana. Su jornada laboral estaba a punto de empezar. Los casi diecisiete meses que llevaba trabajando allí lo habían convertido en todo un experto sobre la materia, además, su desparpajo innato y su simpatía le encumbraban como uno de los mejores vendedores de la tienda, motivo por el que su jefe, Ramón, siempre accedía a todo lo que David le pidiera; lo cierto es que era un buenazo, bajo su apariencia de hombre robusto y barrigón se escondía uno de los corazones más grandes que David se había encontrado en toda la vida, era tranquilo y sosegado, aunque podía hacer temblar al más valiente cuando arrugaba su frondoso bigote, síntoma inequívoco de que su paciencia se había agotado.

A las dos y cinco de la tarde se dirigió al almacén. En uno de los extremos, en una pequeña sala que entre ellos habían habilitado con un par de viejos sofás, un antiguo televisor y una estrecha mesa de madera que ya nadie usaba, pasaban los ratos de descanso.

Se dirigió a la máquina que había junto a la puerta y cogió un refresco de cola y un sándwich de jamón york con queso. Comió en silencio pensando en lo que haría cuando su turno terminara. Aquel día sería a las siete de la tarde, era un buen horario, le ofrecía la posibilidad de tener gran parte de la tarde libre, y él sin duda la aprovecharía golpeando un saco de boxeo, no se le ocurría otra forma mejor de hacerlo.

Miró el cuadrante que había colgado en la pared y lo memorizó en un segundo. Era una de las cosas que más le gustaban de ese trabajo. Como la tienda abría de diez de la mañana a diez de la noche de forma ininterrumpida, los trabajadores podían planificarse los turnos de forma que a todos los favoreciera. David siempre lo organizaba de forma sutil para coincidir con Rubén, su inseparable compañero, y para que las prioridades de Ramón y de

Miguel, el hombre de calva brillante y sonrisa constante que siempre le hacía reír con su inocencia e ingenuidad, se antepusieron a las de Álvaro. De todos sus compañeros este último era el único con el que David apenas cruzaba más de dos palabras. No soportaba la forma que tenía de andar entre los demás, creyéndose siempre el mejor y el más listo en todos los ámbitos. Eran dos defectos que para David eran imperdonables y que convertían su relación en imposible. Pero no le importaba, aquel hombre no era más que alguien que pasaba por su vida de forma temporal, que olvidaría en cuanto lo perdiera de vista y que no volvería a recordar jamás.

Aparcó frente al gimnasio y cogió la mochila que estaba en el maletero. La temperatura era suave esa tarde de mediados de septiembre. Mientras caminaba, aspiró una bocanada y se dio cuenta de que el aire ya era diferente. El verano iba perdiéndose entre las calles de aquella ciudad costera. Había estado tan ocupado últimamente que apenas había reparado en ello y de pronto se sintió un tanto melancólico. El final del verano suponía un cambio, algo que en un lugar como Valencia se hacía aún más pronunciado. Los turistas habían empezado a marcharse, la playa estaba cada vez más vacía y el silencio que llegaba poco a poco cubría todo bajo un manto de nostalgia.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de su teléfono móvil. Lo buscó en la mochila y sonrió cuando vio el nombre que aparecía en la pantalla.

—Hola, Damián —dijo con la alegría implícita en la voz. Siempre que hablaba con su amigo, el que aún seguía siendo su mejor amigo, la felicidad lo invadía. Se alegraba de haber conseguido mantener la relación de amistad con él a pesar de todo.

—David, ¿Cómo estás?

Notó enseguida que la voz de su amigo era débil.

—¿Va todo bien? —preguntó sin más dilación.

Hubo un silencio al otro lado que se prolongó durante unos segundos.

—Estoy en Madrid —Damián respondió al fin.

David frunció el ceño. Su amigo vivía en Barcelona desde hacía casi dos años.

—¿Estás de visita? —Mientras hacía esa pregunta notó que su estómago daba un vuelco. Siempre que pensaba en Madrid se sentía de la misma forma,

no podía evitarlo. De repente sintió vértigo. El mismo que si estuviera frente a un precipicio.

—Es mi padre, David. —La voz de su amigo se suavizó—. No está bien.

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, le han detectado cáncer de pulmón.

David abrió desmesuradamente los ojos y apretó los puños, no esperaba una respuesta tan directa.

—Vaya... yo... no sé qué decir. Lo siento mucho. Muchísimo. —Sintió que daba un paso más hacia aquel precipicio.

—Lo sé. —Damián pareció sonreír al otro lado—. Solo quería que lo supieras. Quería contártelo. Quería hablar contigo.

—Sabes que yo siempre estaré aquí. —Sonrió—. ¿Él cómo está?

—Bueno solo hace un par de días que lo sabemos. Está bien, ya sabes como es. He venido a pasar unos días con él. Con ellos.

David sintió que la sensación de vahído era aún más acuciante. Ellos. Aquella simple palabra significaba tanto para él que no pudo evitar sentirse frágil.

—¿Cómo esta ella?

Esa palabra tan sencilla tembló en sus labios. Era incapaz de hablar de Sara, de pensar en ella sin sobrecogerse.

—Está bien. Sabes que es fuerte. Muy fuerte.

—Claro. —Al pensar en la chica su mente voló cientos de kilómetros, casi podía sentirse a su lado, como en los viejos tiempos, como cuando Sara era tan familiar como su propia sombra—. ¿Cuántos días estarás en Madrid?

—Aún tengo un par de semanas de vacaciones, así que aprovecharé para quedarme aquí. No quiero irme ahora. No quiero dejarlos solos.

Un pensamiento atravesó su cabeza a toda velocidad, como un rayo que vuela en un cielo de verano una noche de tormenta. Y tal y como lo pensó, lo dijo en voz alta, y de inmediato se arrepintió de ello. Saltó directamente hacia el precipicio sin pensarlo.

—Iré a verte.

Cuando terminó de decir la frase cerró los ojos y susurró una maldición.

—Eso sería estupendo. —La voz de su amigo de repente había cobrado fuerza.

David sonrió. Aunque fuera duro para él, aunque volver a Madrid lo asustara mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer, tenía que estar con su amigo en un momento como ese, quería estar con él.

—Quizá pueda ir el fin de semana.

—Ojalá puedas hacerlo. Ven cuando puedas.

—Te llamaré en cuanto sepa algo. —Comenzó a caminar de nuevo y se apoyó contra un banco de piedra que había frente al gimnasio—. Damián, estate tranquilo. Yo estoy contigo, ya lo sabes.

—Lo sé. Muchas gracias.

Colgó el teléfono y se quedó mirando la pantalla. Su mente estaba bloqueada. Aquella llamada había cambiado todo en un segundo. De pronto había tomado la decisión de ir a Madrid, y ahora que empezaba a ser consciente del alcance de sus palabras, sentía miedo. Miedo de volver. Miedo de volver a verla.

CAPÍTULO 2

Sara se sentó de nuevo en la incómoda silla de plástico que había abandonado hacía tan solo unos minutos. Estaba nerviosa, tanto que no podía evitar sentarse y levantarse constantemente.

Pablo apoyó una mano sobre su pierna, en un gesto tranquilizador. Ella lo miró y sonrió con dulzura mientras lo acariciaba.

Los minutos se hacían eternos en la sala de espera. Damián estaba de pie, apoyado contra la pared, en silencio y con la vista clavada en la puerta que tenía delante, la número 102.

Una enfermera vestida con una camisa y un pantalón de color verde manzana apareció al otro lado de la puerta y sonrió.

—Pablo, ya puede pasar.

Sara se puso de pie, pero su padre la sujetó con delicadeza del hombro mientras negaba casi imperceptiblemente con la cabeza. Antes de que tuviera tiempo de decir algo, el hombre se encaminó con paso decidido hacia la sala.

—Quiere ir él solo, estará más tranquilo así.

Escuchó la voz de su hermano y lo miró, el chico seguía con la vista clavada en la puerta que volvía a estar cerrada. Sonrió con timidez.

Ella notó que los nervios que hasta ahora caminaban por su estómago sin parar se habían convertido en un tropel de caballos galopando frenéticamente. Respiró hondo, tratando de relajarlos, de domarlos. Pensó en su padre, a él le tranquilizaba entrar solo a la consulta con el médico, siempre había sido así, apenas pisaba el hospital y cuando lo hacía, prefería hacerlo solo, como si de esa forma pudiera mantener las enfermedades a raya. En las últimas semanas, la chica había tenido que insistir a diario para que el hombre fuera al médico a un estudio rutinario. Lo había hecho a regañadientes, después de bastantes

quejas y protestas, pero ahora se daba cuenta de que era la mejor decisión que había tomado en su vida. Gracias a ello habían descubierto que algo no iba bien dentro de Pablo. Sara no había querido creerlo hasta que las pruebas fueron innegables. Su padre padecía cáncer de pulmón. Al oír esas palabras, la tierra había comenzado a temblar bajo sus pies y, en cuestión de minutos, las placas se habían abierto y todo había desaparecido. Cáncer. La temida y odiada palabra que se estaba adueñando del mundo. Sara palideció y enmudeció, pero en cambio Pablo sonrió y dijo unas palabras que ella no olvidaría jamás.

—Sabía que ese cabrón vendría a buscarme alguna vez.

Sara lo miró, sin poder articular palabra, y encontró una irónica sonrisa en los labios de su padre. Así había empezado todo.

Sara volvió a la realidad y al ver a su hermano paseando por el frío pasillo del hospital, recordó la tarde que había que tenido que llamarlo para comunicarle la noticia. Damián solo había dicho unas palabras que también se grabaron a fuego en su mente: “Papá es más fuerte de lo que pensamos, podrá con esto, ya lo veras”.

El sonido de su teléfono móvil la hizo despertar de sus cavilaciones. Había sonado un mensaje. Lo buscó enseguida en el interior de su mochila negra. “Seguro que es Alberto”, pensó. Pero solo tuvo que contemplar el teléfono un instante para que su corazón se lentificara, como si acabara de quedarse helado. Abrió ligeramente los labios, un intenso calor recorría su interior, le faltaba el aire. Se puso de pie de prisa y miró a su alrededor. Damián estaba a varios metros.

Caminó hacia el pasillo que había paralelo a esa sala, con el teléfono en las manos y la sangre bullendo en su interior. Se apoyó contra la pared y respiró hondo.

El mensaje era de David. Lo abrió y leyó muy despacio, como si quisiera empaparse de cada una de sus palabras. Había pasado tanto tiempo...

“Hola Sara, ¿Cómo estás? Me ha llamado tu hermano para contarme lo de tu padre, lo siento muchísimo. Espero que este bien y que tú también lo estés. Cualquier cosa que necesitéis, decídmelo sin dudar. Un beso”.

Era David. Su David. Había pasado tanto tiempo que le resultaba casi imposible ver su nombre al otro lado del teléfono. Las piernas le flaquearon.

Cientos de recuerdos, de imágenes, de momentos, de deseos, de pensamientos volaron a su mente. Pudo ver, años atrás, un atardecer de julio, dejando atrás la ciudad que la había visto nacer.

Escuchó la voz de su padre procedente de la sala de espera y guardó el teléfono móvil. Casi corrió hasta su voz. Cuando la alcanzó, su padre sonreía y Damián lo tomaba a través de los hombros.

—¿Qué ha pasado?

El hombre la miró sin borrar la sonrisa de su rostro y la tomó del brazo.

—Todas las pruebas han salido bien, así que mañana comenzaré la quimioterapia. —Pese a todo, su voz era alegre.

Sara asintió y lo besó en la mejilla. Aquello no había hecho más que empezar.

Apenas una hora más tarde, entraba en el supermercado. Sandra se interpuso en su camino, mordía nerviosa una uña.

—¿Qué ha pasado?

—Mañana empezará con la quimioterapia.

Su amiga chascó la lengua y maldijo.

—Lo siento, Sara. —Besó la mejilla de la joven de cabello dorado que se encogió de hombros levemente.

—Es la única alternativa. Seguro que va a salir bien.

Se apartó de su amiga con un gesto cariñoso y se dirigió hacia el vestuario. Aunque fuera extraño, lo cierto era que sentía la mente despierta y despejada. Sabía que ahora tenía que ser fuerte, ambos debían serlo, su padre los necesitaba más que nunca.

Pensó en su madre. Al tomar la decisión de marcharse, también había aceptado desentenderse de sus vidas para siempre. Tras su partida, nunca sabría lo que había sucedido en la vida de Sara, de Damián o de Pablo, y la chica no podía evitar culparla por ello. Quizá, si nunca se hubiera ido, Pablo no habría caído en una vorágine de alcohol y de desenfreno y aquel cáncer nunca hubiera llegado.

Antes de dejar el teléfono móvil, leyó de nuevo el mensaje de David. Al ver su nombre al otro lado, como en tantas otras ocasiones, sentía que le faltaba el aire.

CAPÍTULO 3

Eran más de las once cuando David se recostó en el sofá. Estaba agotado. El entrenamiento había sido duro esa tarde. Su entrenador, Roberto, había tratado de devolverlo a la realidad y despertarlo de su ensimismamiento, pero pese a todos sus esfuerzos, le había resultado imposible. Incluso en ese momento, varias horas después, su mente continuaba en ese limbo invisible.

Miró de nuevo el teléfono móvil que estaba a su lado. No había nada y era precisamente ese vacío el que mantenía su mente ocupada, el que le hacía sentirse en otro lugar, lejos de allí.

Se metió en la cama más pronto de lo habitual y se quedó dormido enseguida.

Despertó sobresaltado. Miró el reloj digital de la mesilla. Eran las dos y veinte de la madrugada. No recordaba nada de su sueño y se sentía inquieto. Se levantó de la cama y se dio cuenta que el sueño había desaparecido, como si hubiera dormido muchas horas y ya no hubiera cansancio que apaciguar. Encendió un cigarrillo y se asomó a la pequeña terraza. Todo estaba en calma, tan solo el sonido del mar llegaba hasta sus oídos. Aquello le hizo sentirse mejor. Siempre lo hacía.

Dio una calada al cigarro y, de repente, como si el humo le hubiera ayudado a recordar, se vio a sí mismo tumbado sobre la cama, pero no en esa cama que acababa de abandonar, sino la que tantos sueños le había regalado en su casa de Madrid, en el apartamento que estaba poblado de recuerdos, algunos que aún dolían.

Pensó en lo extraño que era recordar de pronto su vivienda de Madrid, y no pudo evitar sentir cierta nostalgia. Aspiró una bocanada de humo y, al observar las volutas de humo que parecían danzar, una imagen se dibujó en

su cerebro, estaba viendo retazos de un sueño, el que lo había hecho despertar sobresaltado. Se vio tumbado en su cama de Madrid, pero había alguien más, una persona que parecía dormir a su lado. David cerró los ojos con fuerza. La imagen se hizo más clara. Lo que estaba a su lado no era en absoluto lo que hubiera podido suponer o imaginar. Tenía el cabello rubio. Reconocía aquellas ondas, las mismas que había sentido entre sus dedos en las largas noches de verano. Pudo ver su rostro. La perfección de sus facciones. Los labios ligeramente entreabiertos. La pequeña nariz que parecía moverse despacio.

Allí estaba Sara, como si nunca se hubiera ido.

Volvió a la cama sintiendo frío, un frío que atravesaba mucho más que su piel, que parecía apoderarse de su interior.

Apagó la luz y esperó que la oscuridad se llevara la imagen tan nítida de Sara, sabía que era imposible que se llevara su recuerdo, aquel que seguía susurrándole en el viento.

El sonido de la alarma lo obligó a despertarse. Le costó abrir los ojos y aún más mantenerlos abiertos. La luz se resistía a entrar en la habitación. Giró su cuerpo hasta quedar mirando el hueco vacío que había a su lado en la cama. El recuerdo del sueño llegó de nuevo hasta él y, de pronto, como si estuviera en el aire, pudo oler a Sara, aquel aroma dulzón que siempre la seguía. El olor que años atrás se quedaba impregnado durante horas en su cama, que se filtraba en su propia piel y que lo acompañaba durante todo el día.

Agitó la cabeza como para tratar de apartar aquellos pensamientos. Había pasado mucho tiempo de todo eso. Tenía que aprender a olvidar aquel olor.

Al coger el teléfono móvil, lo recordó enseguida y al ver un mensaje vibrando en la pantalla, todo el sueño que le atenazaba desapareció de repente. Se incorporó con rapidez. Abrió el mensaje con el corazón en un puño. Sin querer y sin poder evitarlo, sintió una punzada de decepción.

“Buenos días, guapo. ¿Qué tal has dormido?”.

Sara no había respondido a su mensaje y este era de Irene. Dejó el teléfono sobre la mesilla y giró de nuevo su cuerpo en la cama.

CAPÍTULO 4

Sara tenía la cabeza en otro sitio, no podía concentrarse, apenas podía pensar. Su mente estaba lejos de allí, junto a su padre, en el hospital, mientras recibía su primera sesión de quimioterapia. Apenas había podido estar a su lado un par de horas, no podía ausentarse todos los días en el supermercado.

—Sara, necesito que repongas todos los productos capilares. Acaba de llegar el pedido.

La voz de Diego le llegó desde la espalda. Giró y asintió.

Hacía más de un año que Diego trabajaba allí, desde que Juanjo había decidido marcharse, alegando que había recibido una mejor oferta de trabajo por parte de una empresa de la competencia. Lo cierto era que tanto Sara como Sandra nunca habían creído la veracidad de esa supuesta oferta de trabajo, pero nunca les importó, librarse de él era todo lo que podían pedir. Tan solo esperaban que dónde estuviera, no haya molestado a nadie nunca más.

Diego era ahora el encargado y era totalmente diferente. Tenía más de cuarenta años y un aspecto un tanto desgarbado. Era demasiado alto y estaba muy delgado. Sus piernas parecían dos alambres que podían romperse en cualquier momento. Lo cierto era que tenía un aspecto un tanto extraño. Su cabeza era demasiado estrecha y alargada y apenas tenía restos del fino cabello negro que algún día había podido lucir, pero tenía unos grandes ojos azules que denotaban serenidad y confianza. Era un hombre tranquilo, pero con el suficiente carácter como para poder controlar un equipo de chicos jóvenes.

Esa tarde, Sara llegó a casa más deprisa de lo habitual. Se moría de ganas de ver a su padre. Abrió la puerta del apartamento con ímpetu y sonrió

cuando escuchó el televisor.

Cuando vio a Damián sentado en el sofá, dibujó un mohín.

—¿Dónde está?

—Hola, hermanita. Hemos llegado hace muy poco y se ha ido a echar un rato. Está cansado.

Se sentó junto a su hermano y lo avasalló a preguntas, quería que le contara cómo había ido todo. Cuando terminó, se encaminó a su habitación y se tumbó un rato sobre la cama mientras pensaba en lo mucho que habían cambiado las cosas. Desde hacía más de dos años, la paz reinaba en el hogar. Su padre había cumplido su promesa de beber menos y había logrado reconducir su vida hasta algo mucho mejor. No había sido fácil. Había necesitado la ayuda de médicos profesionales y muchas horas de charla y paciencia por parte de sus hijos, pero poco a poco, aquel hombre envejecido y casi abandonado, volvía a ser una parte de lo que algún día había sido. Ahora, cada vez que Sara lo miraba, podía ver en él un recuerdo que temió no recuperar jamás.

Aunque no podía ver a Damián tanto como hubiera querido porque ahora vivía en Barcelona, hablaba con él varias veces por semana. Desde que se había visto involucrado en aquel homicidio que aún retumbaba por las calles del barrio, él también había cambiado, la relación con su padre se había suavizado e incluso el propio chico parecía ser otra persona, un chico mucho más tranquilo y sosegado que parecía estar encontrando por fin un lugar en el mundo. Su padre había cambiado tanto que hasta había podido aceptar trabajos esporádicos y ella había podido dejar por fin el trabajo en el restaurante.

Las cosas habían mejorado tanto que, a la joven, en ocasiones, aún le costaba creerlo.

Sara apretó los dientes. Siempre que las cosas iban bien, llegaba algo que le quitaba la tranquilidad a su familia. Estaba convencida de que estaban abocados al fracaso y que nunca podrían ser felices en realidad. Ahora que todo iba mejor, había llegado ese cáncer para volver a convertir su camino de arena en terreno pedregoso.

Sara escuchó el sonido de su teléfono móvil. Era un mensaje de Alberto. Lo abrió.

“Buenas tardes, cielo. Espero que tu padre este bien. He intentado llamarte durante todo el día, pero me ha sido imposible. Tengo mucho trabajo, ni siquiera sé a qué hora podré escaparme hoy. Espero que no sea tarde y que pueda verte al menos un rato. Un beso grande”.

Ella suspiró. Su cabeza estaba tan ocupada, tan aturdida, que apenas había pensado en Alberto en todo el día.

“He podido estar con él un par de horas en el hospital, ha estado allí mucho tiempo y ahora está descansando. Mi día también ha sido largo y cansado, me acostaré pronto”.

Estaba a punto de dejar el teléfono cuando recordó el mensaje que David le había enviado el día anterior. Aún no le había contestado y no era porque no quisiera hacerlo, ni porque lo hubiera olvidado, era porque aún le costaba hablar con él. En su interior, la herida aún no había cicatrizado, y el perdón aún no había llegado.

“Hola, Sara, ¿Cómo estás? Me ha llamado tu hermano para contarme lo de tu padre, lo siento muchísimo. Espero que este bien y que tú también lo estés. Cualquier cosa que necesitéis. decídmelo sin dudar. Un beso”.

De nuevo, al volver a escuchar las palabras en su cabeza, porque en verdad era como si pudiera escucharlo hablándole cerca del oído, sintió que su pulso se aceleraba y que su corazón lo imitaba. Por más que quisiera esconderlo, no podía evitarlo. David seguía causando aquella sensación en ella.

CAPÍTULO 5

David habló con sus compañeros de trabajo para cuadrar el turno y salir el viernes a las siete de la tarde, de esa forma podría ir antes hacia Valencia.

Cuando terminó su turno en la tienda fue al gimnasio. Estaba a punto de entrar cuando escuchó el sonido del teléfono móvil indicándole que había recibido un mensaje.

“Hola, guapo. Esta noche no tengo turno en el hotel, podemos vernos cuando salgas de la tienda. Avísame”.

Y al final, a modo de despedida, había una emoticono de una cara que a David le pareció bastante sugerente. El chico miró al frente. Pese a que le gustaba entrenar y que adoraba la sensación del saco bajo sus puños, la oferta de Irene era muy tentadora. Él nunca decía que no a una cita bajo las sábanas.

“Hola, guapa. Acabo de salir de la tienda. Puedo pasarme por tu casa en veinte minutos”.

La respuesta fue instantánea.

“Ok. Te espero”.

Volvió hacia el coche y encendió el motor. Emprendió su marcha siguiendo al sol, que iba bajando paulatinamente en el horizonte.

Cuando cerró la puerta del apartamento era casi la una de la madrugada. No esperaba volver tan tarde a casa, pero sabía que entre las sábanas de Irene el tiempo siempre volaba. Al llegar recordó que no había cenado, así que cogió algo de fiambre que había en el frigorífico y lo comió, envuelto por el silencio que reinaba a su alrededor, en realidad, en aquel apartamento, casi siempre presidía el mismo silencio.

Por un instante se acordó de su casa de Madrid. La misma en la que también se había sentido apesado por el silencio. Pese a los años

transcurridos en que la soledad era su única compañera de viaje, seguía sin acostumbrarse a ella del todo, seguía sintiendo que lo aprisionaba y oprimía como una poderosa serpiente de la que no podía liberarse, en ocasiones, temía verse cautivo de ella.

Se lavó los dientes y esperó que ese simple gesto le hiciera olvidarse de los turbios pensamientos. Se metió en la cama y cuando estaba a punto de apagar las luces, vio una luz que brillaba desde la pantalla de su teléfono móvil. Pensó que sería Irene deseándole las buenas noches, ya que no había conseguido convencerlo para que se quedara a dormir.

“Hola, David. Estamos bien, gracias. Como supongo que ya te habrá contado mi hermano mi padre ha empezado hoy la quimioterapia, queda bastante para que todo esto acabe, pero de momento la cosa va bien. Él está animado y lo cierto es que nosotros también. Gracias por tu mensaje y por ofrecerte a ayudarnos, pero como ya he dicho, estamos bien. Espero que tú también lo estés en Valencia”.

David se dio cuenta de que la respiración se le había cortado, solo la recuperó cuando terminó de leer. Sara le había contestado. Se incorporó en la cama, sentía como su corazón galopaba en el pecho. Sara seguía haciendo que se sobrecogiera y acelerara como nadie más. Estuvo mirando el móvil durante varios minutos, viendo las palabras, pero sin leerlas. El mensaje había sido enviado hacía un par de horas, cuando él estaba entre las sábanas de Irene. Se pasó la mano por el cabello y agitó la cabeza. ¿Debía contestar? ¿Quería hacerlo?

Cuando quiso darse cuenta, sus dedos ya habían comenzado a escribir.

“Me alegro de que estés bien, y de que de momento todo esté saliendo bien. Tu padre es un hombre muy fuerte, seguro que se recuperará. Ya lo veras”.

Dejó de escribir y miró a su alrededor. Había tantas cosas que quería decir, tantas cosas que rondaban por su cabeza, tantas cosas que sabía que no debía decir...

“Por Valencia todo bien, como siempre”.

Volvió a dudar.

“Este fin de semana me gustaría ir a Madrid, espero que podamos vernos”.

Lo envió antes de poder arrepentirse.

Se había puesto nervioso. Se levantó de la cama y se encaminó hacia la

terraza. Encendió un cigarrillo y miró hacia la oscuridad. Después de tanto tiempo había vuelto a hablar con Sara. Había soñado tantas veces con aquel momento... en que había pensado que le diría, que le diría ella a él... ahora que era real, que al fin había llegado la ocasión, una mezcla de sentimientos peleaba en su interior. La culpa, el temor, el deseo, la ansiedad.

Se dio cuenta de que pese a todo, estaba sonriendo. Apagó el cigarrillo y volvió a la cama. Después de aquella tensión sería difícil conciliar el sueño. Estaba otra vez a punto de apagar la luz cuando el teléfono móvil volvió a sonar.

“No sabía que vendrías este fin de semana, Damián no me ha dicho nada. Seguro que le hará muy feliz volver a verte”.

“Espero no haberte despertado. Si sigues madrugando tanto como antes es muy tarde para que estés despierta”.

La respuesta de Sara no se hizo esperar.

“Por desgracia aún no he conseguido ganar ningún premio en la lotería ni cazar ningún multimillonario, por lo que sí, sigo trabajando en el supermercado y despertándome a las seis de la mañana, pero no podía dormir”.

David lanzó una carcajada, había olvidado lo mucho que se reía con ella.

“Vaya, es una pena. No pierdas la esperanza. Hay muchos millonarios libres aún. Supongo que con todo lo que está pasando te costará dormir, es normal. Espero que puedas descansar al menos un rato”.

“Bueno, con todo lo que está pasando últimamente es difícil dormir como si nada”.

“Lo imagino. Y sé que es fácil decir que todo saldrá bien, y que seguramente estés harta de escuchar eso, a mí también me lo dijeron muchas veces y era algo que no soportaba”.

“Al fin y al cabo la gente solo intenta animarte”. Sara le respondió y él sonrió.

“A veces no pueden hacer mucho más”.

“Bueno, voy a intentar dormir. Son más de las dos de la madrugada y tengo que despertarme en cuatro horas, no sé cómo voy a hacerlo”.

“Claro. Siento haberte entretenido. Espero que mañana puedas despertarte bien y tengas un buen día en el supermercado. Buenas noches”.

“Buenas noches”.

Cuando vio como la chica se desconectaba se sintió solo, tan solo que se sintió abrumado. Ahora que había vuelto a hablar con ella comprendió con más fuerza lo mucho que había echado de menos sus conversaciones, las horas que pasaban en el parque, tumbados en la hierba mientras el sol desaparecía en el horizonte.

Dejó el teléfono móvil sobre la mesilla de noche mientras pensaba en lo mucho que pueden cambiar las cosas con el tiempo. La vida es tan bonita a veces como cruel. Un día lo das todo por una persona y, al siguiente, esa persona ni siquiera existe en tu vida.

Se durmió con aquel pensamiento en la cabeza y con la imagen de Sara dando vueltas por su mente, como le había sucedido cada noche un par de veranos atrás.

CAPÍTULO 6

Aquel día Sara no se despertó antes de que sonara el despertador, incluso no habría sabido decir cuánto tiempo llevaba sonando cuando al fin reunió fuerzas para abrir los ojos, extender la mano y apagarlo. Apenas había podido dormir cuatro horas. Los ojos estaban oprimidos bajo una fuerza intangible. A las siete en punto de la mañana cerraba la puerta de su casa, ese día llegaría unos minutos tarde al supermercado, pero no le importaba.

A las nueve de la mañana se marchó a tomar un café al bar que había frente al supermercado, como solía hacer casi todos los días. Desde que Juanjo se había marchado disfrutaba de verdad de aquel pequeño descanso, cuando él aún trabajaba allí insistía para que la joven pasara aquel tiempo con él y ella lo odiaba. En muchas ocasiones había llegado incluso a sentirse un tanto acosada, era demasiado insistente. Se le escapó una leve carcajada cuando pensó en Juanjo.

En el vestuario, un par de horas más tarde, cogió el teléfono móvil dispuesta a mandarle un mensaje a Alberto, pero no pudo evitar ver la última conversación mantenida. Aún le costaba creer que después de dos años hubiera vuelto a hablar con David. Pese al tiempo transcurrido, su imagen seguía muy viva en su interior. Aún podía verlo, como si hubiera sucedido el día anterior, de pie, parado frente a su coche, con su sonrisa de medio lado brillando desde sus labios y la esperanza inscrita en la mirada. Aún no entendía como había podido reunir el valor para rechazarlo aquel día, ¿Cuántas veces había pensado en que quizá ese día había cometido un error?, ¿cuántas veces tuvo la tentación de llamarlo y pedirle otra oportunidad?, ¿cuántas noches había soñado con sus manos?, ¿cuántas veces había echado de menos sus besos?, pero ahora ya era tarde.

Trató de apartarlo de su mente, ni siquiera quería pensar en la conversación que habían mantenido la noche anterior. No quería que sus vidas volvieran a unirse de ninguna manera, el tiempo había pasado y la vida había cambiado, ella había cambiado.

Le escribió un mensaje a Alberto deseándole que tuviera un buen día en el trabajo y sonrió. Aquella era su nueva vida y David no formaba parte de ella.

Mientras se quitaba el uniforme y se vestía con su pantalón vaquero, escuchaba el incesante parloteo de Sandra. La miró con ternura y sonrió. Con ella todo seguía siendo igual que siempre. Seguían siendo las mejores amigas, las mejores compañeras de trabajo y sabía que por muchas cosas que cambiaran en su vida, Sandra siempre formaría parte de ella. Había algo que solo podía entrever en aquellos ojos castaños, en aquella traviesa sonrisa. Su amiga seguía siendo la misma de hacía dos años. Seguía conservando su adorable locura y su arrolladora independencia, la que difícilmente algún chico conseguiría arrebatarse.

Estaba terminando de atarse las zapatillas cuando el sonido del teléfono móvil resonó con fuerza en el pequeño vestuario. Dirigió una mirada cómplice a Sandra y pulsó la tecla de colgar.

—Es Gema, debe estar impaciente.

Sandra lanzó una carcajada y cogió su bolso azul con grandes estrellas blancas.

—Ya estoy lista, vámonos.

Gema estaba esperándolas en el exterior del supermercado, en el interior de su coche. Isaac estaba sentado en el asiento de copiloto y en su rostro había una expresión de nerviosismo y felicidad.

—Hola, chicos. ¿Cómo estáis?

Las chicas subieron al vehículo y Gema puso el motor en marcha.

—Un poco nerviosos. —Isaac sonrió con dulzura y Sara le correspondió, había pasado tantos años con él y lo quería tanto que a veces lo veía como a una amiga más.

Mientras esperaban en la sala de espera del hospital, Isaac no podía estar quieto, paseaba de un lado a otro, visiblemente nervioso. Gema lo observaba con una dulce sonrisa en los labios, Sandra se entretenía mirando las fotografías que recubrían las paredes y Sara los miraba a todos, se sentía

embargada por una inevitable sensación de ternura. Era el mismo hospital al que había tenido que acudir con demasiada habitualidad en las últimas semanas, pero en aquel ala todo era diferente. Allí todo era emoción y amor. Allí se podía sentir la felicidad, casi podía tocarse. Podía verse en los ojos ilusionados de los futuros padres y de sus acompañantes.

Cuando la doctora les informó que era su turno, todos se pusieron de pie y abrazaron a Gema. Sabían que solo Isaac podría formar parte de aquel dulce momento, pero ellas querían acompañar a su amiga, aunque solo pudieran hacerlo desde la sala de espera.

Unos minutos después, su amiga volvió con una sonrisa aún más grande y los ojos un tanto vidriosos. Isaac aún se enjugaba las lágrimas.

—¿Cómo ha ido todo? ¿Qué os han dicho?

La joven mostró un papel en blanco y negro donde apenas podía distinguirse algo.

—Os presento a vuestro sobrino.

Sara sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Sandra comenzó a dar saltos y a reír sin sentido y los cuatro se fundieron en un abrazo. Gema estaba embarazada de diez semanas. Su grupo de amigos, crecía.

Cuando Sara cerró la puerta del apartamento, aún sonreía. Ese había sido uno de los momentos más bonitos de su vida. Pese a que no había podido escuchar los latidos del corazón, algo que le hubiera encantado, el solo hecho de poder ver esa imagen había sido alegría suficiente. Gema era su amiga desde hacía mucho tiempo y aquel bebé era de todas de alguna manera.

Su padre estaba sentado en el sofá, leía un libro. Sara se sentó junto a él y lo besó en la mejilla. El hombre estaba un poco pálido.

—¿Cómo estás?

Pablo dejó el libro sobre la mesa de café y sonrió.

—Estoy bien. La comida de hoy me ha sentado bien.

Ella cogió su mano y la besó con ternura. La siguiente sesión de quimioterapia no era hasta dentro de varios días, pero estaba tomando unas pastillas que lo debilitaban.

—Damián ha ido a comprar algo para la cena. Desde luego Barcelona le está sentando muy bien.

Sara asintió. Su hermano había cambiado mucho en los últimos dos años.

Eran casi las nueve de la noche cuando recibió un mensaje de Alberto, en contestación de la fotografía que Sara le había enviado de la ecografía de Gema. Sara dejó el libro de productos financieros sobre el escritorio de su habitación y leyó el mensaje.

“Me alegro mucho por Gema e Isaac. ¿Cuándo sabrán si es niño o niña? Estoy saliendo ahora de trabajar, ha sido un día horrible”.

La joven chascó la lengua. Tenía la intención de citar lo para esa noche, pero aquel mensaje parecía el prelude de una respuesta negativa.

“Aún podemos vernos un rato. Me vendrá bien dejar un poco los estudios, ha sido un día largo”.

“Lo siento, cielo, pero estoy agotado. ¿Te importa que lo dejemos para mañana?”.

Sara lanzó una maldición.

“Está bien. Como quieras”.

Miró a través de la ventana. La noche estaba a punto de caer sobre la ciudad. Miró hacia la calle y casi pudo ver a David parado bajo su ventana. Con él siempre era temprano, no existía el reloj, no importaba el tiempo. Siempre tenían ganas de verse y estar juntos. Pensó en las veces que David había ido a verla siendo de madrugada, las noches en que apenas habían dormido porque habían preferido estar juntos. Se sorprendió a sí misma pensando de nuevo en David y agitó la cabeza. No quería hacerlo. No podía hacerlo.

CAPÍTULO 7

El jueves llegó cubierto por nubes grises y se mantuvo así durante todo el día. En toda la jornada, David había sentido un nudo instalado en su estómago que le había imposibilitado concentrarse en todo lo que hacía. Había pasado la noche entre sueños confusos y despertares nerviosos, y el día no parecía querer mejorar. Suponía que el motivo de aquel nerviosismo no era otro que el viaje que estaba a punto de realizar, del que solo lo separaban unas horas y que lo llevaría de vuelta a su barrio. Había algo en esas calles que despertaba en él cientos de emociones olvidadas y ahora además estaba Sara, y esa idea no paraba de atormentarlo.

Colgó el teléfono, acababa de hablar con Damián, al igual que llevaba haciéndolo durante toda la semana. Parecía tranquilo y esperanzado, y David se alegraba de que fuera así. Sabía que su amigo era fuerte y que saldría de aquello como había conseguido salir de todo en la vida, además siempre de forma victoriosa. Había conseguido salir airoso de las situaciones más complicadas que alguien pudiera imaginar. Había tenido que superar el abandono de su madre, el declive de su padre, la marginalidad de un barrio que nunca había sido bueno con ellos, había esquivado la ley en decenas de ocasiones, había superado los conflictos más violentos, los problemas más difíciles y siempre había conseguido mantenerse en pie, los dos lo habían hecho.

Pese a que ahora la distancia los separaba, seguían tan unidos como siempre. Aunque ahora ya no vivían en el mismo barrio, las escasas horas que los separaban eran salvables.

—David, tienes visita. —La voz de Ramón lo despertó de sus cavilaciones.

—¿Quién es? —preguntó mientras abandonaba el almacén.

Cuando la vio tras el mostrador, con un corto vestido de color azul que resaltaba su bronceado y estilizaba su bonita silueta, abrió ligeramente los labios. No esperaba encontrarla allí. Era la primera vez que ella iba a la tienda.

—¿Qué haces aquí? —David se acercó a ella y trató de sonreír, pero le tensaba escuchar los susurros de sus compañeros y ver de soslayo sus curiosas miradas.

—Hola. —Ella parecía ajena a todo lo que sucedía a su alrededor, lo cierto era que estaba tan acostumbrada a que todos los hombres la miraran que había conseguido aprender a ignorarlo con los años.

David alargó el brazo y rozó el de la joven, apartándola con delicadeza del mostrador.

—Aún me quedan un par de horas para terminar el turno.

Rubén lo miraba desde el otro extremo del mostrador sin dejar de sonreír. David trató de ignorarlo. Dos hombres robustos parecían más interesados en ella que en los espejos que Miguel les mostraba. Ramón miraba disimuladamente mientras fingía buscar algo en la estantería que había detrás él.

David lo veía todo sin mirar y comenzó a sentirse un tanto incómodo. No le gustaba que nadie hablara de su vida privada ni que conocieran demasiado de él. Siempre había sido una persona reservada y, hasta ese momento, ninguno de sus compañeros había conocido a ninguna de sus conquistas.

—Pasaba por aquí y pensé que quizá podrías escaparte un poco antes.

La chica movía despacio su mano derecha sobre el mostrador, en un gesto que increíblemente resultaba seductor. David apartó la vista de su mano, tenía unos largos y estrechos dedos y unas largas uñas pintadas de un vivo color rojo. Su piel estaba muy bronceada y había adquirido un tono casi dorado. Alzó la vista hasta sus ojos, no sin antes hacer una breve parada en su pecho que parecía querer escapar del vestido.

—No puedo. Mañana debo ir a Madrid, así que hoy tendré que recuperar un par de horas.

La chica hizo un mohín y se llevó una de sus largas y cuidadas uñas hasta los labios. Los acarició despacio y David entendió enseguida que estaba jugando. Trataba de seducirlo y lo cierto era que tenía un don especial para

ello.

—¿De verdad es necesario que vayas a Madrid?

Aquella pregunta lo hizo volver a la realidad. Dejó de ver a la mujer fatal para ver solo a la joven de cabello negro y ojos oscuros que era una chica como todas las demás.

—Claro que lo es. No me lo perdería por nada del mundo.

Ella arrugó la nariz y fingió suspirar.

—¿Ni siquiera por mí?

—El padre de mi mejor amigo está enfermo, no dejaría de ir a verlo por nadie en el mundo —habló despacio, en un tono suave, pero firme. La chica se encogió de hombros, fingiendo una derrota que en realidad no existía.

—Lo sé. —Sonrió—. Bueno, entonces tendré que irme.

—Si quieres puedo avisarte cuando termine.

Notó como de repente un brillo se despertaba en los ojos de la joven. Bajo el excesivo maquillaje, el prominente escote, el cabello cuidadosamente peinado, la llamativa laca de uñas y los gestos seductores y coquetos, se escondía una niña, una chica que aún tenía mucho por aprender.

—Claro. —Le lanzó un beso y se marchó, no sin antes dedicar una última mirada a todos los hombres que la miraban casi embelesados.

—Bueno, bueno, que calladito te lo tenías... —El primero en hablar fue Ramón, que se situó junto al joven y lo golpeó en el hombro.

David comenzó a caminar en dirección al almacén, fingía que no escuchaba al hombre y que no le interesaba en absoluto su conversación.

—Pero ¿quién es ese pedazo de mujer? —Rubén dejó todo lo que estaba haciendo para interponerse en su camino.

—Una amiga.

—Claro, eso no te lo crees ni tú. —El joven comenzó a reír a carcajadas y Antonio sonrió con timidez—. Si solo es una amiga, podías habérmela presentado.

David apartó a su amigo y compañero y volvió al interior del almacén, pero el chico no cesó en su empeño y lo siguió.

—¿Es tu chica? —preguntó mientras se apoyaba contra uno de los estantes—. Porque si no es tu chica quizá yo pueda convertirla en la mía.

—No creo que le gusten los críos como tú. —David lanzó una carcajada y

Rubén se cruzó de brazos visiblemente molesto—. Es una chica que veo de vez en cuando, nada más.

Rubén continuó hablando sobre los atributos de la chica, pero él ya no lo escuchaba. Aún le costaba creer que Irene hubiese ido hasta la tienda y que le pidiera directamente que no fuera a Madrid, si no era capaz de entender que quisiera estar con su mejor amigo en un momento como ese, nunca entendería nada.

Al abandonar la tienda, ya entrada la tarde, se encaminó directamente hacia el gimnasio, ignoró los mensajes de Irene, que parecía más ansiosa de lo habitual, y se obligó a no pensar en ello demasiado, lo cierto era que comenzaba a estar un poco cansado.

—Hombre, David, pensé que hoy no te vería por aquí. —Roberto, su profesor de boxeo con el que practicaba durante horas seguidas, estaba detrás del mostrador de recepción.

—Hoy se me ha hecho un poco tarde.

Roberto le alborotó el cabello y juntó ambas manos mientras las restregaba, como si estuviera lavándolas.

—¿Y qué? ¿Estás preparado para que te de una paliza?

David sonrió.

—Eso ya lo veremos.

Se cambió de ropa en un instante y antes de que pudiera darse cuenta estaba golpeando las palmas de Roberto, le encantaba el sonido de los pies que parecían bailar con el suelo, el olor a cuero que inundaba el ambiente, la voz del profesor marcándole el ritmo. Allí era feliz.

Horas después, ya tumbado en la cama, consultó el teléfono móvil antes de apagarlo, no lo miraba desde hacía varias horas, en cuanto vio el mensaje de Irene recordó que tampoco había contestado a los anteriores.

“Esperaba que vinieras a verme un rato, supongo que estarás ocupado. Espero que te diviertas con tus amigos en Madrid. Buen viaje”.

No supo si Irene estaba furiosa, desilusionada, celosa o si como casi siempre, estaba bien. Excepto por el cuidado de su físico y por quedar con él, parecía que nada le importaba, era demasiado pusilánime y sosegada, quizá por ese motivo David no sentía nada más por ella que atracción sexual.

Cerró los ojos, estaba cansado, había sido un día largo. Sabía que no habría

nada que consiguiera quitarle el sueño. De repente abrió los ojos sobresaltado. Solo había una cosa que sí podría. Una imagen, la imagen de un recuerdo. Respiró hondo y se tranquilizó. Aquel recuerdo sería una realidad en cuestión de unas horas.

Al despertar recordó que había tenido un sueño, había visto un cielo sin estrellas que podría reconocer en cualquier parte, edificios de ladrillo envejecidos y enmohecidos, había podido percibir el aroma de aquella ciudad que olía a cemento y a gasolina, a pasado, a recuerdos.

Al mirarse en el espejo, se dio cuenta de que en la mejilla derecha, justo bajo la diminuta cicatriz que el golpe de un anillo le había dejado hacía ya más de dos años, tenía un pequeño hematoma de color morado, era tan pequeño que si uno no miraba con demasiada atención no conseguiría verlo, pero ahí estaba, debía habérselo hecho Roberto, sin querer, en uno de sus enfrentamientos. Lo miró una vez más y le sorprendió que estuviera ahí, casi en el mismo lugar que esa antigua cicatriz, como si fuese un recordatorio, un preludio.

La mañana pasó deprisa, tanto como si el reloj hubiera decidido correr ese día, como si tuviera prisa por llegar. Cuando lo consultó, por primera vez en toda la mañana, eran casi las dos de la tarde.

—Puedes irte cuando quieras, ya sabes que en estas horas apenas hay alguien en la tienda. —Ramón estaba a su lado.

—Sí, creo que es un buen momento para irme.

—Ten cuidado.

David apoyó una mano sobre el hombro de su jefe y sonrió.

—Siempre lo tengo.

Cuando se acomodó en el coche, le envió un mensaje a Damián.

“Lo siento mucho, tío, al final este fin de semana tengo trabajo y no voy a poder ir a Madrid. Iré lo antes posible”.

Había decidido engañar a su amigo para que la sorpresa fuera mayor cuando llegara a la capital, como ya lo había hecho anteriormente, casi tres años atrás. Sonrió con picardía ante esa ocurrencia y encendió el equipo de música, no había nada que le apeteciera escuchar especialmente, así que pulsó el botón que accionaba las canciones en un orden aleatorio, sin importar el artista ni el disco. Apenas había recorrido unos kilómetros,

cuando a través de los altavoces comenzó a sonar una melodía que le resultaba familiar. Unos pocos acordes después, no tuvo ninguna duda. Era aquella canción que hablaba sobre respirar, la misma que había escuchado en una ocasión en la misma ciudad, bajo un cielo cubierto de estrellas. De una forma mecánica miró al asiento vacío del copiloto y pensó en ella. Casi pudo verla, asomada a través de la ventanilla, con el pelo ondeando y bailando con el viento. Nunca podría olvidar la sonrisa tan sincera, tan pura, que había visto esa noche en sus labios y en sus ojos. Sin quererlo, él también sonrió.

Subió el volumen y dejó que el sonido inundara el ambiente, que llenara su cabeza. Cuando quiso darse cuenta, Valencia se perdía en el espejo retrovisor.

Cuando vio Madrid, que se asomaba en el horizonte, sintió una especie de calambre, similar a un escalofrío, que atravesó su estómago. Una leve sonrisa se asomó en su rostro. Siempre que volvía a ver su ciudad se sentía de la misma forma. Por una parte lo embargaba la alegría, la emoción, y por otra, los nervios comenzaban a apoderarse de él, de repente era como si fuera incapaz de controlar el torrente de emociones que siempre vivía en su interior, y que en el resto de las ocasiones era capaz de gobernar sin esfuerzo.

Aquella ciudad era inconfundible, diferente a todo lo que había visto. Había algo especial en ella que no tenía nada que ver con los altos edificios o con la silueta de los emblemáticos monumentos, había algo que la envolvía, como un manto invisible que hacía que Madrid fuera mágica. El aire era distinto, quizá porque estaba contaminado y enrarecido, pero a él, le gustaba ese aire, ese olor.

Bajó las ventanillas del coche y lo primero que recibió fue el sonido de decenas de vehículos, como un grupo de animales que huyen en estampida, el sonido de los impacientes claxon. Aunque era un sonido un tanto caótico, a él le hacía sentirse en casa. Cuando vio el cartel que indicaba el desvío hacia su barrio, el corazón le dio un vuelco. Ahora sí estaba en casa. Cogió la salida con un furioso acelerón y miró a su alrededor. La tarde iba cayendo y el sol era cada vez más débil, pese a que solo eran las siete y veinte de la tarde. En aproximadamente una hora el sol no sería más que un recuerdo. Pensó en cómo debía verse el sol en ese preciso instante en Valencia, debía ser aún más tenue.

Cuando tomó esa salida comenzó a ver los edificios que tanto recordaba,

era como si despertaran poco a poco para recibirlo. Aquellas calles eran las mismas de siempre, nada había cambiado en ellas. A veces tenía la sensación de que en ese barrio el tiempo se había detenido hacía mucho tiempo. No importaba el período que estuvieras fuera, cuando volvías, todo seguía igual.

Bajó el volumen de la música para empaparse de los sonidos que dotaban de vida las calles. Los niños que corrían, las personas que hablaban, la vida que esperaba paciente en cada esquina.

Aunque aquello ya podía considerarse parte de su barrio, aún no había llegado a la zona donde siempre había vivido, donde se alzaba su hogar, apenas quedaban unos metros y estaría allí. Solo quedaba doblar un par de calles más y llegaría a la calle exacta en la que vivió gran parte de su vida. La misma en la que había jugado con Damián y con el resto de sus amigos, la que había recorrido al volver del colegio. Era una calle estrecha, flanqueada por antiguos pisos blancos de ladrillo de cuatro plantas, todos iguales, todos con esa humedad que se había instalado en la fachada y que ya formaba parte del mismo edificio, de la ropa tendida que siempre colgaba de un viejo tendedero de cuerda, de los barrotes grises que había en las plantas más bajas y que ya apenas conservaban parte de su color original. Ese era su barrio. Y entre todos esos pisos, allí estaba el suyo. El pequeño apartamento en el que había vivido tantas cosas y que, de nuevo, lo recibía con los brazos abiertos.

Caminó despacio hasta su casa, que estaba al menos a medio kilómetro de donde había conseguido aparcar el coche. Miró a su alrededor y respiró de nuevo aquel aire que tanto había echado de menos. Se cruzó con un par de vecinos que lo miraron interrogantes, pero él solo los saludó con un leve movimiento de cabeza.

Cuando al fin llegó hasta el portal, le pareció, una vez más, que el tiempo no había pasado, que en realidad nunca se había marchado, que el día anterior había abierto esa misma puerta, aunque habían pasado más de dos años.

—Vaya, David. —Se topó de frente con un anciano que llevaba viviendo allí desde que él había nacido.

Su voz era áspera y escucharlo era casi como sentir un estropajo arañando la piel. Nunca habían cruzado más de dos palabras, por lo que le sorprendió escuchar su nombre en los labios del hombre.

—Hola.

El hombre se había parado en los escalones que había junto a la puerta de salida, casi de forma estratégica, quizá para que David no pudiera marcharse sin saciar su curiosidad.

—Creí que ya no vivías aquí. —Además de esa aspereza en su voz había también una cierta amargura, como si le costara pronunciar cada sílaba, su tono era tan suave que a David le costaba entenderlo.

—No vivo, pero he venido a pasar el fin de semana.

El hombre asintió y se apoyó contra la pared. El joven se dio cuenta por primera vez de que llevaba un bastón con el mango de acero, que emulaba una bota, y que parecía tener dificultades para andar. Lo miró con atención, debía tener más de ochenta años. Apenas quedaba nada de pelo en su cabeza, salvo una fina capa de cabello blanquecino que parecía tan delicado como la tela de una araña. Lucía unas gafas con una gran montura de color dorada y, bajo los cristales, podían vislumbrarse unos ojos oscuros, pero no solo eran oscuros porque fueran de color negro sino porque había algo tenebroso en ellos. Desde pequeño lo recordaba como un hombre altivo y desagradable.

—Ah sí, claro. ¿La casa sigue siendo tuya, no es así?

David asintió y trató de pasar por el lado de la escalera que había quedado vacío, pero el hombre realizó un gesto digno de una persona con una gran movilidad y lo tomó de un brazo, con más fuerza de la que el joven hubiera podido esperar proviniendo de un hombre tan demacrado.

—Porque tu padre... no se supo nada más de él, ¿no?

David miró al hombre a los ojos y dejó de sonreír.

—Tengo que irme. —Se zafó de su brazo.

El hombre lo miró desafiante y David pensó que en su juventud debía haber sido del cuerpo del Estado o del cuerpo jurídico militar, su estrecho bigote parecía querer corroborarlo. David imaginó por un segundo a ese hombre de joven, gozando de impunidad por formar parte del poder.

Cuando abrió la puerta del apartamento sintió una ráfaga de aire frío que pasó rozándole, como si un fantasma hubiera estado atrapado allí todo ese tiempo y estuviera deseando escapar. Lo cierto era que todo en ese lugar estaba cargado de energía, de emociones, de momentos vividos. Dejó la maleta en el suelo y miró hacia la cocina que quedaba en el lado izquierdo, y después, a la sala de estar que estaba enfrente y que yacía envuelta en la

penumbra. Subió las persianas, pero ya apenas había luz que alumbrara el ambiente. Encendió la luz. El sofá, el antiguo mueble, la mesa de café, la mesa de madera, todo quedó expuesto ante él. Suspiró y recorrió la estancia con la mirada, todo descansaba bajo una gruesa capa de polvo, tendría que hacer una buena limpieza. Se encaminó hacia el estrecho pasillo que conducía a las habitaciones y al cuarto de baño. Subió la persiana de ambas estancias y obvió la habitación que tenía la puerta cerrada. Aún no se sentía preparado para entrar allí, aún no.

Se sentó sobre la cama y sintió que los recuerdos volvían.

Después de darse una ducha deshizo la maleta, apenas había llevado un par de pantalones, de camisetas y de ropa interior, y se encaminó a la calle. El cielo sin estrellas lo recibió.

Tardó poco más de diez minutos en llegar junto al bloque de apartamentos de Damián, su habitación estaba en penumbras.

—David, ¿qué tal?

—¿Qué pasa, Damián? Quería saber cómo estabas.

—Bueno, ahí vamos... ya sabes. —Su voz sonaba un tanto apagada y esa voz le hizo comprender que ir hasta Madrid para estar con él había sido la decisión acertada.

Agudizó el oído y se dio cuenta de que había un murmullo de fondo, o era el televisor o su amigo no estaba en casa.

—¿Dónde estás?

—He salido a tomar algo con mi padre. —Sonrió—. Nos viene bien salir un poco.

—Hacéis muy bien —dijo tratando de contener la risa—. ¿Y dónde habéis ido? ¿Dónde Julián como siempre?

Damián pareció reír al otro lado.

—Sí, hay cosas que nunca cambian.

David miró la pantalla y sonrió. El bar de Julián estaba a escasos metros de allí, lo alcanzaría antes de que su amigo tuviera tiempo de darse cuenta de que había colgado el teléfono.

Antes de marcharse tuvo una visión. Se vio a sí mismo bajo una insistente lluvia, casi podía sentirla, calándole hasta los huesos, el frío atravesándole la piel. Pero sobre todo podía verla a ella. Pudo ver sus ojos azules, un poco

húmedos, su cabello dorado más oscuro de lo habitual a causa del agua que lo empapaba, los mechones pegados contra su cara, su leve sonrisa, sus labios, los mismos que él beso allí mismo por primera vez, hacía más de dos años.

Tardó unos segundos en apartar de su mente la imagen de Sara bajo la lluvia y cuando al fin lo hizo, cuando el fantasma desapareció, pulsó el botón verde del teléfono y volvió a escuchar la voz de su amigo.

—David, ¿qué ha pasado? Debió cortarse.

—No te oigo muy bien. —Colgó el teléfono de nuevo.

Cuando llegó frente al bar de Julián respiró hondo y abrió la puerta con energía. Su amigo estaba frente a ella, pero de espaldas y mirando hacia la barra, por lo que no podía ver quien entraba, quien sí lo hizo fue su padre que estaba sentado a su lado y que giró cuando escuchó los goznes chirriando. Abrió ligeramente los labios y sonrió. David lo miró con una tierna sonrisa en los labios. En todo el tiempo que llevaba sin verlo, se habían producido grandes cambios apreciables en ese hombre. Por una parte su aspecto había mejorado, llevaba un jersey de color azul cielo que hacía que sus ojos parecieran más claros, y un pantalón negro que al menos no parecía tener cien años como el que solía vestir en su etapa anterior, pero el cáncer comenzaba a hacer su aparición. Se notaba en la palidez de su rostro, en las ojeras que había bajo sus ojos y había perdido algo de peso, aunque siempre había sido un hombre delgado. Cuando estuvo lo bastante cerca, alargó la mano hasta tocar el hombro de su amigo. Este giró, su expresión cambió en un segundo, tornándose sorpresiva, incluso un tanto incrédula, para después mostrar la sonrisa más grande imaginable. Se puso de pie con tanto énfasis que hizo que el taburete cayera al suelo con un gran estruendo, abrazó a su amigo con tanta fuerza que David estuvo a punto de seguir al taburete.

—Pero... ¿Qué haces aquí? —Su voz era la de una persona presa de la más absoluta emoción, incluso David pudo apreciar que sus ojos estaban un poco húmedos.

—Ya ves, quería estar con mi mejor amigo.

Damián lo abrazó aún más fuerte. Besó su mejilla en un gesto tan tierno que hasta David estuvo a punto de emocionarse.

—Pensé que no podrías venir, que cabrón eres, me engañaste. —Su amigo hablaba deprisa, mientras reía al mismo tiempo.

Pablo los miraba embelesado, con una dulce sonrisa y los ojos también un tanto brillantes. Cuando David consiguió soltarse del abrazo de su amigo, se acercó al hombre y estrechó con familiaridad la mano que le tendía.

—Pablo, me alegra verte —dijo visiblemente emocionado.

—Yo también me alegro mucho de que hayas podido venir, David, de verdad. —Miró a su hijo que se restregaba los ojos en un gesto casi casual.

—Te veo muy bien. —David sonrió mientras colocaba su mano sobre el hombro de Pablo, que sonreía agradecido.

—Bueno, dentro de lo que cabe no me puedo quejar, de momento va todo bien.

David se dio cuenta de que la voz del hombre era un poco menos ronca que antes, si no se equivocaba, recordaba que había dejado de fumar y de beber casi en su totalidad.

Damián lo miraba sin poder borrar la sonrisa de los labios.

—Qué cabrón eres... que trabajabas me dijiste.

David se encogió de hombros.

—Quería darte una sorpresa.

Pablo se puso de pie.

—Y vaya si se la has dado. —Puso una mano sobre el hombro de su hijo—. Lo has hecho el hombre más feliz del mundo.

Apenas había terminado de decir la frase cuando la voz de Julián irrumpió en la sala.

—David, ¿qué haces aquí?

Él también parecía tan emocionado al verlo como Damián y Pablo. David se acercó a la barra y tras ella pudo ver los vivarachos ojos del hombre de pelo plateado. Se fundieron en un abrazo.

Ver aquella emoción proveniente de las personas que más lo querían le hacía sentirse totalmente pleno, la palabra felicidad quedaba corta para describir como se sentía en ese momento. Al fin se sentía en casa, en su hogar, en su lugar.

CAPÍTULO 8

Cuando abrió los ojos, la oscuridad se había hecho la dueña de la habitación. La tenue luz que se colaba bajo la persiana trataba de ganar la batalla, pero no había nada que hacer, la noche había ganado la partida.

Sara miró el reloj con forma de luna que había sobre su mesilla de noche. Eran las nueve y diez. Llevaba durmiendo más de dos horas. Se había tumbado poco después de llegar a su casa del supermercado y se había quedado dormida sin darse apenas cuenta.

Se paró a escuchar un instante, la casa no solo estaba sumida en la penumbra sino también en el más absoluto silencio. Se restregó los ojos y bostezó. Encendió la luz y se levantó despacio de la cama. Al mirar el teléfono móvil descubrió que tenía dos mensajes de Alberto, el último de hacía escasos minutos.

“Cielo. ¿Estas dormida?”

Leyó el anterior, aunque el orden fuera a la inversa.

“Hola, cariño. Esta tarde podríamos vernos. ¿Qué te parece?”

“Si, estaba dormida, acabo de despertarme. Debí dormirme sin darme cuenta... Me doy una ducha y estoy lista”.

Respondió de prisa mientras pensaba en todas las otras opciones para aquella noche de viernes. Sandra había quedado con su última conquista, al parecer irían al cine a ver una película de terror que se había estrenado, se alegraba de que su amiga tuviera de vez en cuando planes de pareja convencionales. Gema se quedaría en casa con Isaac, lo cierto era que últimamente apenas salían. Lola y Diana, las dos amigas de Alberto con las que solían quedar habitualmente desde hacía unos meses, también tenían plan para ese día, por lo que quedarían solo Alberto y ella.

Una ducha después, un vistazo rápido al interior del armario que la ayudó a escoger con rapidez el atuendo que se pondría aquel día, y un rato más frente al espejo, estaba lista para marcharse.

Mientras esperaba a Alberto, se asomó a través de la ventana y comprobó que una ligera brisa se había despertado, acariciaba las ramas de los altos árboles y volaba hasta los edificios tratando de alcanzar sus tejados. Se cubrió los brazos con las manos en un acto reflejo, esa camiseta de color salmón era de media manga y dejaba gran parte del brazo al descubierto. Miró hacia la calle y suspiró.

Cuando David le había dicho que ese mismo fin de semana iría a la ciudad, ella no había podido evitar tensarse, la posibilidad de volver a verlo le preocupaba mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir, pese a que David no era más que parte del pasado. El problema era que ese pasado ineludiblemente volvía para visitarla mucho más de lo que a ella le hubiera gustado. Esperaba que en algún momento David se convirtiera en un recuerdo. El recuerdo del verano en que había conocido el amor, el mejor verano de su vida, pero un recuerdo al fin y al cabo.

Cuando Damián le comunicó que por motivos laborales al final David no podía ir a la ciudad, lo primero que sintió fue una especie de lástima que le hizo replantearse ciertas cosas. ¿Le daba pena que no fuera porque su hermano quería verlo y quería su felicidad?, ¿o era ella la que realmente tenía ganas de verlo?, eran preguntas que no podía contestar pues pese a todo, pese al miedo de volver a enfrentarse a su mirada, temía también encontrarse con sentimientos que creía enterrados.

El sonido del teléfono móvil la despertó de sus cavilaciones. Cuando lo cogió entre sus manos y vio que el remitente era Alberto no pudo evitar sentirse un tanto culpable por estar pensando en otro hombre.

“Estoy debajo de tu casa”.

Cuando vio a Alberto sentado en el interior de su coche sonrió. Le gustaba su pelo castaño que siempre caía sobre su frente, esos ojos de color miel que parecían verlo todo, incluso en ocasiones lo que ni siquiera existía, pero sobre todo, le gustaba la dulce sonrisa que inundaba sus labios cada vez que ella lo besaba. Alberto estaba enamorado de ella, muy enamorado. Podía verlo en el brillo de sus ojos, en la forma en que la tomaba de la mano al caminar, tan

suavemente como si fuera una flor que pudiera romperse, en la forma en que besaba su piel cuando hacían el amor, en la sonrisa que siempre había en su rostro al despertar. Alberto era uno de los mejores hombres que había conocido en su vida, posiblemente el mejor, y además estaba completamente enamorado de ella. ¿Qué más podía pedir?

—Estás muy guapa. —Aquel recibimiento cariñoso no hacía más que recalcar sus pensamientos.

—Gracias. —Lo miró y se dio cuenta que él también estaba especialmente guapo ese día. Debajo de su chaqueta gris se podía entrever una camisa azul oscura y llevaba esos pantalones vaqueros que le quedaban muy bien—. Tú también estás muy guapo.

Alberto apartó un mechón que caía sobre su frente y sonrió con dulzura.

—¿Dónde te apetece que vayamos?

Sara se encogió de hombros, lo cierto era que no había pensado en nada en especial para aquella velada de viernes, esperaba que Alberto le propusiera algún plan. Tras unos segundos respondió.

—Si quieres podemos ir a cenar.

—¿Dónde quieres ir?

—Podemos ir al restaurante italiano que hay en la calle del Sauce. —Y sin entender por qué, pensó en una manta extendida sobre la hierba, en una botella de vino, y en un cerro que se alzaba tratando de estar a la altura de los edificios.

Hicieron el trayecto en silencio, las calles estaban vacías y parecía como si se adentraran en un mundo donde la oscuridad y el viento fueran los dueños de la ciudad. El aire soplaba con tanta fuerza que las ramas de los árboles parecían querer escapar, hartas de toda una vida de represión. El cielo se había vuelto tan oscuro que las escasas estrellas que podían iluminarlos parecían haberse ido a dormir antes de tiempo.

La cena transcurrió tranquila. Cenaron un par de pizzas y tomaron una botella de vino espumoso. Al terminar la velada decidieron ir a tomar una copa al bar de siempre, Amnesia. Ese era un privilegio que, ahora que había dejado de trabajar en el restaurante los fines de semana, se podía permitir.

Cuando Alberto paró el motor, Sara miraba a través de la ventanilla. Por un segundo, la realidad fue a visitarla y comenzó a pensar en su padre. Pese a

que ninguno la vio derramar una sola lágrima ni lamentarse ni una sola vez, temía, en realidad la aterrizzaba, perderlo ahora que por fin había conseguido recuperarlo. No estaba segura de sí podría enfrentarse a una nueva despedida, la asustaba quedarse sola en el mundo, el mundo que aún se le antojaba tan grande.

—Sara.

La voz de Alberto le hizo dar un pequeño respingo.

—¿Estás bien?

Ella hizo la sonrisa más grande, como para que no hubiera lugar a las dudas y asintió.

—Has estado muy seria todo el camino, como si estuvieras en otra parte.

Sara se quitó el cinturón de seguridad, se acercó a él y besó suavemente sus labios.

—Estoy bien, de verdad.

El bar estaba atestado, como cada noche de viernes. Sara vio varias caras conocidas y asintió en un par de ocasiones a modo de saludo. Junto a la barra, vio a una compañera del supermercado.

—Lo de siempre, ¿no? —Alberto estaba frente a ella.

Sara asintió y miró de nuevo a su compañera que estaba en el otro extremo de la barra y reía a carcajadas.

—Voy a saludar a Verónica.

Sara comenzó a caminar hacia su compañera, esquivando a las personas que encontraba por el camino. No había avanzado más de unos pasos cuando una mano la tomó del brazo. Giró.

Su compañero del supermercado, su amigo Mateo estaba allí.

—Hola, guapo. —Se abalanzó a sus brazos y lo besó en la mejilla.

El chico sostenía una copa entre las manos y parecía tan feliz como siempre.

—¡Sara!

—¿Cómo estás? —Sara hablaba casi en su oído, la música apenas dejaba escuchar.

—Siempre estoy bien los viernes a la noche. —Rio como solo él sabía hacer, de la forma más histriónica que Sara había escuchado jamás.

—Alberto está pidiendo en la barra.

Mateo ensanchó su sonrisa y enseguida se encaminó hacia allí. Alberto y Mateo eran amigos desde pequeños, eran vecinos en un barrio colindante y habían crecido juntos, precisamente su compañero de trabajo había sido el que le había presentado a Alberto en una fiesta, hacía ya más de quince meses.

Siguió andando, pero un instante después, detuvo sus pasos. Se quedó paralizada, sin fuerza en las piernas. Nada ni nadie podría haberla movido en aquel momento.

CAPÍTULO 9

David detuvo su avance. Frente a él, a una distancia inferior a cinco metros, estaba ella.

Vio aquel cabello dorado de suaves ondas.

Sara estaba allí, delante de él. La imagen que tantas veces había evocado su mente. El fantasma que había estado rondándole durante tanto tiempo, aquel que nunca se había marchado y que en ese momento había dejado de ser un fantasma para convertirse en un ser de carne y hueso, en una realidad, tan real como el aire que respiraba.

Ella también lo estaba mirando y parecía sorprendida.

Dudó durante unos segundos, los cuales parecieron una eternidad. Los dos se miraron fijamente y él sintió que todo lo que los rodeaba desapareció durante unos segundos. Sintió lo mismo que había sentido esa noche, cuando la besó por segunda vez, en un bar atestado de gente.

Cuando al fin consiguió reponerse, avanzó hacia ella con una leve sonrisa en los labios que era tan nerviosa como emocionada, ella no se movió un solo ápice.

Cuando la tuvo lo bastante cerca como para percibir su olor, el que tantas veces había recordado tumbado sobre su cama, sonrió. Sintió el deseo irrefrenable de abrazarla, pero se contuvo.

—Hola. —Fue lo único que acertó a decir.

Ella lo miró con una expresión de incompreensión tan palpable que le hizo sentirse hundido.

—Hola. —Su voz era apenas un susurro, tan inaudible que apenas pudo escucharlo.

Entonces, y solo entonces, reunió el valor de mirarla de verdad, de fijarse

en esos ojos que lo miraban tan desconcertados. Se dio cuenta de que Sara estaba más guapa que nunca. Aquella chica a la que tantas veces había admirado se había convertido en una mujer, sus ojos eran más intensos que nunca, y demostraban una seguridad que no tenían cuando él la dejó. Sus facciones eran más serenas y su rostro era incluso más bello que antes.

—¿Cómo estás? —Trató de ser elocuente, pero su hermosura lo dejaba sin palabras. Ella era la única que podía lograr eso.

Sara miró al suelo, fue una milésima de segundo, pero él enseguida comprendió que ella no se alegraba tanto de verlo, incluso parecía un tanto incómoda.

—Estoy bien. —Hubo un leve silencio—. ¿Y tú?

David sonrió, se sentía un tanto cohibido ante la distancia que Sara había impuesto con una sola mirada.

—Bien, estoy bien.

Vio a Damián caminando hacia ellos, con una sonrisa confusa en los labios, la misma expresión de incomodidad que asomaban sus ojos.

—Hola, hermanita. —Cuando llegó junto a ella dejó su mano sobre el hombro de Sara, que sonrió—. Veo que ya has descubierto que lo de David no era más que una broma.

Ella frunció el ceño. Fue David el que respondió pese a que la pregunta no había sido formulada para él.

—Quería darle una sorpresa a tu hermano, así que le dije que al final no podía venir.

Sara parecía no escucharlo en realidad, asentía levemente como en un acto mecánico, como si en realidad no fuese más que un gesto de cortesía, y su auténtica atención se encontrara a miles de kilómetros de allí. Como ella no decía nada y se había creado un silencio un tanto incómodo, David volvió a retomar la conversación.

—No era más que una broma. Habría venido fuera como fuera.

Damián se acercó a él y lo rodeó con sus brazos, parecía emocionado. Sara los miraba sin pestañear y sin articular palabra. Damián los observó a ambos y consciente de la tensión que envolvía la situación, comenzó a caminar hacia la barra.

—Vamos a tomar una copa, ¿no?

David asintió, sin apartar los ojos de ella, que negó con la cabeza.

—Yo ya he pedido la mía. —Miró hacia un lugar de la barra en el que dos chicos hablaban entre risas—. Me están esperando.

David se fijó en que ese chico sostenía dos vasos.

—Bueno, diviértete.

Sara sonrió levemente y se marchó.

—¿Qué pasa?

La voz de Damián le llegó desde la lejanía y entonces fue consciente de que estaba parado en la mitad del bar de forma absurda, buscando a Sara, que ya se había perdido entre la gente.

—Pídeme una copa, voy a fumarme un cigarro.

Se encaminó hacia la puerta. Necesitaba tomar aire. Al ver las volutas de humo ascender hacia el cielo, sintió la tentación de ser como ese humo y poder escapar de allí, hubiera dado cualquier cosa por desaparecer en ese momento. Ver a Sara había removido su interior, pero sobre todo, se sentía desolado por la frialdad que ella había mostrado, aunque en el fondo sabía que era normal. ¿O acaso esperaba que después de dos años Sara siguiera siendo la misma chica que se lanzaba a sus brazos con una sonrisa en los labios?

CAPÍTULO 10

Sara se sentó en uno de los pequeños taburetes negros que rodeaban una mesa redonda y le sonrió a Verónica que, sentada frente a ella, le contaba su viaje a Copenhague. Pese a que intentaba seguir la conversación, le estaba resultando realmente complicado, ella también tenía una historia en la que pensar, su propia historia, esa en la que David aparecía de repente y cambiaba la realidad en un segundo.

—Así que al final perdimos el autobús. —Su compañera seguía hablando, ella asintió, fingiendo un interés que en realidad no tenía.

Volvió a desconectarse del relato y se centró en sus propios pensamientos. La tranquilidad que le había otorgado saber que finalmente él no acudiría a Madrid el fin de semana había desaparecido, había sido reemplazada por unos nervios que como raíces saliendo de la tierra parecían brotar y doblarse en su interior. El simple hecho de verlo la había dejado sin palabras, aunque ahora tratara de ocultarlo obligándose a pensar que él no estaba tan guapo como siempre. Una voz la sobresaltó. Agradeció enormemente la interrupción.

—¿Qué tal? —Alberto se había sentado junto a ella.

Sonrió y, al mirarle a los ojos, sintió deseos de llorar. Se sentía mal consigo misma por estar pensando en otro hombre que no fuera él. Por lo que había sentido.

—Bien. —Mintió.

Se dio cuenta de que Verónica seguía hablando, la historia de Copenhague se había alargado más de lo esperado. Resopló y Alberto lanzó una carcajada.

—Creo que la historia empieza a aburrirte, ¿no?

Sara agradeció que achacara su seriedad en ese momento y sonrió con

timidez.

—Voy a robarte un momento a Sara. —Alberto tomó su mano con firmeza y la levantó del taburete, pese a todo, la joven se sintió agradecida de poder perderse el final de la historia.

—Creo que necesitabas ser rescatada. —Alberto le susurró en el oído—. Te invito un chupito.

Al llegar junto a la barra de nuevo, Sara miró alrededor. Sabía que David estaba por allí, en alguna parte, como un cazador que se esconde tratando de ser invisible para la presa.

—¿A quién buscas?

Alberto le tendió un pequeño vaso y miró a su alrededor.

—A nadie. —Mintió.

El sabor a fresa la hizo sentirse un poco mejor, y el segundo licor que tomó le otorgó un poco más de valentía.

Mientras Alberto charlaba animadamente con Mateo, la nueva valentía adquirida le hizo comenzar de nuevo su labor de búsqueda. Enseguida lo encontró, estaba al otro lado de la barra. Con solo verlo sintió que el aire se hacía más espeso dentro de su cuerpo. David estaba serio, miraba al frente y sostenía con desgano una copa en la mano. Escuchó una suave risa procedente de Alberto en el preciso instante en que David giró la cabeza hacia ella. Sus miradas se cruzaron. Se puso nerviosa y se sintió culpable, todo al mismo tiempo, y apartó la vista enseguida.

—Empiezo a estar cansada —dijo y giró la mirada hacia Alberto—. ¿Nos vamos a casa?

—Como quieras.

—Tengo que coger mis cosas. Las he dejado en la mesa de Verónica.

—Iré a por ellas. Si te ve a ti, volverá a contarte lo de Copenhague.

Sara sonrió. En cuanto Alberto se marchó, y de forma totalmente automática e inevitable, volvió a mirar hacia el lugar donde sabía que estaba David, quien tardó una milésima de segundo en mirarla otra vez. Se preguntó si estaba buscándola todo el rato o si solo había sido fruto de la casualidad. Estaba lo suficientemente lejos como para no poder apreciar con claridad su expresión, como para no sentir que caía en el abismo de sus ojos, y eso la hizo sentirse más segura, como si hubiese una barrera entre ellos que no se

pudiera atravesar. Se dio cuenta de que ambos seguían mirándose y bajó la vista al suelo.

—Vámonos. —Alberto estaba de nuevo a su lado, con su bolso y su chaqueta. Se vistió y alzó la mano hacia su compañera, a modo de despedida. Ella le correspondió.

Sin mirar hacia ningún sitio, con la vista fija al frente y con el único objetivo de alcanzar la puerta lo antes posible, se marchó. Le resultó realmente difícil no volver a mirarlo. Era como si una cuerda invisible los mantuviera unidos. Siempre.

Sintió las manos de Alberto aferrándola a través de la cintura y tuvo deseos de apartarlo, pero no lo hizo. No le molestaba el contacto de él, pero se sentía un tanto culpable. Ver de nuevo a David había despertado sentimientos en ella que creía olvidados, pensamientos que siempre había tratado de mantener encerrados bajo llave en su mente, siempre tratando de pensar que David no era más que el pasado, que un recuerdo borroso que poco a poco se debilitaba, cuando en realidad la idea de que él formaba parte de ella siempre estaba ahí.

Al llegar junto a su portal, miró a Alberto y sonrió.

—Me voy.

Él consultó el reloj.

—Creo que yo pasaré otra vez a tomar algo con Mateo. —Hizo una breve pausa como si esperara la aceptación de Sara, o al menos conocer su opinión, pero como no dijo nada, prosiguió—. Aún es temprano y mañana no madrugo.

Sara introdujo la llave en la cerradura y estaba a punto de marcharse cuando él la retuvo.

—¿No vas a darme un beso?

Sara se dio cuenta del error que había cometido y giró. Lo besó en los labios mientras Alberto fruncía el ceño.

—¿Qué pasa?

A veces se le olvidaba lo transparente que podía llegar a ser y que, aunque se empeñara en esconderlo, su rostro siempre mostraba la realidad de cómo se sentía en cada momento.

—Nada, estoy cansada. —Volvió a mentir otra vez y, por cada mentira que

decía, el sentimiento de su interior se hacía más amargo.

—Bueno, descansa. —El joven no pareció satisfecho con la respuesta, pero no dijo nada más. Sara pudo ver un atisbo de duda en su mirada.

—Diviértete. —Trató de fingir normalidad mientras lo besaba de nuevo en los labios y luego se marchó, justo cuando una fina llovizna comenzaba a caer sobre la ciudad.

Cuando llegó a su casa cientos de imágenes la atormentaban. Vio a David dentro de ese mismo portal, el día que le dijo que era mejor que dejaran de verse, pero que el deseo y la tentación vencieron y acabaron besándose. Se vio a sí misma portando una maleta cargada de ilusiones que la acompañó hasta Valencia y al mejor cielo que había visto en su vida, lo vio a él la noche que empapado bajo la lluvia le había regalado el mejor beso de su vida, un beso casi casto, pero plagado de vida. La vida que él le entregó en el poco tiempo que pasaron juntos. Comprendió en aquel instante que en ocasiones no importa la duración de los momentos sino la intensidad de los mismos. Su relación con David había sido tan corta como intensa, tan difícil como pasional, los pocos momentos vividos lo habían encumbrado como el hombre al que nadie podría igualar.

CAPÍTULO 11

Terminó el whisky y dejó el vaso vacío sobre la barra. Damián estaba a su lado y seguía conservando la misma sonrisa que llevaba acompañándolo durante toda la noche. Apenas había dejado de hablar, las anécdotas y peripecias que había vivido en Barcelona eran casi tan extensas como para escribir un libro, pero a David le encantaba escucharlo. Le habló de su trabajo en el taller mecánico, de los compañeros de trabajo que se habían convertido en sus nuevos amigos, de la fiesta que había en la ciudad condal y de lo maravilloso que era vivir en una ciudad con playa. Parecía realmente feliz.

—Al principio fue un poco difícil, dejar el barrio y todo eso, yo no conocía nada más que esto y empezar de cero en un sitio solo, bueno, ya sabes lo que es. —David asintió—. Estuve a punto de irme contigo a Valencia, pero entonces encontré este trabajo en el periódico y lo vi claro, era la oportunidad perfecta.

Pese a que ya sabía cómo habían sido sus orígenes en Barcelona, Damián se lo había relatado en otras ocasiones, le gustaba escuchar a su amigo. Se sentía orgullo de él y de lo que había conseguido por sí solo. Los comienzos nunca eran fáciles, pero ambos se habían hecho un hueco en nuevas ciudades.

—Pero lo mejor aún no te lo he contado.

David alzó la mirada y sonrió. Ahora sí que la conversación se puso interesante.

—¿Qué?

Su amigo le dio un trago a su copa, se rio un par de veces y miró fijamente a David, pero no dijo nada, quería alimentar su curiosidad.

—Vamos, cuéntame. —David lo golpeó en el brazo, tratando de hacer que hablara y, al fin, su amigo ensanchó la sonrisa y comenzó a hablar.

—He conocido a alguien.

—¿Ah sí?, no me lo puedo creer. —David lo golpeó en el hombro de manera cariñosa y comenzó a reír—. Tú, el eterno soltero.

Damián se limitó a sonreír.

—¿Cuánto hace?

—Nada, muy poco. La verdad es que aún no es nada serio. Nos conocemos hace solo tres o cuatro meses.

—Bueno, ya es más de lo que has estado con otra, ¿no?

—No sé, es diferente. —Damián bebió un trago y miró al suelo—. Nos llevamos muy bien, nos divertimos juntos.

—¿Cómo se llama?, cuéntame algo de ella. ¿Cómo es y esas cosas?

—Bueno... se llama Lara. Tiene treinta años. Es muy guapa la verdad, rubia... así con el pelo largo y eso.

David se empapó de la ternura que desprendía Damián, nunca lo había visto hablar así de ninguna otra chica, sin duda esa Lara debía tener algo especial.

—Me alegro mucho por ti, tío. —Alzó su copa en alto y la chocó con la de su amigo—. Por Lara.

Esa noche la pasaron los dos solos, compartiendo historias, recuerdos y risas. A la mañana siguiente, llamarían al resto de integrantes de la banda que un día habían formado y tratarían de reunir todos, una vez más, pero sabían que sería complicado. Después de lo que había sucedido dos años antes, cuando Santi había ingresado en prisión por cometer un homicidio, el grupo se había terminado de desintegrar.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Sebas? —David le dio una calada al cigarro y se lo pasó a su amigo, que estaba sentado en la zona más alta del banco de madera.

La noche iba pasando y eran más de las cuatro de la madrugada. De camino a casa habían parado en el mismo parque que tantas veces los había visto juntos. Fumaron un cigarrillo mientras charlaban.

Damián pensó durante unos segundos y finalmente lanzó un resoplido.

—Puf... hace por lo menos tres o cuatro meses.

David asintió y bajó la vista al suelo. Le apenaba estar perdiendo poco a poco la relación con sus antiguos amigos, aunque en el fondo sabía que esas cosas siempre acababan sucediendo. Las personas cambiaban y sus vidas se

separaban de forma inevitable.

—Sí, yo más o menos también, quizá un par de meses. —Se apoyó en el banco—. Aún me cuesta creer que estén buscando ya un niño...

—Nos vamos haciendo mayores, tío. —Damián le entregó a David el cigarro.

Era cierto. Ya tenían edad suficiente para plantearse algo tan importante como la paternidad, aunque de momento ninguno de los dos se sintiera aún preparado para ello. El caso de Sebas era diferente, la relación con su novia superaba ya los siete años, había llegado su momento.

—Espero que mañana pueda pasarse a tomar algo por lo menos.

—Yo también —dijo Damián—. Vive cerca de aquí, en la zona nueva. Espero que la novia lo deje venir aunque sea un rato. A ver a sus viejos colegas.

David sonrió. Le gustaba esa expresión. Los viejos colegas, aunque para él, Sebas y los demás habían sido mucho más que eso en algún momento de su vida.

—Con Alex y Víctor será más difícil, ¿no?

—Con ellos hace bastante más que no hablo. Desde que paso lo de Santi no ha vuelto a ser lo mismo. —Damián había borrado la sonrisa.

David sabía que ese era un tema delicado. A su amigo no le gustaba hablar de ello y él siempre intentaba no inmiscuirse. Sabía que Damián había ido a visitar a Santi a la cárcel siempre que había podido, aunque él sinceramente tenía una opinión bastante diferente al respecto.

—¿No has vuelto a ir a verlo? —Se atrevió a preguntar.

—No. Estando en Barcelona ha sido un poco complicado, no puedo venir a menudo. —Damián parecía haber cambiado su expresión y David se arrepintió de haber abordado el tema, pero unos segundos después, su amigo continuó hablando con más naturalidad—. No sé, puede que unos de estos días de los que voy a estar aquí me pase por allí a verlo.

—Tampoco tienes por qué hacerlo. —David lo miró fijamente—. Haz lo que quieras, pero pienso que no le debes nada.

Vio la expresión en los ojos de su amigo y comprendió que había dado en el clavo. Sabía que en el fondo se sentía culpable por no haber ido a visitarlo a la cárcel más a menudo.

—Éramos muy amigos. Cuando tú te fuiste a Valencia la primera vez, todos estos fueron desapareciendo poco a poco. Nos veíamos de vez en cuando, pero no era lo mismo y Santi siempre estaba conmigo. Nos hicimos íntimos.

—Sabes que no era un buen tío. Os hicisteis íntimos porque en ese momento solo os teníais el uno al otro —después de decirlo, David temió haber sido demasiado brusco.

—Por eso mismo. Cuando estaba solo, él estaba conmigo y ahora que las cosas me van bien desaparezo y no voy a verlo nunca. No creo que eso este bien.

David tragó saliva y pensó antes de responder. No quería ofender ni hacerle daño a su amigo.

—No es eso, Damián. Ese chico siempre quiso estar en nuestro grupo, desde que no era más que un crío, y tuvo su oportunidad cuando tú lo acogiste. Él solo se ha metido en esto y de eso no tiene la culpa nadie más que él. Mató a un chico, joder. —David se dio cuenta que había alzado la voz.

—Ya, lo sé. Y por su culpa todo el barrio empezó a verme a mí también como un asesino. La gente me miraba cuando iba por la calle, hablaban a mi espalda, y cuando me fui lo hacían a la de mi familia. —Damián bajó la vista al suelo—. Hasta bastante tiempo después la gente no entendió lo que había pasado de verdad, que había sido él y que yo no tuve nada que ver.

—Por eso, Damián. Te metió en un lío, nos lo hizo a todos. —David encendió otro cigarro—. Hizo que todos estuviéramos en peligro.

Damián miró a su amigo y sonrió con ternura.

—Si no hubiera sido por ti a lo mejor yo ahora mismo estaría muerto.

Aquellas palabras cogieron a David por sorpresa y se quedó inmóvil.

—Tú tuviste los cojones de ir a hablar con sus amigos para que no tomaran represalias. —Damián colocó su brazo sobre los hombros de su amigo—. Tu nos salvaste a todos.

—Bueno, tampoco fue para tanto. —David se sobrecogió con esas palabras.

—Sí lo fue, ¡claro que lo fue!

Ambos se quedaron en silencio unos segundos. Aunque él nunca lo hubiera dicho con aquellas palabras y no se viera como un salvador, lo cierto era que había sido el precursor de que la paz reinara entre ambas bandas.

—Todos lo pasamos muy mal. —Su amigo había vuelto a hablar—. Y siento que el único que siguió apoyándome en todo momento fuiste tú. Siempre creíste que yo no había hecho nada.

—Claro que sí. Te conozco muy bien, desde que no somos más que dos críos y sé que puedes tener mala leche a veces, pero matar a alguien... son cosas distintas.

Damián sonrió.

—A veces, cuando pienso en aquella época, pienso que Santi no se merece que vuelva a verlo nunca más. Y no solo por lo que me hizo a mí. Tú tuviste que irte a Valencia. Sebas y estos lo pasaron fatal. Mi padre. Mi hermana.

La última palabra la dijo con un énfasis diferente o al menos aquello le pareció a David. Fue escuchar su nombre y alzó la vista. Su amigo lo miraba fijamente, seguramente tratando de descifrar su expresión. Cuando se supo observado, dijo lo primero que le llegó a la mente.

—Bueno, mi idea siempre fue volver a Valencia. —Hizo una breve pausa—. En este barrio siempre es lo mismo, las cosas no cambian, estaba cansado de eso.

Su amigo lo observaba con tanta atención que comenzó a incomodarse.

—¿Qué? —preguntó finalmente, lo que provocó la risa de su amigo.

—Nada, solo que te ha cambiado la cara.

—No sé por qué dices eso.

Esa respuesta solo hizo que Damián riera con más energía.

—Cuando he dicho mi hermana.

David lo miró, pero no supo que decir. Sabía que aunque tratara de negarlo no serviría de nada. Ambos sabían que era cierto.

—¿Qué tal con ella?

Esa pregunta fue como un proyectil.

—Quiero decir hoy. ¿Cómo ha sido volver a verla?

Se dio cuenta que Damián le hacía aquella pregunta de verdad, sin ningún atisbo de burla ni de chismorreo.

—Supongo que no ha sido fácil, por eso lo pregunto. Pero si no quieres hablar del tema no pasa nada.

Llevaba callado varios minutos, finalmente negó con la cabeza.

—No es eso —murmuró—. Aunque creo que es la primera vez que vamos a

hablar de ella. —Rio sin ganas—. Hacía más de dos años que no la veía. — Lo dijo como si le sorprendiera incluso a él que hubiera pasado tanto tiempo —. Ha sido... raro. Creo que esa es la palabra. Raro.

Damián asintió y cogió el cigarrillo de las manos de su amigo.

—¿No habías vuelto a hablar con ella?

David negó.

—Bueno... el pasado es el pasado. —Su amigo se encogió de hombros y él asintió.

No quería profundizar más sobre ese tema. No quería decirle a su amigo que realmente, al volver a verla, se había dado cuenta de que seguía enamorado de ella.

—Es tarde y el día ha sido muy largo —dijo poniéndose de pie—. El trabajo, el viaje... muy largo.

—Sí, es verdad. —Damián se puso de pie—. Hora de irnos.

Caminaron en silencio escasos metros, enseguida volvieron a ser los mismos de siempre y olvidaron la tensión que se había creado unos minutos antes. Ahora eran solo dos amigos de vuelta a casa, una madrugada como tantas otras.

Se despidieron cerca de la casa de Damián. Se dieron el abrazo que solo dos amigos del alma podrían darse. Cuando David había comenzado a caminar escuchó la voz a su espalda.

—Gracias por haber venido, tío. De verdad.

Él ladeó la cabeza y se metió las manos en los bolsillos. Comenzaba a tener frío.

—Anda, vete a casa ya, estas demasiado sensiblero hoy.

Su amigo rio y alzó el dedo medio en alto.

—Mañana hablamos. —David siguió caminando mientras sonreía.

Él también se alegraba mucho de volver a ver a su amigo, a su mejor amigo.

Cuando se despertó, miró alrededor. Tardó unos segundos en comprender que estaba en su antiguo apartamento. La noche anterior había llegado tan tarde y tan cansado que había extendido un par de sábanas y se había tumbado sin más. Ahora la cama era un revoltijo de telas que se entremezclaban con su cuerpo. El sol entraba a raudales por la ventana e

inundaba la habitación de tal manera que casi parecía que estuviera durmiendo en plena calle. Miró su reloj de pulsera y vio que eran poco más de las nueve de la mañana. Había dormido menos de cinco horas. Se pasó la mano derecha por el rostro, tratando de evitar la luz. Era demasiado temprano para comenzar un nuevo día. Los ojos le pesaban y en la cabeza sentía una ligera punzada que se convertiría en algo más fuerte si no dormía al menos un poco más. Se maldijo por haber olvidado bajar la persiana la noche anterior y se levantó de la cama a duras penas. El sabor del whisky seguía inmerso en su garganta. Bajó la persiana todo lo que pudo y volvió a meterse en la cama. Se dio cuenta que solo estaba vestido con su ropa interior y tuvo frío. Esta vez se arropó no solo con las sábanas sino también con una vieja manta de color marrón que le recordaba a su niñez. Siempre le había parecido igual de horrorosa.

Abrió los ojos. La habitación estaba sumida en la penumbra. Bajo el brillo verdoso de las manecillas pudo ver que eran las doce y veinte del mediodía. Más tarde de lo que esperaba, pero se sentía totalmente descansado. Las horas de sueño le habían resultado reparadoras. Lo necesitaba. Aunque no se diera cuenta, había una tensión que llevaba varios días dentro de él y que lo agotaba.

Cuando pasó junto a la habitación con la puerta cerrada, la miró durante unos segundos. Estaba a punto de alejarse de ella, de huir, como había hecho en los últimos años, pero entonces sintió que algo le otorgaba valor, una mano invisible que guiaba sus movimientos y, cuando quiso darse cuenta, había girado el pomo y la habitación había quedado al descubierto.

Lo primero que hizo fue entornar un poco los ojos. La persiana estaba subida del todo y la luz era más potente allí dentro. Quizá los años de abandono, de soledad, la habían otorgado aquella claridad, quizá había sido la forma de sobrevivir a todo ese tiempo allí olvidada, en desuso. Miró hacia el suelo, al mismo lugar en el que su madre había estado tirada alguna vez, inmóvil, inerte, pero no sintió nada. Esperaba que el corazón se acelerara, que la respiración se agitara, pero no sucedió nada. Pensó que todas esas emociones que intentaban hacernos sentir en ocasiones no eran más que un invento del

cine.

Hacía muchos años que no veía esa habitación, pero en ese momento le pareció como si la hubiera visto el día anterior. La misma colcha de flores rosas y moradas de siempre, las mismas cortinas viejas y descoloridas que algún día habían sido de color violeta.

La última vez que alguien había entrado en esa habitación había sido la mujer a la que había contratado antes de marcharse por primera vez a Valencia, él no se sentía con fuerzas como para recoger la habitación en la que había encontrado a su madre devorada por el alcohol, así que decidió que lo mejor sería contratar a alguien que diera un último repaso a toda la casa, antes de cerrarla durante años. Pensó que también sería buena idea hacer lo mismo esa vez. Se fijó en la colcha y se dio cuenta enseguida que el polvo se había acumulado sobre ella. Al fin y al cabo los ácaros se habían hecho los dueños de esa habitación, ahora que los humanos la habían abandonado. Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas. Vio la estrecha carretera que pasaba por allí. La calle desprendía vida. Sonrió. La vida siempre lo envolvía todo, estaba en todas partes, en cada rincón donde quisieras encontrarla.

Volvió a correr las cortinas y se encaminó hacia el armario. Estaba vacío a excepción de unas sábanas viejas y unas pocas toallas. Cuando su padre se marchó, se había encargado de llevarse todas sus pertenencias y cuando su madre falleció, creyó que lo mejor era desprenderse de toda su ropa. La misma mujer que se encargó de limpiar la casa que él ya no quería tocar, se encargó de deshacerse de ella. Nunca supo que hizo en realidad y lo cierto era que no le importaba. Él no tenía ningún cariño especial por esas prendas, al fin y al cabo su madre prácticamente llevaba siempre el mismo jersey viejo de color gris y el mismo pantalón vaquero ya raído por los años. Además nunca le había importado demasiado lo material, a ninguno de los dos.

Lo único que quiso conservar de ella fueron sus fotografías, incluso las de su padre, pese a que hacía mucho tiempo que ya no pensaba en ese hombre. Ni siquiera sabía si seguía estando vivo, ni dónde estaba ni con quién, pero esas eran preguntas que había dejado de formularse hacía mucho tiempo.

Cerró de nuevo la puerta de la habitación y se encaminó al cuarto de baño. Se dio una ducha rápida y se lavó los dientes para desprenderse de cualquier rastro del humo del tabaco o del whisky, se vistió con un jersey fino de color

azul y unos vaqueros negros, y bajó a la calle.

Septiembre llegaba a su fin y el sol comenzaba a apagarse poco a poco.

Llegó hasta la panadería de la esquina, la de Marisa, la misma que le daba dulces cuando era pequeño al volver del colegio, la que siempre visitaba cuando iba a Madrid, la que tenía esos dulces que le hacían evocar, pero, esta vez, la encontró cerrada. Un cartel de “SE VENDE” prendía de la cristalera lateral. Lanzó una maldición y miró alrededor. El barrio nunca sería igual sin ella, esperó que al menos ese cierre fuera motivo de una jubilación y no de algo peor.

Al caminar por las calles del barrio que siempre había creído suyo, descubrió que cada vez lo era un poco menos. Los comercios que siempre habían estado ahí, las tiendas que recordaba desde pequeño, eran ahora bazares que habían llegado para recordarles a los vecinos que la vida estaba cambiando, que el tiempo pasaba y que no tenían consideración con nada ni con nadie.

Al no poder comprar un dulce en la panadería de Marisa, tuvo que optar por comprar, en una de esas nuevas tiendas, un par de botellas de leche y unas galletas, desayunó observando el pequeño ventanuco que había en la cocina de su casa y desde el que le llegaban olores que le hacían pensar en otros países, en viajes que probablemente nunca haría y en culturas que seguramente nunca conocería.

Cuando terminó su desayuno, cogió el teléfono móvil dispuesto a llamar a su amigo Damián, pero vio un mensaje que hizo que cerrara los ojos con fuerza y que la punzada del interior de su cabeza hiciera de nuevo su aparición.

“Espero que hayas llegado bien a Madrid. Supongo que habrás olvidado avisarme. Espero que te estés divirtiendo”.

Por primera vez desde que había llegado a Madrid, pensó en Irene. No solía pensar en ella habitualmente, pero la imagen de Sara había conseguido eclipsarla un poco más. Mientras pensaba en la respuesta, recibió otro mensaje, esta vez de Damián.

“¿Cuándo tienes pensado salir?”

“Acabo de desayunar, estaré listo en diez minutos”.

“Nos vemos en el parque”.

Miró de nuevo la pantalla del teléfono. El mensaje de Irene seguía mirándolo impertérrito.

“Perdona, ayer llegué tarde y olvidé escribirte para avisarte de que tanto el viaje como lo demás ha ido bien. Ayer estuve toda la noche con Damián y nos divertimos juntos, como siempre. Hoy pasaré el día con él y también intentaré ver al resto de mis amigos. Espero que tú también pases un buen fin de semana. Un beso”.

Pese a que sabía que ella lo había leído, no obtuvo respuesta y pensó que quizá era mejor así. En los escasos meses desde que la conocía, Irene no había sido para él más que una cara bonita, un cuerpo de infarto y alguien con quien se divertía en todos los aspectos. Le hubiera gustado sentir algo más por ella, incluso en alguna ocasión casi intentó provocar que fuera así, pero no se puede forzar al amor, y el amor no había surgido entre ellos, al menos por su parte. Ella era una buena chica, era divertida, cariñosa, tenía virtudes que podrían gustarle a cualquier chico y sus bonitos ojos castaños y sus labios carnosos la convertían en alguien casi irresistible, pero él no había conseguido sentir nada más allá de una simple atracción física. Era la historia de su vida. Chicas con grandes atributos que habían podido enamorar a cualquiera, pero que a él nunca lo habían conquistado. Hubo momentos en su vida en que incluso se había llegado a plantear si tenía algún problema. ¿Era inmune al amor?, ¿acaso no tenía sentimientos?, pero entonces había llegado Sara y todos esos pensamientos habían desaparecido. Ella le había hecho sentir, le había quitado todos esos absurdos prejuicios de la cabeza. Sara había sido mucho más que un cuerpo y un rostro bonito, mucho más. Su personalidad, su fortaleza, su valentía, su sinceridad y aquel carácter que le hacía diferente a todas las demás, lo había calado hondo. Ella lo había hecho reír de verdad, lo había escuchado y había llegado mucho más profundo que las demás. Sara no solo se había quedado en su imagen de chico duro y atractivo, del galán que conseguía lo que quería, ella había conocido su interior de verdad, había conocido al David que había tras ese escudo que siempre lo acompañaba. Había llorado con ella, reído, hablado, se había enamorado. Sara había sido esa hechicera que había conseguido instalarse en su cabeza y quedarse allí impregnada, posiblemente para siempre.

Antes de marcharse, marcó el número de Sebas y esperó tres tonos antes de

que la voz grave y profunda de su amigo contestara al otro lado.

—Hombre, David... cuánto tiempo...

—Sebas, ¿qué tal?, ¿cómo estás?, ¿ya habéis encargado al niño?

Escuchó la suave risa de su amigo al otro lado.

—No, aún no. Estamos en la fase de las prácticas.

—Esa es la mejor —dijo David entre risas.

—Sí, claro. Bueno, y ¿qué es de tu vida?, hace por lo menos un par de meses que no hablamos.

—Sí, es verdad. He estado algo liado, supongo que tú también.

Sebas asintió.

—Bueno, te llamaba porque estoy en Madrid. He venido para pasar el fin de semana con Damián, ya sabes, con lo que está pasando con su padre quería estar con él.

—Sí, la verdad es que es una pena. Ahora que había dejado de beber, que se cuidaba... —Hubo una breve pausa—. No sabía que habías venido. Me gustaría veros, además hoy no trabajo en la fábrica.

—Claro. Supongo que pasaremos el día por el barrio, ya sabes, el bar de Julián, lo de siempre.

—Hay cosas que no cambian, y que no deberían cambiar nunca. —De pronto le pareció percibir una cierta nostalgia en la voz de Sebas, seguramente habría momentos en que echaría de menos esa época en la que las fiestas eran lo único en su vida, a todos les pasaba—. Intentaré pasarme. Te llamo en un rato.

—Bien. Por aquí estaremos.

Llamó a Alex, pero tras ocho o nueve tonos, colgó el teléfono. Le escribió un breve mensaje instantáneo.

“¿Qué tal? Estoy por el barrio este fin de semana por si te quieres pasar. Creo que a Damián le vendría muy bien que pudiéramos juntarnos todos como siempre. Llámame cuando puedas”.

Se dio cuenta de que hacía al menos cuatro o cinco meses que no hablaba con él. Parecía imposible que un amigo con el que había salido casi todos los días durante los primeros años de su vida había pasado a un plano tan lejano. Lo último que sabía de él es que había conocido a una chica y que llevaba viviendo con ella unos meses en una ciudad del sur de Madrid. Su hija, fruto

de una relación anterior, que en realidad nunca fue una relación de verdad, sino el resultado de una noche de pasión que acabó en embarazo, tenía ya cuatro años y al parecer su nueva novia la había adoptado como si fuera suya. Se alegraba por él.

Víctor le cogió el teléfono, pero no era un buen momento para hablar. Estaba comprando con su hija que apenas tenía un año y el momento era demasiado caótico para poder mantener una conversación con una persona adulta. Le prometió que intentaría pasarse esa misma tarde, aunque no podía confirmarle nada, puesto que vivía bastante lejos del barrio. Desde hacía unos dos años, vivía en un pueblo del norte de Madrid, en uno de esos pequeños pueblos que solo tenían una tienda y un bar, en un adosado con jardín. A David le costaba imaginar a su amigo en su nueva vida. Siempre lo vería como aquel chico que vestía cazadoras a la moda y que, durante muchos años, tuvo la cabeza rapada y el tabique torcido a causa de su adicción a la cocaína.

Cuando se marchaba de su casa intentó imaginarse a sí mismo dentro de un par de años.

¿Seguiría viviendo en el minúsculo apartamento de Valencia?, ¿seguiría trabajando en la tienda de repuestos?, ¿tendría una pareja estable al fin?, ¿sería padre?

Esa última palabra le hizo sentir un ligero estremecimiento. Nunca había pensado en serio en la paternidad, era un tema demasiado formal como para tomarlo a la ligera, pero en el fondo siempre se había imaginado de la mano de un niño pequeño. Un niño que tuviera su sonrisa y los ojos de su madre. ¿Cómo serían esos ojos?

CAPÍTULO 12

Lo primero que escuchó fue una áspera y seca tos que procedía de la habitación de su padre. Se levantó deprisa y antes de darse cuenta, ya estaba caminando hacia allí.

Empujó la puerta que estaba entornada y vio a su padre sentado sobre la cama. Estaba más pálido que el día anterior y su delgadez parecía más extrema bajo aquella tenue luz. Caminó hacia él. El hombre sostenía un pañuelo entre las manos, a Sara le pareció que lo cerraba deprisa, como si tratara de ocultarlo.

—¿Estás bien?

El hombre trató de sonreír pero de nuevo esa tos lo atacó. Sara se acercó un poco más y le tendió un vaso de agua que había sobre la mesilla de noche, él lo cogió sin apenas fuerza mientras seguía tosiendo.

Se sentó en el pequeño espacio que quedaba vacío en el colchón y cogió la mano de su padre con firmeza.

—¿Has pasado mala noche?

—No. —El hombre sonrió.

Enseguida supo que su padre estaba mintiendo, nunca había sido un buen mentiroso.

—Deberías descansar un poco.

—¿Qué hora es? —Su voz sonaba ahora muy ronca.

—Las diez y cuarto. Es temprano. Puedes dormir un poco más.

Pablo negó con la cabeza y trató de incorporarse, pero las fuerzas le flaquearon y, antes de que pudiera darse cuenta, había apoyado la espalda contra la cama. Sara lo ayudó a tumbarse mientras le chistaba despacio.

—Vamos, papá, tienes que descansar.

El hombre pareció rendirse y apoyó, al fin, la cabeza en la almohada.

—Está bien. Dormiré un poco más, pero prométeme que no me dejarás estar todo el día en la cama. Hace un bonito día.

Sara miró hacia la ventana, tras las finas cortinas blancas se atisbaba un día despejado.

—Bajaré la persiana para que puedas dormir mejor.

Mientras se acercaba a la ventana, escuchó la voz de su padre a su espalda.

—Está bien, pero despiértame en una hora o así.

Ella sonrió levemente y no dijo nada, consciente de que no lo haría.

Al llegar al pasillo, dejó de contenerse y sintió que las lágrimas que había guardado comenzaban a brotar.

Un par de horas después, sentada frente al televisor que miraba sin mirar, escuchó la voz de su hermano que entraba en la sala de estar, lo escuchó antes de verlo.

—Hola, hermanita.

Ella sonrió débilmente y lo miró, Damián se acercó hacia ella y la besó en la mejilla con sumo cuidado.

—¿Dónde está papá?

—Está en la cama, creo que no ha pasado buena noche.

El joven lanzó un improperio y se quedó parado durante un par de minutos, mirando a ninguna parte.

—Mejor que descanse. —Consultó su reloj de pulsera—. Había pensado salir un rato con David, pero creo que mejor me quedaré en casa.

Cuando Sara escuchó ese nombre, alzó la mirada de forma automática, como si el simple sonido de su nombre la hiciera despertar.

—No —respondió con rotundidad.

—No quiero dejaros solos. Puedo decirle que venga a casa... —De pronto se quedó callado, como si acabara de ser consciente de que había dicho algo inapropiado.

—No. —Sara sintió que se tensaba—. Vete con él. Mañana vuelve a Valencia, a saber cuánto tiempo estáis sin veros, aprovecha ahora que estáis los dos aquí, otra vez.

Damián seguía mirándola fijamente, sin decir nada. Era como si tratara de averiguar lo que su hermana estaba pensando, eso hizo que ella se agitara

incómoda en el sofá.

—Pero no puedo irme cuando papá...

Sara lo interrumpió.

—No te preocupes, está bien, estamos bien. —Mintió.

—Me jode tanto verlo así...

Sara lo miró. Aunque no habían hablado entre ellos de cómo se sentían, sabía que su hermano lo estaba pasando tan mal interiormente como ella. Trató de sonreír.

—Sí, es muy triste. —Acertó a decir. Tragó saliva para ahogar el nudo que oprimía su garganta y que le provocaba unas ganas irrefrenables de llorar.

Ambos miraban la pantalla del televisor como si este pudiera llevarse todo su dolor.

Pasó todo el día con su padre y, para su sorpresa, descubrió que era agradable pasar un sábado con él. No podía recordar la última vez que había hecho algo así, que ambos hayan disfrutado viendo las mismas películas que en su infancia. Rechazó todos los planes que Alberto, Sandra, Diana y Lola le ofrecían y convenció a Damián, aunque no fue nada fácil, para que pasara el día con David y se relajara un poco. Sara pensó que a ella también le vendría bien ese día de relax, no solo para descansar después de la larga semana de trabajo sino también para ordenar un poco sus ideas. Además si se quedaba en su casa la posibilidad de ver a David se convertía en imposible, y eso la tranquilizaba.

CAPÍTULO 13

David apuró los últimos granos de arroz que había en su plato y se limpió con una servilleta. Damián parecía un poco ausente en las últimas horas y pensó que invitándolo a cenar podría animarlo y lo cierto era que había funcionado. Su amigo había pasado toda la velada charlando animadamente, aunque lo conocía lo bastante bien como para saber que en el fondo estaba preocupado.

Miró alrededor y decenas de recuerdos volaron hacia él. Había visto tantas veces aquellos mismos jarrones blancos que había junto a la puerta, la gran pecera que siempre contenía peces de todos los colores, las grandes y extravagantes lámparas rojas que colgaban del techo, las mesas grises que eran las mismas que diez años atrás, en ese lugar se sentía como en casa. Sonrió. Cuántas veces habían cenado en ese mismo restaurante... y lo que era aún mejor, su acompañante seguía siendo el mismo de siempre, su inseparable amigo Damián.

—Déjalo. —Apartó el billete que su amigo había dejado sobre el pequeño plato plateado que contenía el ticket—. Te dije que yo te invitaría.

—No voy a decirte que no. —Su amigo guiñó un ojo y comenzó a ponerse la chaqueta.

Unos pocos minutos después, se encaminaron hacia el mismo bar de siempre, Amnesia. En su interior, la vaga esperanza de ver a Sara latía débilmente, pese a que la noche anterior el reencuentro no fue ni mucho menos idílico.

Oteó el lugar en busca de la joven, pero fue inútil. Además, aunque pudiera parecer extraño, antes de recorrer todo el local con la vista ya sabía que ella no estaría. Cuando estaba cerca era como si pudiera sentirla, y en esa ocasión

no lo hizo.

Sebas esperaba junto a la barra, en el mismo lugar de siempre, y los tres amigos se fundieron en un afectuoso abrazo.

—Qué bien que hayáis venido los dos —dijo sin dejar de sonreír y sin apartar los brazos de los hombros de sus amigos—. Es tan difícil ahora poder veros.

Pidieron una copa y brindaron juntos por las amistades que nunca se terminan de perder del todo y por los amigos que, aunque en ese momento estuvieran ausentes, finalmente Alex y Víctor no habían podido asistir, estaban de alguna manera.

Estaba inmerso en una anécdota que le había sucedido durante su primer mes en Valencia cuando sintió una mano que se posaba en su hombro, antes de que tuviera tiempo para pensar, giró.

La bonita sonrisa de Sandra lo miraba al otro lado. Tenía una sonrisa muy dulce en algunas ocasiones. Lo miraba de forma cariñosa, casi cómplice, como si ambos guardaran un secreto que nadie más conocía. Él también sonrió, no porque tuviera que corresponderle sino porque realmente se alegraba de volver a verla. De alguna forma, Sandra tenía mucho de Sara.

—Hola.

La chica se acercó un poco más y apoyó su mano en el hombro del joven, lo besó en ambas mejillas y se volvió a apartar unos centímetros.

—¿Qué haces aquí?, ¿has vuelto? —preguntó con ilusión.

—He vuelto solo por un par de días.

—Me alegro de verte.

David sonrió.

—Yo también. —Se dio cuenta de que lo decía con total sinceridad. Aunque durante el breve espacio de tiempo que había durado su relación con Sara apenas había tenido contacto con ella, lo cierto era que le caía bien, además sabía lo importante que era para ella y eso ya la convertía en alguien importante para él.

—Hola, Damián. —Se acercó a su amigo y él se quedó a una ligera distancia, viendo como Sandra lo besaba con ternura. Siempre le había parecido que ella sentía algo más por su amigo que un simple y llano coqueteo, aunque con esa chica nunca se sabía del todo.

De pronto se sintió observado y, al mirar, se encontró con dos chicas que lo miraban y le sonreían. Una de ellas era bajita, incluso más que Sandra, tenía el pelo corto, de color oscuro y, pese a que llevaba una camiseta amplia, era evidente que tenía un cuerpo un tanto regordete, había algo en su sonrisa que denotaba que era una chica alegre. La otra era bastante más alta y excesivamente delgada, tenía un pelo muy llamativo, de un color tan rubio que casi parecía blanco y le llegaba casi hasta la cintura. Pese al exceso maquillaje que llevaba, no era demasiado guapa, aunque sí atractiva. Estaba a punto de apartar la mirada cuando lo vio. Era el mismo chico que la noche anterior sostenía dos copas, posiblemente una de ellas era la de Sara.

Lo miró fijamente. Era un chico guapo, con el pelo semilargo que caía a capas a ambos lados de su rostro, casi llegaba hasta su barbilla. Alzó la vista, se sentía observado. Las miradas del chico y de David se cruzaron.. El chico le sonrió y él apartó la mirada.

—Bueno lo dicho. Me alegro de que hayas podido venir al menos unos días. —La voz de Sandra muy cerca captó su atención—. ¿Qué tal todo en Valencia?, ¿nos echas de menos? —La chica guiñó un ojo y él sonrió.

—Lo cierto es que sí. Echo de menos muchas cosas.

Ella asintió levemente.

—Ya, supongo. —Hizo una breve pausa—. Sara hoy se ha quedado en casa —Lo dijo de repente, casi como si estuviera poniéndolo a prueba y esperara ver una reacción de su parte, una reacción que no se hizo esperar.

David abrió ligeramente los labios. No dijo nada.

—Bueno, tengo que irme, me están esperando. —Señaló hacia las dos chicas, que seguían hablando animadamente y mirándolo de reojo, y al chico de bonita sonrisa.

—Me alegro de haberte visto, Sandra.

La chica lo abrazó sin mediar palabra y, aunque se quedó un tanto cohibido al principio, enseguida le correspondió.

CAPÍTULO 14

Sara apagó el televisor en el momento en que la película terminaba y la pantalla se quedaba en negro. Miró el reloj, eran más de las dos de la madrugada.

Caminó hacia el cuarto de baño y antes de entrar en él, tuvo una especie de presentimiento que hizo que su ceño se frunciera ligeramente. Tiempo después, cuando recordara ese momento, siempre seguiría sorprendiéndola que hubiera podido saberlo antes de verlo.

Se quedó mirándose en el espejo con el cepillo de dientes en la mano, seguro que no era más que una estupidez, pero aun así decidió comprobarlo.

Se dirigió a la habitación de su padre. Podía ver un bulto en la cama, estaba a punto de marcharse cuando algo en su cabeza la hizo detenerse. Aquel mal presentimiento se resistía a abandonarla. Se acercó con el corazón en un puño.

—Papá. —La primera vez lo dijo despacio, si el hombre dormía no quería despertarlo. Pero la segunda lo hizo con más énfasis.

Encendió la luz y cuando lo vio sintió que su corazón se aceleraba. Estaba muy pálido, casi ceniciento, y tenía los labios ligeramente abiertos. Pablo estaba inmóvil.

—Papá. —Esta vez lo agitó con violencia y gritó. Sobre el suelo había un pañuelo con restos de sangre.

Sara corrió hacia el baño y encontró sobre el lavabo su teléfono móvil. Apenas podía pensar con claridad, pero un atisbo de cordura la hizo acordarse de Damián. Marcó su número y mientras escuchaba los tonos paseaba por el pasillo, hecha un manojo de nervios.

—Sara. —La voz de su hermano se intuía bajo una música que le resultó

demasiado atronadora.

—Damián, es papá —ella comenzó a gritar.

—Espera. —La voz de su hermano empezó a transformarse. Como si él también hubiera podido sentirlo antes de saberlo con certeza—. Voy a la calle. ¿Qué pasa Sara?

—Es papá —empezó a sollozar—. No se despierta.

Se hizo un silencio al otro lado.

—Voy ahora mismo. Llama a la ambulancia —respondió al fin.

Colgó antes de que ella tuviera tiempo de decir algo. Comenzó a marcar el número del 112 sin mirar la pantalla, se movía automáticamente, como si estuviera dirigida por unos hilos invisibles que guiaban sus movimientos.

No sabría decir cuánto tiempo transcurrió hasta que escuchó unos pasos en el pasillo, ni que hizo en ese tiempo de espera, solo alzó la mirada justo a tiempo para ver a Damián entrando en la habitación. Estaba tan pálido como su padre.

—¿Qué ha pasado? —Se acercó a ella mientras resoplaba.

—No sé, cuando vine estaba así.

Su hermano golpeó con delicadeza las mejillas del hombre, que había despertado. Apenas podía abrir los ojos y trataba de hablar, pero de su garganta solo salía una especie de ronquido. Damián chistó con suavidad y se sentó a su lado.

—Tranquilo, papá, iremos al hospital ahora mismo.

Mientras levantaba con suavidad a su padre, el sonido del timbre los sobresaltó. Antes de que pudieran darse cuenta, dos hombres que portaban una camilla entraron en la habitación.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó el mayor de los dos, tenía el pelo canoso y debía rondar la cuarentena.

—No lo sé. Yo lo vi hace unos minutos. Se acostó hace al menos un par de horas —Sara empezó a gimotear—. Espero que no lleve así mucho tiempo, yo... yo no me he dado cuenta.

—Tranquila. —El médico más joven la miró y trató de ser amable.

Damián la rodeó con los brazos.

—Está enfermo. Tiene cáncer de pulmón.

Los sanitarios no dijeron nada. Lo montaron en la camilla con una rapidez

asombrosa. Sara y su hermano los siguieron hacia el pasillo.

Cuando llegó a la entrada de su casa, pudo verlo.

David estaba apoyado contra la pared. Parecía nervioso. Debió ser él quien les había abierto la puerta de la casa. Ella ni siquiera había pensado en eso.

—Os veré en el hospital. —Su voz le llegó desde la distancia. Pese a que estaba a tan solo unos metros, le pareció escucharlo desde mucho más lejos.

—Gracias, tío.

Fue lo último que escuchó antes de que las puertas de la ambulancia se cerraran y empezara a recorrer las calles a toda velocidad.

Cuando llegaron al hospital, Pablo estaba un poco más despierto, aunque todavía muy débil. La camilla desapareció tras un ancho pasillo, y Damián y Sara esperaron en una sala que una enfermera les mostró. Apenas habían transcurrido unos minutos cuando vio a David encaminándose hacia ellos. Andaba deprisa y sonreía débilmente. Ella lo miró y sintió que se sobrecogía. Siempre tendría la capacidad de impresionarla, no importaba el tiempo transcurrido ni la situación en la que se encontrara.

—¿Cómo está?

—Están recuperando su pulso. —Damián le respondió a su amigo y le pasó el brazo por encima del hombro.

—Me alegro. —Sara apenas pudo aguantar su mirada—. Seguro que se pondrá bien.

No había terminado de decir la frase cuando un médico se acercó a ellos. Era joven y, pese a estar vestido con una bata blanca, denotaba elegancia.

—¿Sois los hijos de Pablo, verdad?

Sara asintió con rapidez.

—En este momento estamos estabilizando a vuestro padre. Tenemos que hacerle algunas pruebas para determinar que ha sucedido exactamente-

—¿Cómo está? —Damián fue el primero en hablar.

—Se está recuperando. Hemos conseguido que despierte, pero aún es pronto para determinar la causa de la pérdida de conciencia.

—¿Esto es cosa del cáncer, no? —Sara lo preguntó casi con cuidado, como si la sola palabra le escociera los labios.

—Sí, es más que probable, pero como ya les he dicho es demasiado pronto para sacar alguna conclusión. Ha podido deberse a varios factores, hasta que

no le realicemos algunas pruebas no podremos determinar exactamente la causa.

—¿Podemos verlo? —preguntó Damián.

El médico sonrió suavemente y negó con la cabeza. Tenía una voz dulce y suave que resultaba agradable escuchar.

—En este momento le están realizando un análisis de sangre. Tiene que descansar. Dentro de un rato podrán verlo.

Esperó durante unos segundos y, cuando Damián le dio las gracias, giró y desapareció por el pasillo de acceso restringido.

—Bueno, al menos está mejor. —Sonrió—. Vamos a sentarnos, no podemos hacer mucho más.

Damián se encaminó hacia las sillas de plástico que había a un lado de la sala. Su amigo lo siguió enseguida, no sin antes dedicarle una mirada cargada de ternura a Sara, que se quedó rezagada.

—Voy a fumarme un cigarrillo.

Se encaminó hacia la calle y, cuando sintió el aire golpeándola en el rostro, se sintió un poco mejor. Buscó su teléfono móvil y marcó el número de Alberto. Tenía que avisarle.

CAPÍTULO 15

David apoyó los codos sobre las rodillas y se pasó la mano derecha por el cabello. Estaba cansado, pero no se marcharía a casa hasta no saber más sobre Pablo. Lo hacía por su mejor amigo, por aquel hombre al que conocía desde siempre, y también lo hacía por ella. Al verla llorando se había querido morir, hubiera dado cualquier cosa por abrazarla, por besar su frente y consolarla, pero sabía que no era lo oportuno, además dudaba de que ella realmente quisiera ser consolada por él.

Escuchó unos pasos cerca de la puerta de urgencias y, cuando levantó la vista, la vio. Caminaba despacio, con la mirada fija en la pantalla del teléfono móvil. Tenía el rostro tan pálido que parecía que podía caerse en cualquier momento. De repente la imagen de chica dura y fuerte que podía con todo había desaparecido. Ahora parecía una niña pequeña que acababa de despertar de una pesadilla y que necesitaba ser auxiliada.

El deseo de abrazarla se hizo aún más acuciante. Movido como por un resorte y de forma automática, como si su cuerpo actuara por sí solo, se levantó de la silla. Se quedó parado junto a ella, sin saber muy bien que hacer. Sara se encontraba a unos cuatro o cinco metros y continuaba mirando el teléfono.

Se acercó a ella con pasos lentos, Sara no levantó la vista de la pantalla ni una sola vez. Cuando estuvo lo bastante cerca, respiró hondo y se armó de valor para hablarle.

—¿Cómo estás?

Solo cuando terminó, Sara levantó la vista. Lo miró durante un par de segundos, con aquella expresión de desconsuelo prendida de los ojos, y finalmente ladeó la cabeza.

—Deseando saber algo más. —Tenía la voz más ronca de lo habitual, como si algo no le permitiera hablar con normalidad.

David bajó la vista al suelo durante un instante.

—Tu padre es un hombre muy fuerte. Ha salido de tantas cosas... esta es solo una más.

Se dio cuenta de que pese a estar pálida y tener los ojos llorosos, estaba tan guapa como siempre. Ella no dijo nada. David miró la máquina de café que había a su lado y rebuscó en su bolsillo.

—¿Quieres algo?

—No, gracias.

Estaba a punto de decir algo más cuando la voz familiar de Sandra inundó la sala. La chica caminó deprisa hacia Sara y le dio un abrazo en cuanto llegó a su lado. Unas pisadas tras ella hicieron que girara de nuevo, y entonces lo vio. El chico de bonita sonrisa estaba allí, con el flequillo que caía a un lado de su rostro. Al llegar junto a Sara la tomó entre sus brazos y David comprendió enseguida, al ver su forma de tocarla, que ese chico estaba enamorado de ella.

—David, no sabía que tú también estarías aquí. —Sandra se había interpuesto en su visión y se dirigía a él. Trató de sonreír.

—Estaba con Damián cuando paso.

—Qué putada.

—Vaya, vamos a llenar toda la sala de urgencias.

La voz de Damián, que acababa de entrar de la calle, inundó el aire. Parecía más relajado y sonreía débilmente. Sandra caminó hacia él y lo abrazó con efusividad. El chico de tierna sonrisa le estrechó la mano en un saludo que denotaba que, pese a que se conocían, no tenían una relación demasiado estrecha, parecían conocidos, nada más.

David se sentó en una de las sillas mientras el chico volvía a dirigirse a Sara.

—Lola y Diana querían venir, pero les dije que mejor se fueran a casa, que les diríamos algo en cuanto lo supiéramos. —Escuchó hablar al joven de la sonrisa.

Giró para no tener que verlos. Damián se sentó a su lado y sonrió despacio, colocó su mano sobre la rodilla de David. Él comprendió sin palabras que su

amigo le quería decir algo.

CAPÍTULO 16

Sara apartó un mechón dorado que caía sobre sus ojos. La mano de Alberto aún estaba sobre su cintura. No podía evitar sentirse un tanto incómoda. La situación lo era. David se encontraba a tan solo unos metros de distancia y ella estaba con Alberto, con su nueva pareja. Nunca antes se había encontrado en circunstancias similares. Pero antes que esa incomodidad había otra que oprimía su mente con fuerza. Su padre estaba solo en algún lugar de ese hospital, hubiera dado cualquier cosa para poder ir a su lado y saber con certeza como se encontraba.

—¿Quieres algo? —Alberto le habló desde muy cerca, casi pegado a su oído.

—Una botella de agua.

Cuando lo vio alejándose hacia la máquina de refrescos, comprendió que para acceder a ella tenía que pasar muy cerca de David, lo observó y de forma inevitable comenzó a ponerse nerviosa. Tan solo la mirada de David quedaba frente a la suya y, aunque trató de leerla, se dio cuenta de que ya no era tan legible para ella como antes. Se mantenía impertérrito y no apartaba la mirada de Alberto. El contacto duró unos segundos y solo cuando pasó, se dio cuenta de que había dejado de respirar.

El tiempo transcurría muy despacio en esa sala de espera. Sara permanecía sentada en una de las incómodas sillas de plástico y Alberto sujetaba su mano de forma constante. Sandra permanecía a su otro lado, como siempre su leal y fiel amiga.

Damián y David se encontraban a varios metros, sentados en otro lado de la sala, hablaban en voz baja en contadas ocasiones, el resto del tiempo permanecían en silencio. A lo largo de la noche, su mirada se había dirigido

hacia David muchas más veces de las que le gustaría admitir y, cuando lo encontraba perdido en su teléfono móvil, no podía evitar preguntarse si estaría hablando con la chica que ahora ocupaba su corazón. Pero sabía que no podía reprocharle absolutamente nada, era la menos indicada, puesto que ella ya había rehecho su vida más de un año antes. Al pensar en esa chica imaginaria, no podía evitar sentir una cierta oleada de celos.

—Familiares de Pablo Márquez.

La voz resonó con fuerza a través de los altavoces. Todo quedó en silencio. Sara se incorporó en el asiento y miró a su hermano, que se ponía de pie.

—Diríjase a la consulta número dos.

Alberto apretó su mano con más fuerza y la besó, Sandra sonrió.

—Estará bien, ya verás.

Siguió a su hermano a través del pasillo de acceso restringido con los nervios a flor de piel y el corazón en un puño.

CAPÍTULO 17

Le sonrió a su amigo mientras éste se alejaba, seguido muy de cerca por Sara. Esperaba que fueran buenas noticias, lo deseaba de verdad.

—David, vente aquí.

La voz de Sandra sonó a la distancia. Alzó la mirada y cuando la dirigió hacia ella, pudo ver de nuevo a ese chico, que también lo miraba y sonreía. ¿Es que nunca se cansaba de sonreír?

—Voy a fumarme un cigarro. —Se puso de pie pensando si realmente le apetecía un cigarrillo o si no era más que una excusa para huir de ellos.

Pese a que ese chico no parecía malo en absoluto, tenía una mirada limpia y su forma de tratar a Sara parecía cariñosa, sentía una inevitable animadversión hacia él.

Miró el teléfono móvil y vio de nuevo el mensaje de Irene que aún no había sido capaz de responder:

“Buenas noches. Espero que estés bien, yo estoy llegando ahora a casa y la verdad es que te echo mucho de menos. Me gustaría que pudieras estar en mi cama esta noche. ¿Y a ti?”.

Estuvo a punto de guardar de nuevo el teléfono y dejar el mensaje sin contestación, pero entonces la imagen de ese chico al lado de Sara y su forma de mirarla voló hasta su mente. Se sintió casi furioso. Sara sin duda había rehecho su vida, quizá él también pudiera hacerlo, quizá en algún momento Irene pudiera convertirse en la dueña de su corazón.

“Buenas noches, guapa. La verdad es que espero que tu noche haya sido mejor que la mía, porque en estos momentos estoy en una sala de espera de hospital. No te preocupes, yo estoy bien, es el padre de mi amigo, ha tenido una crisis”.

Lo envió y volvió al interior del hospital justo a tiempo para escuchar, resonando por los pasillos, la inconfundible risa de su amigo Damián. Sara caminaba tras él y también sonreía. Sus ojos habían recuperado parte de su luz. Cuando Damián lo vio se abalanzó a sus brazos.

—Está bien.

Se fundió en un abrazo con su amigo y pudo ver, por el rabillo del ojo, como Sara también lo hacía en los brazos de aquel chico.

—¿Pero qué ha pasado?, ¿por qué perdió el conocimiento?

—Bueno, ahora está bien, pero no del todo. — Su amigo negó con la cabeza —. Parece ser que el cabrón del cáncer le está afectando más de lo esperado. Tiene el calcio muy alto, es algo que suele pasar cuando se tiene un cáncer como el suyo. Eso puede afectar a todo el sistema nervioso.

—¿Y ahora qué?

—Pues tienen que controlarle también eso. Hoy va a pasar el resto de la noche en observación y mañana lo llevarán a planta. Creo que estará al menos un par de días en aislamiento. Su sistema inmunológico está muy débil y cualquier cosa puede afectarle.

—Es lo mejor. Aquí está más seguro que en ningún otro sitio.

—Voy a quedarme aquí lo que queda de la noche —dijo Damián.

Sara se acercó hasta ellos.

—Ya has oído al médico. No puedes pasar donde está. ¿Por qué vas a quedarte toda la noche en estas sillas incómodas? Vamos a casa, mañana volveremos.

—Tiene razón. —David la miró y ella apartó la vista enseguida.

—Me da igual lo que digan los médicos. No voy a dejar a mi padre solo. Estaré aquí para todo lo que pueda pasar.

—Entonces yo también me quedaré —Sara habló con convicción—. Al menos te haré compañía a ti.

—Yo me quedaré con él. —David la interrumpió y ella lo miró interrogante.

Cuando la miraba seguía sintiendo la misma tensión que años atrás, cuando sus miradas irradiaban tanta luz como el cielo que habían disfrutado juntos una noche de verano en un lugar perdido de Valencia.

—No, eso sí que no. —Damián trató de hacer cambiar de opinión a su

amigo, pero solo consiguió una negativa por su parte. Finalmente, se vio obligado a aceptar su compañía.

—Mañana vendré a primera hora. —Sara pareció ceder al fin— Si pasa cualquier cosa, lo que sea...

—Te llamaré, no te preocupes. —Su hermano besó su mejilla y sonrió con ternura mientras ella comenzaba a caminar hacia Sandra y aquel chico.

—Muchas gracias por quedarte. Eres un amigo de verdad. El mejor. —Una vez solos, Damián colocó el brazo sobre el hombro de su amigo y pareció emocionarse por un instante.

David trató de sonreír, pero pensar en la posibilidad de que Sara durmiera acompañada esa noche le revolvía el estómago.

Una voz familiar cerca de su oído lo hizo despertar. Había dormido poco y mal y se sentía incluso más cansado que antes.

—David. —Al abrir los ojos vio a su amigo sonriendo—. Acaban de avisarme de que van a trasladarlo a otra sala de aislamiento, donde podremos verlo en un rato.

Tardó unos segundos en asimilar la información.

—Me han dicho que tardara un rato. Vámonos a casa. Yo volveré más tarde.

Caminó a través del hospital como un muerto viviente, llevó a su amigo a casa y cuando al fin cerró la puerta de su apartamento, sintió que todo su cuerpo le pesaba, como si se hubiera convertido en cemento. Sus músculos habían intentado aguantar durante toda la noche, pero ahora que sentían la proximidad de la cama, se habían rendido. Con todos los acontecimientos ocurridos en las últimas horas no había sido demasiado consciente de que ese mismo día tenía que marcharse a Valencia. Cuando se metió en la cama eran más de las siete y media de la mañana.

Despertó agitado y sudoroso. Eran casi las tres de la tarde. Una imagen retumbaba en su mente y le hacía sentir una gran inquietud, hasta un poco de temor. Había visto a su madre andando por el pasillo que había junto a su habitación, casi podía escuchar sus pasos resonando en el silencio y a través del tiempo. Comprendió que había soñado con ella, con los años vividos en esa casa. Los años que habían quedado demasiado lejos.

Se restregó los ojos y agitó su cabello. El sueño había sido tan real que casi

podía seguir viéndola. Ella caminando, con aquel andar despreocupado y apático que los años le habían dejado, con esa sombría mirada. Casi podía escuchar su voz, ronca, recóndita. Y una imagen que aún le erizaba el vello de los brazos. Ella tirada a los pies de su cama, inerte, inmóvil.

Agitó la cabeza y se puso de pie. Su madre no estaba en esa casa, aunque de alguna forma siempre formaría parte de aquellas cuatro paredes, del aire que envolvía el pequeño apartamento, incluso de las motas de polvo que volaban a través de él.

Miró alrededor. Por la tarde iría al hospital a despedirse de su amigo y se marcharía a su nueva ciudad, a su nueva casa, a su nueva vida.

CAPÍTULO 18

Sara caminaba despacio por el pasillo, portando un par de cafés en ambas manos. Aunque la noche anterior se había marchado a su casa, apenas había podido pegar ojo pensando en que su padre estaba solo en una fría habitación de hospital. Ahora solo necesitaba cafeína para poder mantenerse despierta.

Dobló la esquina y estuvo a punto de chocar. Ella estaba perdida en sus pensamientos y él también parecía despistado, casi ausente.

—Perdón.

Su voz, esa voz. Alzó la vista y lo vio.

—Sara, no te reconocí. —David sonrió levemente.

—Yo tampoco.

Se quedaron durante un par de segundos en silencio.

—Voy a llevarle este café a Damián. —Finalmente fue ella la que habló.

—Si no te importa te acompañaré. He venido a despedirme.

Lo miró fijamente. Claro, tenía que volver a Valencia. Aquel no había sido más que un viaje puntual. Todo volvía a la normalidad. A la aparente normalidad que últimamente era su vida.

—¿Cómo está?

—Mejor. — Ella le respondió, pero sintiéndose incapaz de mirarlo a los ojos. Le parecía increíble que la persona que había sido toda su vida ahora fuera una sombra silenciosa que caminaba a su lado.

—Hola, David. —Damián salió a recibirlos a la puerta, tenía puesta una mascarilla que se quitó enseguida.

—Ya me ha dicho Sara que tu padre está mejor, me alegro mucho, de verdad. Solo he venido a despedirme, aún me queda un largo viaje.

Al escuchar esa última palabra ella sintió que el corazón le daba un vuelco.

El viaje que él estaba a punto de emprender era el mismo que habían hecho juntos ese mágico verano.

—Claro. Es un largo viaje. Te agradezco muchísimo todo lo que has hecho David. Me siento fatal porque tengas que irte ahora, apenas has podido descansar.

David lo interrumpió.

—He dormido hasta las tres, no está nada mal —dijo entre risas—. Vendré en cuanto pueda otra vez, ya me irás contando como va todo, seguro que bien.

Los dos amigos se fundieron en un cálido abrazo. Sara sonrió. Había pasado lo que había pasado entre David y ella, pero nadie podía negar que él era un buen chico, mucho más que eso. Había hecho mucho más de lo que cualquier otro amigo hubiera hecho en las últimas horas, en realidad siempre.

—Sara.

Su voz la despertó de sus cavilaciones.

—Espero que todo vaya bien.

Al mirarlo sintió que se ruborizaba. Seguía conservando el mismo magnetismo irresistible en la mirada, no había perdido un solo ápice de su encanto, y estaba segura de que jamás lo perdería.

—A ti también, David.

Mientras vio como los chicos se dirigían juntos hacia la salida, sintió unos deseos irrefrenables de llorar, aunque no entendió muy bien por qué.

Volvió al interior de la habitación junto a su padre.

—¿Estás bien?

Se dirigió hacia él y asintió mientras lo cogía la mano, al mirarlo a los ojos pudo ver en ellos todo lo que debía haber tras los suyos. Trató de sonreír, pero un nudo se instaló en su garganta y, allí sentada, amarrada a su padre, viendo como David se alejaba una vez más, sintió que volvía a perderlo.

CAPÍTULO 19

Al entrar en el apartamento aspiró el aroma salino que siempre le daba la bienvenida en esa casa.

La opresión del pecho se había relajado un poco, pero seguía notándola, como si fuera una mano que se hubiera asido a su corazón y no quisiera soltarlo. Llevaba acompañándolo desde que había salido del hospital, donde se había quedado su mejor amigo y parte de su ser.

Miró un instante los ojos de Sara, se sentía incapaz de abandonarlos otra vez. Sabía que no era más que una absurda fantasía, pero la posibilidad de quedarse junto a ella, de volver a vivir en su antigua casa, en su antiguo barrio, dejar todo lo que tenía ahora en Valencia y volver sin mirar hacia atrás, le pareció una idea más que tentadora. Pero entonces su mente volvió a la realidad. Sara ya no sentía lo mismo por él. Sara ahora caminaba al lado de otra persona y eso era algo que debía respetar y aceptar.

Su vida ya no estaba ligada a ese lugar, quizá ya nunca más lo estaría. Fue él quien había tomado la decisión de dejar todo atrás, ahora era tarde para arrepentirse y querer volver.

Abrió el cajón que había dentro del armario de su habitación y cuando encontró el papel, sonrió. El mismo que Sara le había entregado hacía más de dos años, el día que se habían visto por última vez. Estuvo contemplándolo durante largos minutos, absorbiendo cada detalle, empapándose de cada trazo. Eso sería siempre suyo. Siempre nuestro, pensó.

Ese jueves de septiembre llegó a su fin y octubre hizo su aparición entre nubes. David contempló la parte del mar que le dejaban entrever los altos edificios y aspiró una bocanada. Estaba lloviendo y el mar parecía luchar con la lluvia que se fundía con él. Resguardado bajo el techo de su terraza,

contemplaba la distancia en silencio y pensaba en la realidad, su realidad.

Desde que había vuelto de Madrid, hacía ya cuatro días, no había visto a Irene ninguna vez, sus turnos en el hotel y los suyos en la tienda habían ido descompasados, y lo cierto era que sabía que era lo mejor. Cada vez era más consciente de que debía tomar una decisión antes de que las cosas se complicaran aún más. El pensamiento de que Irene quizá podía volverse la mujer de su vida le parecía ahora tan absurdo como irreal. Era consciente de que con ella no sentía lo que una persona siente cuando está enamorada. Él lo había estado y sabía que ahora no lo estaba. No le gustaba mirarla cuando ella no se daba cuenta, no se ponía nervioso cuando la esperaba junto a su portal, no disfrutaba del sonido de su risa ni se deleitaba con el simple movimiento de su cadera, pese a que Irene fuera toda una belleza, a él no le daba un vuelco el corazón al verla. Todo eso solo lo había sentido una vez en la vida.

El sonido de su teléfono móvil lo devolvió a la realidad. A una realidad que hacía mucho tiempo había dejado de ser la misma.

—¿Sí? —Estaba tan absorto en sus pensamientos que ni siquiera miró el nombre que aparecía en la pantalla.

—David. —La voz de Damián al otro lado le hizo dar un respingo en la silla. Habían hablado esa misma mañana.

—¿Va todo bien?

—Sí... bueno, todo lo bien que puede ir.

—Me has asustado. Pensaba que a lo mejor... —David no terminó de decir la frase.

—Lo siento.

—¿Qué vas a sentir? —dijo entre risas—. ¿Estás bien? —La pregunta era absurda, conocía demasiado bien a su amigo para saber cómo se sentía, incluso a cientos de kilómetros de allí.

—Cansado.

David miró el reloj de pulsera. Eran casi las nueve de la noche.

—¿Te pilló bien?, ¿estabas cenando o algo así?

—No —dijo sonriendo levemente—. ¿Esta noche también duermes allí?

—Sí. A ver si le dan el alta pronto. —Se escuchó como su amigo exhalaba el humo—. Aquí se duerme fatal, pero nos han dicho que si todo sigue así puede que mañana o pasado pueda irse a casa.

—Eso es una muy buena noticia.

Damián pareció sonreír al otro lado.

—Bueno, la verdad es que no sé qué decirte. —Hizo una breve pausa— No pueden hacer nada más por él.

David se quedó sin palabras. La sinceridad aplastante de su amigo hizo que su vello se erizara. No supo que decir.

—No hay nada que hacer, David. Mi padre está en las últimas. Todos lo sabemos, aunque no digamos nada. —Su voz era tan suave que parecía que se apagaría en cualquier momento—. Los médicos también lo saben. Por eso van a dejar que se vaya a casa, para que todo acabe allí, para que esté tranquilo.

Hubo un silencio que David no supo llenar.

—Tenemos que aceptarlo.

—Yo... no sé qué decirte. —Consiguió reconocer al fin—. Lo siento muchísimo, Damián.

—Lo sé, amigo. Lo sé. —Sonrió—. Bueno, voy a dejarte. Acabo de llegar a la cafetería. Voy a pillar algo para cenar.

—Claro. Mañana hablamos.

David se quedó mirando el teléfono móvil como si intentara buscar respuestas en él. El cáncer de Pablo había llegado de improviso y había arrasado con todo. Estaba tan avanzado que solo era cuestión de tiempo. En el fondo todos lo sabían y su amigo lo dijo en voz alta, mostrando la valentía que le caracterizaba.

David solo pudo pensar en qué haría en las siguientes horas. Viajaría de nuevo a Madrid para estar con su amigo, con Pablo, con todos.

CAPÍTULO 20

Es misma tarde, en Madrid, el cielo parecía estar de acuerdo con que el otoño prosiguiera su avance y lo mostraba bajo una oscura y opaca apariencia. Era un día triste, uno de esos días en que mirando por la ventana se siente una irremediable nostalgia. A Sara esos días le recordaban a las tardes de domingo en que siendo tan solo una niña podía ver las ramas de los árboles agitándose a la distancia, luchando con el viento, como si quisieran escapar de su eterno descanso. Esas tardes de otoño en que el verano parecía solo un sueño lejano.

Esa tarde, sentada en la fría y oscura habitación de hospital, se sintió igual que cuando era una niña. Vio las hojas de los altos sauces agitándose a la distancia y supo que eran los mismos árboles que años atrás la miraban en su irrefrenable avance. Se preguntó qué pensarían de esa mujer que algún día los miró siendo una niña.

Se paró a pensar en el paso del tiempo, en su avance irremediable, en la imposibilidad de poder detenerlo. Miró a su padre, dormitaba tranquilo. Hubiera dado cualquier cosa por detener el tiempo en aquel momento, por evitar que su padre siguiera consumiéndose tumbado en una habitación de hospital. Seguía marchitándose sin que nada ni nadie pudiera remediarlo y el maldito tiempo seguía pasando como si no le importara, como si nada le importara en realidad.

Damián estaba sentado mirando sin mirar el televisor, sabía que en realidad su mente se encontraba lejos de allí. Aunque tuvo deseos de acercarse a él y abrazarlo, supo que a su hermano no le gustaría, nunca le había gustado mostrar sus emociones.

Un mensaje vibró en su teléfono móvil. Era Sandra, al fin había terminado

su turno en el supermercado.

“Aunque sabes que no me gusta demasiado celebrar mi cumple aceptaré a tomar algo contigo, así tú también sales un rato del hospital”.

Sara leyó el mensaje mentalmente y sonrió. A Sandra nunca le había gustado que llegara el último día de septiembre pues eso significaba que había llegado su cumpleaños. Aunque había pasado el tiempo, siempre recordaría ese día como el día en que había perdido la fe en el amor. Tenía ocho años y tras abrir el único regalo que su madre había podido hacerle, trabajaba de sol a sol en una cafetería por un mísero sueldo, le hizo la pregunta más difícil que le había hecho hasta ese momento y probablemente la más difícil que le haría jamás. Aunque había pensado en ella en cientos de ocasiones en la soledad de su habitación, nunca la formuló en voz alta hasta ese día, el que se sintió lo bastante mayor como para hacerlo. ¿Quién era su padre? Su madre, Julia, la miró fijamente, y mostrándole la sonrisa más tierna que Sandra había visto jamás, tan solo le dijo unas palabras que no olvidaría: “Tu padre fue un cobarde que ni siquiera te dio una oportunidad, pero estoy segura de que algún día, si no lo ha hecho ya, se arrepentirá de haberse perdido conocer a la chica más maravillosa del mundo”. Sandra no dijo nada, pero a partir de ese día comprendió que no había amor en el mundo tan fuerte como el que sentía una madre por una hija, el resto de amores, sobre todo los supuestamente románticos, eran solo una pamplina.

CAPÍTULO 21

Cuando David llegó al bloque de apartamentos de Damián, se sintió un tanto extraño, sobre todo nervioso. Lo embargaba un halo de familiaridad, de recuerdos que escondían aquellas paredes. De alguna manera era como si ese antiguo edificio tuviera vida, como si tuviera unos brazos que fueran capaces de abrazarlo, de darle de nuevo la bienvenida.

Cuando llegó a su apartamento, Damián lo esperaba afuera, pese a que sonrió, David vio un halo de tristeza que enturbiaba sus ojos cansados. Lo abrazó, pero se retiró enseguida con delicadeza, sabía que el chico de cabello rubio y corazón herido podía caer en cualquier momento y que no era lo que quería.

Al entrar al interior, sintió enseguida que el ambiente allí había cambiado, ahora todo parecía provisto de oscuridad y tristeza.

Pablo estaba sentado en el sofá. Tenía una vía que subía a través de su brazo hasta un atril de acero inoxidable que contenía una bolsa de color transparente, estaba siendo medicado para el dolor. Tenía unas profundas ojeras oscuras y estaba más que pálido, estaba ceniciento. Pese a todo, miró a David y sonrió, y aquel simple gesto pareció costarle toda una eternidad. David se acercó a él sin pensarlo ni un momento, a paso firme y decidido.

—Pablo, ¿Cómo estás?

—¿Has venido otra vez? —Su voz era suave y parecía más ronca que nunca, pero un brillo se le despertó en sus ojos.

—Sí, y además he traído algo. —Le mostró una caja de bombones que el hombre cogió con una sonrisa en los labios.

Damián sonrió y ahuecó el cojín sobre el que estaba colocado su padre.

—Creo que me iré a la cama. Estoy agotado. —Se puso de pie despacio y

David sintió una gran tristeza cuando vio al hombre que llevaba viendo desde que era solo un niño aún más consumido que nunca.

—Si no te importa lo ayudaré a acostarse. Puedes ver algo en la tele. —
Damián cogió a su padre a través del brazo con extrema delicadeza—. No sé si habrá algo de beber en la nevera.

—He traído algo. —David le mostró la bolsa verde que había dejado sobre el suelo y su amigo asintió.

Unos minutos después, los dos jóvenes estaban sentados en el sofá, el televisor estaba encendido, pero con el volumen casi completamente bajo.

—¿Cómo está?

Damián se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

—Ya lo ves, no muy bien.

—¿Y tú, cómo estás tú?

—Pues desde que me dijiste ayer que venías mejor. —Damián sonrió—.
¿Tú cómo estás?

—Pues igual que la semana pasada. —David rio y su amigo lo imitó—. En esta semana no me ha pasado nada interesante.

—Claro, no hace ni una semana que te fuiste. Seguro que hubieras preferido quedarte allí con ese bombón con el que te veías últimamente.

—Pues la verdad es que no la he visto en toda la semana.

—Al final se va a cansar de ti.

—Bueno, son cosas que pasan.

Damián negó con la cabeza y aspiró una bocanada.

—Te entiendo, os lo pasáis bien juntos pero no hay nada más entre vosotros.

David sonrió y trató de cambiar de tema.

—¿Qué tal tú con esa chica que tanto te gustaba de Barcelona? Lara, ¿verdad?

En cuanto pronunció su nombre la expresión de su amigo cambió.

—Bueno, la verdad es que tengo ganas de verla. Hace casi dos semanas que no nos vemos...

A David le parecía extraño ver así a su amigo. Sabía que Damián solo había tenido un amor en su vida y fue cuando tenía quince años. Cuando descubrió que ella lo hacía sentirse igual de especial a él que al resto de los chicos del

barrio, comprendió que el amor duele. Cuando su madre se marchó no hizo más que demostrarle que no merecía la pena creer en nadie. Si una madre era capaz de abandonar a sus hijos, que es la mayor ofensa que alguien puede hacerle al amor, ¿en que se podía creer? ¿En quién se podía confiar? Sintiendo estafado decidió que no dejaría que nadie más entrara en su corazón y pudiera hacerle daño, y durante muchos años consiguió darle esquinazo al amor, pero al fin lo había encontrado. Ahora entendía que nadie puede esconderse del amor eternamente.

—Has tenido que echarla mucho de menos.

David arrugó la frente.

—¿A quién?

—A mi hermana.

Pese a que la pregunta le había llegado de improviso y era algo que no esperaba escuchar en absoluto, David miró fijamente a su amigo y sin saber por qué, en ese momento, sintió que deseaba hablar de ella con alguien.

—Sí, la verdad es que sí.

Damián no dijo nada, pero asintió despacio, como si estuviera asimilando la información. Le sorprendió que su amigo tuviera el valor de reconocerlo en voz alta.

—Me gustaría salir a tomar una cerveza contigo, pero no puedo dejar solo a mi padre —dijo Damián para cambiar de tema, consciente de que para su amigo era un tema incómodo.

—No me importa. Estamos bien aquí, así estamos más pendientes de él.

Damián asintió y sirvió otro par de vasos de cerveza.

CAPÍTULO 22

En los últimos días, la noticia de que su padre estaba enfermo había corrido como la pólvora por el barrio, y todos los vecinos se ofrecían a ayudarlos en lo que fuera necesario. A Sara le parecía demasiado tarde, pero se limitaba a sonreír cortésmente cuando una vecina les llevaba algo de comida o un vecino les acercaba el periódico del kiosco de la esquina. A ella solo le importaba que su padre estuviera lo mejor posible y cuidarlo en lo que fuera necesario, pese a que el hombre se empeñara en decirles constantemente que estaba bien y que no necesitaba nada.

Esa tarde de viernes, Damián insistió mucho para que saliera a dar un paseo con sus amigos, así que al final aceptó la invitación de ir al cine con Alberto.

Su hermano llegó a su casa cuando eran poco más de las ocho de la tarde, portaba en las manos una bolsa de plástico.

—Papá, te he traído uno de esos bocadillos de calamares que tanto te gustan.

El hombre se levantó despacio del sofá y dibujó una amplia sonrisa. Sara los miró embelesada. Su padre apenas comía últimamente, el tratamiento le quitaba el hambre y además hacía que casi todo le supiera a cobre, por lo que ese detalle de su hermano le pareció muy bonito. Una de las escenas más tiernas que se había vivido en esa casa.

El sonido del interfono rompió el momento. Era Alberto, si no se daba prisa llegarían tarde a la sesión del cine.

La película de ciencia ficción que Alberto había escogido no era en absoluto del gusto de Sara y se pasó las más de dos horas que duraba entre bostezo y bostezo. Él estaba embelesado mirando la pantalla, adoraba las películas de esa temática, y apenas reparó en Sara que miraba el teléfono con

sigilo cada escasos minutos. Le preguntó a Damián en varias ocasiones como se encontraba su padre y si era necesario que se marchara a casa, pero siempre recibía la misma negativa por parte de su hermano. Se preguntó que estarían haciendo los dos solos en casa.

Cuando al fin terminó la película ya eran más de la doce. La noche se había tornado un tanto fría y un suave viento silbaba como un lobo que aúlla agazapado en la oscuridad.

—Tomemos una copa, te vendrá bien desconectar un poco, además has estado casi todo el día en casa.

Alberto trataba de convencerla para que fueran a tomar una copa a Insomnio, donde también se habían citado sus amigos. Ella volvió a coger el teléfono móvil y a enviarle un nuevo mensaje instantáneo a su hermano, este le dijo que su padre se había acostado hacía ya largo rato y que todo estaba tranquilo en casa, la animó incluso a que se tomara esa copa. Finalmente, Sara aceptó, un poco a regañadientes.

Cuando llegaron al bar, Sandra la recibió con un fuerte abrazo y un sonoro beso cargado de ternura. Ella le sonrió a su amiga de toda la vida y a las nuevas, Diana y Lola, que la saludaron con énfasis.

—Sara, me alegro mucho de verte. ¿Cómo está tu padre?

—Bueno, está en casa.

En el fondo de su ser sabía, también como su hermano, que Pablo se encontraba tan delicado de salud que cualquier momento podía ser el último, aunque temía decirlo en voz alta más de lo que había temido decir algo jamás.

Se dirigió hacia la barra y pidió una copa de vodka con limón. Dio un largo trago y se encaminó hacia la zona del billar donde un grupo de amigos jugaba. Le apetecía escuchar la música y dejarse llevar, olvidarse por un momento de todo y de todos.

Dejó a Alberto hablando con Mateo y realizó un gesto con la mano que Sandra entendió enseguida. Pese a que le pidiera a su amiga un poco de intimidad sabía que Sandra se iría enseguida a su lado y trataría de hacerla reír, como hacía siempre.

Apenas había caminado unos pasos cuando estuvo a punto de chocar con una persona que caminaba directo hacia ella. Su paso era firme y decidido,

tanto que estuvo a punto de llevarla por delante. Cuando alzó la vista no pudo creer quien era el dueño de esos pasos.

CAPÍTULO 23

—**H**ola, Sara. —David la miraba fijamente y enseguida pudo apreciar en sus ojos y en el tono de su voz que estaba un poco ebrio.

—Hola —respondió aún sin poder creer que él estuviera allí—. ¿Sabe Damián que estas aquí?

—Claro. He pasado casi todo el día con él.

Entonces había sido él con quien su hermano había pasado la tarde, y no solo eso, por la noche habrían estado en su propia casa.

—Sara, me gustaría hablar contigo.

David se armó de valor antes de pronunciar esas palabras. Ella lo miró con la duda prendida de los ojos.

—¿Hablar? —Estaba desconcertada.

—Será solo un segundo.

Sara no podía creer lo que estaba ocurriendo. ¿De que querría hablar David con ella?, ¿por qué ahora? Miró alrededor y vio a Alberto a la distancia.

—No es el momento —respondió.

—¿Y cuándo lo será? —David la miraba fijamente— Es casi imposible que pueda acercarme a ti.

Sara apenas podía responder, no entendía nada de lo que estaba sucediendo. Antes de tener tiempo de reaccionar, David la tomó de la mano. Volver a sentir su tacto fue extraño, fue como volver a caer en el abismo que era su mirada, sentir que de nuevo el suelo se hundía bajo sus pies y caía sin remedio, fue como volver a casa.

—¿Qué es lo que quieres? —Empezaba a ponerse nerviosa y su respuesta fue más cortante de lo que hubiera esperado. David comenzaba a cohibirla y no quería que él lo notara.

—Me gustaría que pudiéramos hablar un momento, solo eso.

—No entiendo...

—¿Podríamos vernos para hablar?

Sara permaneció callada durante unos segundos, tratando de asimilar la información.

—No sé de qué tenemos que hablar —murmuró finalmente.

—¿Sigues pensando en mí alguna vez?

David formuló la pregunta de una forma tan desprevenida que Sara abrió los labios ligeramente, para contener una exhalación.

—No sé a qué viene esto ahora.

—Yo he pensado en ti en este tiempo. —La voz de David era suave, y las palabras salían con naturalidad de sus labios.

Sara tan solo podía mirarlo, no podía mover ni un solo músculo, apenas era capaz de mirarlo a los ojos, sentía que en cualquier momento él podía hipnotizarla.

—He estado a punto de volver tantas veces... —continuó hablando.

—Pero nunca lo hiciste. —Sara sonrió con ironía.

Sus palabras resonaron en el vacío y David sintió que el corazón se le paraba. No tenía respuesta para eso.

—Quise hacerlo, de verdad. Tantos veces... —Miró al suelo durante unos segundos y después volvió a mirarla a ella. Sara tenía una cierta expresión de tristeza en los ojos—. ¿Eres feliz con él?

—Sí, lo soy —respondió con seguridad, tratando de que él no viera un solo atisbo de duda en sus palabras.

—¿Más que conmigo?

Esa nueva pregunta fue como un mazazo.

—Con él todo es sencillo —murmuró.

—¿Por eso estás con él?, ¿por qué es fácil? —El tono de David era ahora un tanto burlesco.

Ese tono hizo que se encendiera la rabia de Sara en su interior.

—Estoy con él porque nunca se iría.

Él sintió que esas palabras eran como un misil que se clavaba en su corazón, no era tanto lo que encerraban si no la forma en que ella las había pronunciado, con rencor, con rabia.

—Yo tuve que irme, Sara, lo sabes. —Agitó la cabeza, se sentía un tanto desesperado.

Ella no dijo nada.

—Lo hice por ti, Sara. —Alzó ligeramente la voz—. Era lo mejor para todos.

—¿Por mí? —Sara lanzó una risotada cargada de rencor—. ¿O por ti David? Tú mismo dijiste una vez que siempre huías.

—Dejarte fue la decisión más difícil que he tenido que tomar en mi vida. —Él murmuró casi sin voz y Sara borró la sonrisa, ahora sentía unos deseos irrefrenables de llorar.

—¿Por qué me dices todo esto ahora David? —Su voz era un reflejo de la desolación más absoluta—. ¿Qué es lo que pretendes? —La rabia iba tomando forma en sus palabras—. Vuelves después de dos años y me dices esto... ¿Pretendes que cambie toda mi vida por ti?, ¿qué olvide todo lo que tengo ahora? —Negó con la cabeza y se soltó de la mano que aún la oprimía.

David vio cómo se marchaba sin decir ni una palabra. No había nada que pudiera decir en ese momento. La decisión de hablar con Sara había ido fraguando en su mente en las últimas horas y, pese a que aún tenía una ligera duda de si había sido buena idea, en el fondo sabía que no podía haber hecho las cosas de otra forma. No podía marcharse a Valencia sin saber si ella aún sentía algo por él. Aunque también sabía que era cierto todo lo que Sara le había dicho. ¿Por qué nunca volvió a buscarla?, ¿por qué no reunió en esos dos años y dos meses el valor de asumir que no podía vivir sin ella?

Sara andaba mientras las lágrimas comenzaban a resbalar por sus mejillas. Caminaba entre personas que apenas la veían y que no reparaban en ella. En su mente seguían resonando con fuerza las palabras de David: “Yo he pensado en ti en este tiempo. Pensé en volver tantas veces...”.

Un nudo oprimía su estómago y atragantaba su garganta. Nunca esperó tener que volver a enfrentarse a esa mirada y mucho menos a esas palabras.

Sentía una mezcla de rabia y desolación. Había esperado toda su vida para que David le dedicara unas palabras así, pero ahora que lo hacía era tarde, demasiado. La imagen de Alberto golpeaba con fuerza en su mente. Él no se merecía eso.

Cuando llegó al cuarto de baño, la luz la recibió y la transportó a la

realidad. Pese a que allí había más aire y estaba menos viciado, seguía sin poder respirar con normalidad. Se encerró en el interior y cuando se sintió a salvo, dejó que todos los sentimientos fluyeran en forma de lágrimas.

CAPÍTULO 24

—Sara. — La voz de Sandra procedía del otro lado de la puerta de servicio.

Se secó los restos de las lágrimas que habían en sus mejillas y respiró hondo. Abrió la puerta y trató de sonreír, pero enseguida vio la verdad en los ojos de Sandra.

—¿Estás bien?

Contempló su rostro en el espejo y se limpió los restos de máscara de pestañas que habían quedado bajo sus ojos.

—Tranquila. —Sandra la abrazó y susurró en su oído—. Ahora tienes que ser fuerte.

—No lo entiendes.

—Sé que no es lo mismo porque yo nunca conocí a mi padre, pero entiendo que puedas sentirte mal.

Sara la miró con ternura y acarició su mejilla.

—Sandra, esto no es por mi padre.

Su amiga la miró ojiplática.

—David está aquí otra vez.

Una leve sonrisa se asomó en los labios de Sandra.

—Me ha preguntado si lo he echado de menos.

—¿Y qué le has dicho?

Sara tardó unos segundos en responder.

—Yo estoy con Alberto.

—¿De verdad no lo has echado de menos?

Antes de que tuviera tiempo de responder, dos chicas entraron en el servicio, hablando muy alto y riendo a carcajadas.

—Quiero que sepas que hagas lo que hagas yo estaré contigo. —Sandra

susurró esas palabras en su oído y comenzó a caminar hacia la salida.

No dijo nada, no pudo hacerlo.

Cuando llegaron de nuevo a la parte superior del bar, Sara sintió que su corazón iba a mil por hora. Temía que David siguiera estando allí y que volviera a interceptarla. No lo vio, pero tampoco lo buscó. Alberto seguía en el mismo lugar donde lo habían dejado. Sus amigas y Mateo hablaban animadamente.

—Tengo ganas de irme a casa. —Se acercó hasta él y lo tomó de la mano.

—Está bien. Te llevaré.

Pocos minutos después, la música quedó atrás y el aire de la calle los recibió. Caminaron en silencio hasta la casa de Sara. Alberto aferraba su mano.

Cuando llegaron a su portal, él la abrazó sin decir nada y eso solo consiguió que Sara se sintiera un aún peor, aunque ella no había hecho nada, se sentía culpable.

—¿Estarás bien?, ¿quieres que me quede contigo?

—Mi hermano también está en casa, además estoy muy cansada.

—¿Te veré mañana al menos?

Sara se encogió de hombros.

—Espero que sí. —Besó sus labios suavemente y se marchó.

CAPÍTULO 25

Esa noche la soledad era más devastadora que nunca en el interior del pequeño apartamento. Casi podía sentirse, como si fuera una tela invisible que lo envolvía. No poder contener las emociones que fluían en su interior le hacía sentirse desvalido y asustado, como un animal salvaje que trata de huir de la jaula que lo apresa.

Cogió con violencia la maleta que ni siquiera había deshecho. Recorrió la casa en busca de sus pocos enseres y los introdujo en el interior mientras respiraba con dificultad. Unos segundos después, se paró en seco en mitad de la sala de estar y miró alrededor desconcertado. ¿Pero qué estaba haciendo?, no podía marcharse, no así. Había ido hasta allí para estar con su amigo y así lo haría. Se sentó en el sofá y mientras su corazón galopaba como un caballo encabritado, pensó en Sara. Podía verla a la perfección, en la penumbra del bar, podía ver esos ojos que ya no eran los mismos que antes. Esa ya no era Sara, su Sara hacía mucho tiempo que había dejado de ser esa chica que se despidió de él una tarde de julio, la tarde en la que perdió lo que más quería. Ahora comprendía que ella nunca volvería a ser suya y que una parte de él, en realidad, siempre había estado con ella. Era demasiado tarde para comprenderlo. Se sintió rabioso y estúpido por no haber sabido recuperarla antes, por no haber sido más sincero, más valiente. Se deshizo de una parte de esa rabia con un puñetazo en la pared.

CAPÍTULO 26

Sara despertó ese lunes y no necesitó más que unos segundos para corroborar que la angustia que se había instalado en su pecho seguía estando allí. Esperaba que la noche se llevara con ella los malos pensamientos, pero no había sido así y ahora eran aún más fuertes.

En menos de una hora, su padre se enfrentaría a su segunda sesión de quimioterapia, pero no era eso lo que más le preocupaba, sino el rostro ceniciento y las ojeras que assolaban sus ojos últimamente.

Pasaron todo el fin de semana juntos, el sábado incluso habían ido a comer los tres juntos. A Sara le costó recordar la última vez que habían realizado un plan similar. Su padre escogió el mismo restaurante donde celebraron el último cumpleaños de su madre y Sara sospechó que no había sido fruto de la casualidad. Al ver la mesa que los cuatro habían ocupado casi diez años atrás, no pudo evitar sentir un estremecimiento, casi le pareció ver a su madre, con esos ojos que eran tan parecidos a los suyos y que siempre parecían cubiertos por un halo de tristeza.

No había visto ni a Alberto ni a David desde el viernes. El primero se había ido con sus amigos a realizar pesca nocturna y acampada desde el sábado por la mañana hasta el domingo al anochecer, y del segundo solo sabía que había estado con su hermano en varias ocasiones en el fin de semana. Era mejor así. Ahora le parecía difícil enfrentarse a Alberto sin pensar en David y en la conversación mantenida el viernes, conversación que seguía resonando con fuerza en su cabeza.

Cuando llegaron al hospital, estaba tan nerviosa que estaba segura de que podían escucharse los latidos de su corazón. Todo comenzó a las nueve y media.

Sara echó un rápido vistazo a su alrededor. En esa sala no importaba la edad, la raza, la religión o las creencias, allí todos eran iguales, todos afectados por el mismo mal. Le sorprendió encontrar caras sonrientes y conversaciones agradables, pensó que eso ayudaría a que las largas horas fueran más llevaderas.

Un par de horas después, decidió estirar las piernas. El tiempo pasaba despacio allí dentro.

—Voy por agua. —Miró a su padre, que charlaba animadamente con un hombre de mediana edad que estaba sentado a un par de metros y que tenía los pies dentro de un cubo con hielo —. ¿Quieres que te traiga algo?

—Creo que dentro de poco traerán la comida.

Sara miró interrogante a Damián, que ojeaba una revista de coches y negó casi imperceptiblemente.

Recorrió varios pasillos laberínticos y cuando se armó de provisiones suficientes, volvió hacia el Hospital de Día.

Nada más entrar en la sala lo escuchó. La risa era igual de inconfundible que la mirada. David estaba sentado en la silla que ella había ocupado unos instantes antes. Frunció el ceño y sintió la tentación de volver hacia atrás y perderse por los pasillos. No tenía ni el valor ni el interés de enfrentarse de nuevo a él.

—Me han dicho que la comida viene enseguida. —Su padre le habló desde la distancia y, al dirigirse a ella, las miradas de todos se posaron en la suya.

De repente sintió los ojos de su padre, su hermano y David clavados en los suyos, se sentía paralizada, no entendía que hacía él allí, estaba convencida de que para ese momento ya estaría en Valencia. Caminó hacia ellos despacio, con la mirada fija en su padre y con temor de dirigirla hacia algún otro lado.

—Mira quien ha venido a verme. —La voz de Pablo encerraba un cariño evidente y, al comprender que iba dirigida hacia David, ella sintió una pizca de rabia.

—Hola, Sara.

Tenía que mirarlo, había llegado el momento, no podía atrasarlo eternamente. Giró despacio. David seguía sentado en la silla y su mirada fue tan breve como vacía, una leve sonrisa se asomaba en sus labios, pero en esa

sonrisa no había nada, ningún atisbo de sentimiento o emoción, David era como un témpano de hielo.

La atención se posó en Pablo en cuestión de un segundo y aunque lo agradeció, puesto que se sentía incómoda con la nueva situación, sintió que ella había desaparecido, era como si David tuviera tanto magnetismo que cuando él aparecía todo lo demás dejaba de existir. Observó las miradas de su padre y de su hermano, lo escuchaban atentamente y sonreían con ternura, la enfurecía que fuera tan cautivador.

—Pensé que te marchabas ayer. —Escuchó a su padre y de forma automática agudizó el oído.

—No, tengo unos días aún de vacaciones y he pensado quedarme por aquí.

Sara chascó la lengua, aún tendría que encontrarse con él en varias ocasiones más, el destino le jugaba una mala pasada.

—He pensado poner el piso en venta o alquilarlo, quiero mirar algunas inmobiliarias y arreglar algunas cosas pendientes.

Ella lo miró. No había pensado en ningún momento en la posibilidad de que David se desprendiera de lo que lo seguía atando a ese barrio y ahora que lo pensaba sintió que algo se removía en su interior.

Al mirarlo comprendió que, aunque la situación fuera difícil, después del momento tan tenso que habían vivido el viernes y de los más de dos años que habían estado separados, David siempre seguiría siendo el chico que besó sus labios bajo un cielo de estrellas, que se bañó con ella en una playa perdida y que le pidió que no dejara escapar el aire entre en sus manos.

De pronto algo interrumpió sus recuerdos, se sintió observada. Cuando levantó la vista se dio cuenta de que Pablo y David la estaban mirando y por sus expresiones parecían esperar una respuesta. Los miró a ambos y frunció el ceño. Pablo sonrió.

—¿Estás bien?

Ella trató de sonreír, pero solo pudo dibujar una mueca.

—Le contaba a David que desde hace un tiempo estas estudiando, ¿verdad?

Sara miró a David. Él la miraba fijamente.

—¿Qué estudias exactamente? —David hablaba dirigiéndose a ella. Sara sintió que volvía a ser la niña de trenzas rubias que suspiraba por él a escondidas.

—Gestión administrativa —susurró.

—No sabía que habías empezado a estudiar.

“Hay muchas cosas de mi vida que ya no sabes”, ese pensamiento atravesó su mente, pero supo que no era la respuesta apropiada, al menos no delante de su padre.

—Creo que ha llegado el momento de dejar el trabajo en el supermercado.

—A medida que hablaba los nervios se iban marchando y de pronto sintió como si hablara con la misma persona con la que había mantenido decenas de conversaciones—. Empecé el año pasado a estudiarlo a distancia y la verdad es que de momento va todo muy bien.

David la escuchaba con atención, demostraba el buen escuchante que era y que había sido siempre.

Pablo se puso de pie despacio y Sara apartó la mirada de David enseguida. Los dos chicos se pusieron de pie al unísono, como si el hombre fuera a caer. Una sonrisa los tranquilizó.

—Estoy bien. Solo necesito ir al servicio —dijo entre risas.

—¿Necesitas que te acompañe? —Sara dio un paso.

Su padre negó con la cabeza de forma categórica.

—Aún puedo ir solo.

Antes de que tuvieran tiempo de reaccionar había desaparecido de su vista.

CAPÍTULO 27

David se marchó a comer con Damián escasos minutos después, así lo habían acordado esa misma mañana, comerían juntos y así Damián podría salir del hospital durante unas horas. Cuando salió de esa sala y dejó de sentir la presencia de Sara, se sintió mucho más tranquilo, pese a la distancia que quería imponer entre ellos y a la frialdad que trataba de mostrar en sus actos, apenas había cruzado más de dos palabras y miradas con ella, le resultaba difícil, casi imposible, ignorar su presencia.

El día pasó despacio, de forma pausada, como si se resistiera a desaparecer. Casi parecía luchar para no derretirse con el horizonte. Estuvo la mayor parte del tiempo solo. Se encargó de arreglar algunas cosas que no funcionaban en su casa, organizó los armarios olvidados hacía mucho tiempo y visitó algunas inmobiliarias cercanas. La idea de no volver jamás a esa casa, a ese barrio, resonaba más fuerte en su cabeza, cada vez había menos cosas que lo ataran a él, en cualquier momento no quedaría nada.

La mañana siguiente trajo con ella unas oscuras nubes negras. El mundo empezaba a fundirse con el invierno que se avecinaba. Al mirar por la ventana y ver todo el cielo cubierto de nubes, sintió que su ánimo era como el día. De forma inevitable cuando el sol no aparece en el cielo tampoco sale en el corazón, como si pese a ser dos cosas tan distintas estuvieran unidas de alguna forma.

No tenía demasiadas ganas de comenzar un nuevo día, así que se dejó llevar por sueños mortecinos que lo llevaron por parajes oscuros y solitarios. En esa casa no podía evitar sentirse así, solo y perdido. Parecía imposible ser feliz entre esas cuatro paredes.

Varias horas después, su estado de ánimo no había mejorado demasiado,

pero se vistió con su mejor sonrisa para encontrarse con Damián. Aquel día Pablo estaba un poco mejor y habían decidido dar un paseo y tomar un refresco en el bar de Julián. David acordó encontrarse con ellos a las siete de la tarde, y apenas habían transcurrido unos minutos cuando se encontró frente a la puerta. Nada más abrirla fue como si una luz lo cegara, Sara estaba allí, sentada en unos de los taburetes que había apoyados contra la barra. Al principio sintió una especie de paz, la misma que siempre sentía cuando ella estaba cerca, como si solo a su lado pudiera sentirse bien, a salvo, pero la sensación duró tan solo un segundo. Tras la conversación mantenida el viernes algo había cambiado en su interior. Las pocas esperanzas que había tenido en algún momento de volver a tener a Sara eran ahora nimias e irreales. Su forma de mirarlo, sus respuestas seguras y cortantes y la distancia que había interpuesto invisiblemente entre ellos no dejaba lugar a dudas, ella era feliz en su nueva vida y él también sabía jugar a ese juego.

Caminó hacia ellos con su sonrisa de medio lado prendiendo de sus labios. El espectáculo había comenzado. El actor había salido a escena.

CAPÍTULO 28

Sara no podía creerlo. Una vez más David hacía acto de presencia, ahora que no quería verlo se lo encontraba en todas partes, como si fuese una especie de maldición. Chascó la lengua y respiró hondo.

Vio a Julián rodeando la barra solo para darle un generoso abrazo. Era increíble, fuera donde fuera se convertía en el dueño de la situación. David saludó a su padre y a su hermano con el mismo entusiasmo, pero cuando llegó su turno la sonrisa se esfumó de su rostro.

—Hola. —Apenas la miró un segundo.

—Hola. —Sara se mostró igual de indiferente que él.

—Pablo, te veo estupendo. —Ahora que se refería a su padre su tono era mucho más jubiloso.

—Bueno, hago lo que puedo. —Pablo aquel día parecía más animado, pero las ojeras azules empezaban a ser negras.

Sara se levantó y se dirigió a la calle. Encendió un cigarrillo y marcó el número de teléfono de Alberto. Después de varios días sin verse por fin esa tarde tendría que enfrentarse a él. Pese a que había sido lo bastante valiente como para negarse a las palabras de David y mantener las distancias con él, estaba segura de que pocas mujeres lo hubieran conseguido, una ligera culpabilidad vivía, desde que él había vuelto, alojada en su corazón. Cuando lo veía todo su cuerpo se activaba, era algo que sucedía de forma automática sin que ella pudiera hacer nada para remediarlo y aunque de momento lograba mantener a raya a su cerebro, era el único que parecía seguir funcionando cuando él aparecía, no estaba segura de poder controlarlo para siempre y era precisamente ese pensamiento el que la culpabilizaba.

Tras varios intentos desistió y colgó el teléfono. Seguramente aún estaría

trabajando. Hacía tan solo unos meses que había conseguido un buen puesto en una importante empresa y su esfuerzo por abrirse hueco en ella eclipsaba todo lo demás. Para Alberto su carrera de ingeniería siempre había sido lo primero en la vida y su ambición lo llevaba a tener altas expectativas en el futuro, aunque para eso tuviese que renunciar a algunas cosas.

Sara volvió al interior sintiéndose un tanto decepcionada, en esos momentos de su vida le hubiera gustado contar más que nunca con el apoyo de su pareja, pero él casi nunca estaba. Se sentó en el mismo taburete que había ocupado antes.

—Pensé que quedarías con tu novio hoy.

Su padre se dirigió a ella. Era extraño, pero cuando hablaba de Alberto nunca decía su nombre. La verdad es que entre ellos la relación era casi inexistente, apenas habían coincidido en un par de ocasiones.

—No, está trabajando.

—Trabaja demasiado.

Vio a David de soslayo, parecía no verla, estaba contando una de sus anécdotas y solo miraba a Julián, a Pablo y a Damián, era como si ella no existiera. Sara se movió incómoda en el taburete, carraspeó tratando de llamar la atención, pero él seguía sin reparar en su presencia. Comenzó a sentirse cada vez más y más molesta, le costaba entender por qué David tenía que estar siempre en todas partes, por qué siempre tenía que atraer la atención de todo el mundo.

Siguió mirándolo fijo, todos reían con su historia, pero ella solo podía sentir animadversión hacia él.

David sonrió y Sara sintió que la rabia desaparecía dejando paso solo a la adoración. Le encantaba su sonrisa, el sonido que salía de sus labios cuando el aire los abandonaba. En ese instante, Sara comprendió por qué sentía aquella rabia hacia él, por qué se mostraba tan distante desde que había vuelto, por qué la ofendía que apareciera en todas partes, aún no lo había perdonado, todavía le dolía aceptar que dos años atrás se marchara y la dejara allí, en el fondo sabía que nunca se lo perdonaría del todo porque nunca lo superaría.

Se puso de pie y colocó la mano sobre el hombro de su padre.

—Me voy a casa, ¿quieres venir?

Pablo asintió y se puso de pie despacio.

—Chicos, nosotros nos marchamos.

Al fin David la miró y Sara logró aguantar su mirada, pero esta vez fue él quien la apartó primero.

CAPÍTULO 29

Varias horas después, tumbado sobre la cama, seguía con la mirada a las bailarinas sombras nocturnas que atravesaban el techo como si fuera una pista de baile, y su mente volaba con ellas.

Estaba hecho un lío. Tenía solo unos días antes de volver a Valencia y aún no había tomado la decisión sobre lo que quería hacer realmente con el apartamento de Madrid. Pese a que todo en él rezumaba tristeza y hastío, su niñez se escondía tras las paredes, lo miraba con ojillos inocentes desde algún lugar. Lo que más lo asustaba no era deshacerse de la casa, sino romper el único lazo que lo mantenía unido a la ciudad, al barrio que lo había visto nacer y al que tanto había querido. Aunque cada vez eran menos las cosas que lo unían a él, sabía que el lazo nunca se rompería del todo.

El sonido de su teléfono móvil le hizo dar un respingo. La pantalla informaba de que eran casi las doce de la noche. No tuvo tiempo de pensar quien sería el remitente, el nombre de Irene apareció sin más.

“Hola, guapo. ¿Cómo va todo?”

Era breve y conciso. Pensó en que hacía al menos cinco días que no mantenía ningún tipo de contacto con ella.

“Hola, guapa. Por Madrid todo bien, bueno, ya sabes, el padre de mi mejor amigo está regular, pero sigue con el tratamiento. ¿Qué tal todo por allí?”

“Vaya... espero que se recupere. Por aquí todo como siempre. Hoy tengo turno en el hotel, pero la cosa está muy tranquila, ya no hay casi turistas, así que tenemos poco trabajo. Tengo ganas de verte”.

David sonrió. Cuando volvía a su Madrid natal conseguía olvidarse de todo lo demás, como si la ciudad tuviese un encanto que lo envolviera y lo retuviera, y casi le costaba pensar en Valencia, en su apartamento, en sus

calles, en Irene. Ahora veía esa vida como si fuera la de otra persona, como si él solo la observara como un mero espectador.

“Volveré en pocos días, seguramente el domingo. Te avisaré cuando lo haga y podemos quedar para tomar una cerveza”.

Cuando lo envió, se dio cuenta de que en los escasos meses que hacía que conocía a Irene apenas habían salido juntos en un par de ocasiones, sus citas eran siempre bajo las sábanas. En realidad eran pocas las conversaciones que habían mantenido, pocas las cosas que se habían contado, poco lo que sabían el uno del otro, poco lo que compartían.

“Claro, avísame. Buenas noches, guapo”.

“Buenas noches”.

Dejó de nuevo el teléfono sobre la mesilla de noche. Giró en la cama y, envuelto entre las sábanas, se sintió cómodo, alejado de una realidad que se le antojaba demasiado difícil.

A la mañana siguiente, después de tomar un café con Damián en un bar próximo al supermercado donde Sara trabajaba, se encaminaron hacia allí. Su amigo le pidió que lo acompañara, tenía que hacer algunas compras. Le hubiera gustado negarse, no le apetecía de nuevo enfrentarse a la tensa situación que se creaba cuando la veía a ella, pero no pudo hacerlo, además él también tenía que comprar algunas cosas.

Cuando entraron lo primero que escuchó fue decenas de voces que sonaban demasiado altas, casi parecía un cacareo, se preguntó cómo Sara podría aguantarlo todos los días. Él detestaba los chismorreos, que allí eran casi las únicas conversaciones existentes. Su propia familia había sido en demasiadas ocasiones la protagonista de esos chismes, pero no eran los únicos, la madre de Damián, su padre, incluso ellos mismos, habían sido objeto muchas veces de los jugosos cotilleos que las vecinas compartían.

Saludaron con un movimiento de cabeza a Sandra, que estaba muy atareada, y encontraron a Sara tras el mostrador de la panadería.

—Hola, hermanita.

Ella alzó la vista y puso los ojos en blanco. David sonrió ante su gesto y, en ese momento, ella pareció advertir su presencia.

—¿Cómo va tu día? —Su amigo continuó hablando con normalidad.

—Aburrido. ¿Cómo está, papá?

—Bien, estaba viendo la tele un rato, hemos venido a hacer la compra. —
Damián miró a su amigo y sonrió—. Ya ves, ahora somos unas marujas.

David sonrió una vez más y sintió que su teléfono móvil vibraba desde el bolsillo trasero de su pantalón. Lo tomó entre las manos, lo estaban llamando desde un número desconocido, supuso que sería de alguna de las inmobiliarias que había estado consultando. Se apartó un poco. Sara lo miraba, atenta a sus movimientos.

—¿Todo bien?

Damián esperaba a su lado en la cinta transportadora. Apenas había comprado un par de cosas, pero llevaban esperando un rato.

—Sí, solo que he estado echándole un vistazo a algunas inmobiliarias.

Guardó el teléfono y miró al frente.

—Así que va en serio lo de vender la casa...

—La verdad es que no lo sé. Quizá lo mejor sería alquilarla de momento, yo ya apenas vengo por aquí y podría darme algo de dinero.

—Sí, pero si la alquilas ya no podrás venir nunca, al menos no cuando quieras.

Miró a su amigo.

—En los dos años y pico que he estado fuera solo he venido una vez.

—Ya... si tuvieras alguien aquí vendrías más a menudo.

—Yo aquí ya no tengo nada.

Damián lo miró y aunque ambos sabían que era cierto, un triste silencio se coló entre ellos.

Cambió de nuevo el canal de la televisión y finalmente lo dejó donde emitían una película española de tintes cómicos. Se acomodó en el sofá. El teléfono rompió el aire. Se levantó como un resorte.

—Dime, Damián, ¿Va todo bien?

Un silencio al otro lado.

—Estoy en el hospital.

—¿Qué ha pasado?

—Mi padre ha vuelto a tener una crisis, bastante grande.

David cerró los ojos.

—Voy para allá.

—No hace falta yo... no sé por qué te he llamado...

—Tardo diez minutos.

Cuando llegó al hospital, se encontró a su amigo en la puerta de urgencias, fumaba un cigarrillo con ansia. Tenía los ojos un tanto vidriosos. David comprendió enseguida que había estado llorando.

—He salido a fumar —dijo a modo de justificación.

—¿Cómo está?

Damián se encogió de hombros.

—Mi padre se muere, David.

Miró a su mejor amigo y no hicieron falta más palabras, en sus ojos solo había verdad y dolor. Lo estrechó entre sus brazos con fuerza.

Siguió a Damián que caminaba ausente a través de los pasillos del hospital. Cuando la vio, de pie en una fría sala de espera, se quedó paralizado, no sabía cómo comportarse en ese momento, esperó a que ella reaccionara, que algún gesto o movimiento le diera la clave, y ese gesto fue en su busca. Sara comenzó a caminar hacia él de forma tan segura que David sintió que le fallaban las piernas, después de lo sucedido en los últimos días no sabía bien a qué atenerse. El trayecto duró unos segundos que para él fueron eternos, pero cuando Sara estuvo lo bastante cerca como para poder percibir su olor, no tuvo ninguna duda. Ella se abalanzó a sus brazos y por un instante todo desapareció, ahora solo eran dos personas que se abrazaban con el cariño que solo quien lo ha compartido todo puede procesarse. Sara comenzó a llorar entre sus brazos y él acarició su cabello con suavidad, al volver a sentir las ondas que tantas veces se habían encerrado entre sus dedos, él también sintió deseos de llorar y no supo si era por la tristeza que ella emanaba o por lo mucho que la había echado de menos.

CAPÍTULO 30

Sara se aferró a sus brazos con fuerza, sentía que si lo soltaba podía caer. En el momento en que lo había visto, las ganas de abrazarlo habían podido con todo lo demás. Ya no importaban ni el rencor ni la ira, ahora solo necesitaba sentir que él estaba ahí, como lo había estado en el pasado.

Cuando su llanto se convirtió en un sollozo apenas audible, lo soltó despacio. David la miraba desde el otro lado y, aunque no dijo nada, ella encontró en sus ojos todo lo que necesitaba.

Al apartarse pudo ver a su hermano a unos metros de distancia, los observaba en silencio, como quien sabe un secreto que no quiere compartir con nadie.

Había pasado más de una hora desde su llegada al hospital y aún no habían podido ver a su padre, seguían realizándole pruebas, pero algo dentro de Sara le decía que esa vez no sería una simple crisis.

Se había cansado de caminar por la sala de urgencias, a esa hora casi todo el hospital permanecía cerrado y apenas podían ir a algún sitio, así que había optado por marcharse a la calle a respirar algo de aire fresco. Eran más de las doce de la noche y hacía frío, habían salido tan deprisa de su casa cuando su padre había empezado a encontrarse mal que había olvidado coger una chaqueta. Pasó las manos por sus brazos tratando de que entraran en calor.

—Hace frío.

Una voz a su espalda resonó en su cabeza.

—Deberías ir dentro, vas a resfriarte.

David estaba allí, como siempre. Sonrió. De pronto una ráfaga de aire le llevó su olor y Sara suspiró. Había evocado tantas veces ese aroma que no era capaz de recordarlas todas. Comenzó a caminar hacia él y no se sabía decir

si fue por su mirada, los recuerdos que ella encerraba o ese olor, pero cuando quiso darse cuenta estaba besando sus labios.

Él posó su mano en su cabello con suavidad y Sara sintió que todo el dolor desaparecía, de repente se sintió a salvo.

Un instante después, la realidad la golpeó bruscamente. Se apartó despacio. David parecía perplejo, pero una leve sonrisa asomaba en sus labios y en sus ojos.

—Lo siento —susurró ella.

Todo su cuerpo se había convertido en aire, ahora era etérea. Sintió que sus piernas eran tan ligeras como el viento y se marchó volando.

CAPÍTULO 31

David se quedó paralizado en mitad de la nada. De repente el aire había cambiado, le parecía más cálido, familiar, y sintió que era el mismo aire que una vez lo envolvió.

Sentía muchas cosas y ninguna a la vez. Por una parte, una felicidad desbordante, pero por otra, tristeza y confusión. Besar de nuevo los labios de Sara era la mejor sensación del mundo, pero temía que ese gesto hubiese sido solo repercusión de su vulnerabilidad. Estaba aterrada y quizá solo había tratado de buscar en sus labios un poco de cordura, un consuelo pasajero. Poco tiempo después, supo que no se había equivocado. El chico de eterna sonrisa, que en esa ocasión tuvo la decencia de no mostrar, había llegado al hospital. En cuanto lo hizo David comprendió que él tan solo había sido el primero en llegar.

Vio como caminaba hacia ella y como la estrechaba entre sus brazos, le hubiera gustado pensar que su abrazo había sido más reparador, pero intuyó que no era cierto.

—Siento mucho no haber venido antes, estaba durmiendo, no había visto tus llamadas hasta ahora.

Lo escuchaba a la distancia, pero no lo miró. Se quedó junto a Damián, pero no le sirvió de nada, pues un par de minutos después el chico se encaminó hacia ellos.

—¿Cómo estás? —Estrechó la mano de su mejor amigo.

—Bueno... —Damián sonrió—. Creo que aún no os han presentado.

Lo miró y David le lanzó sin querer una mirada asesina.

—Alberto, él es mi mejor amigo, David.

El chico de cabello sedoso tendió la mano y sonrió, empezaba a odiar esa

sonrisa.

—Encantado, soy el novio de Sara.

Esas palabras encendieron la rabia más desoladora en David, que estrechó su mano con fuerza, en ese momento tuvo deseos de rompérsela y escuchar como crujían todos sus huesos. Sintió la tentación de presentarse como el anterior novio de Sara, pero se mordió la lengua y contuvo sus palabras, en su lugar no dijo nada, giró y se sentó en una silla alejada de la pareja.

Damián no tardó en llegar a su lado.

—Es majo, pero lo veo un poco soso.

David lo miró sorprendido y lanzó una carcajada. Su amigo lo imitó y ambos rieron bajo la mirada interrogante de la pareja que los observaba a la distancia.

CAPÍTULO 32

—**F**amiliares de Pablo Márquez.

Pese a que eran las palabras que más ansiaba escuchar, cuando al fin lo hizo, sintió miedo, una especie de vértigo que la aterrorizaba. Caminó junto a su hermano hasta el médico que los esperaba junto a una puerta. Tenía un aspecto cansado, como si no hubiera dormido en muchas horas y su expresión no dejaba lugar a dudas, las noticias no eran buenas.

—Bueno, en primer lugar deciros que ahora Pablo está descansando. Le hemos administrado relajantes para que pueda dormir un poco. —Hizo una breve pausa para buscar las palabras adecuadas—. Me temo que no tengo buenas noticias.

Sara sintió que su estómago se encogía.

—Pero no son nuevas, es lo mismo que ya sabíamos hasta ahora. En las pruebas que le realizamos a vuestro padre ya habíamos visto que el tumor se había reproducido y que aparecía en otras zonas del cuerpo.

—¿Cómo? —Damián lo interrumpió.

—Vuestro padre nos dijo que prefería mantenerlo en secreto, pero nosotros le insistimos para que lo compartiera con vosotros, es más fácil cuando puedes compartir con alguien una carga como esta, no hemos tenido mucho tiempo para hablar con él, pero pensábamos que finalmente...

—No nos había dicho nada. —Damián volvió a interrumpir.

Sara lo miró. Se había quedado pálido, supuso que ella debía ofrecer el mismo aspecto.

—Lo siento mucho, pero es demasiado tarde. El tratamiento no va a ofrecerle ninguna mejoría.

—¿Quiere decir que se va a morir? —Sara supo que había hablado cuando

escuchó su voz en alto.

—Lo siento, no podemos hacer nada más por él.

Sintió que el suelo se abría bajo sus pies y caía. Caía por un precipicio que no tenía fin. Las piernas le flaquearon y no cayó porque los brazos de su hermano lo impidieron. Comenzó a llorar sin ser apenas consciente de eso. Damián la abrazaba con tanta fuerza que apenas podía respirar, pero no importaba, en ese momento nada importaba.

Sara no supo decir cuánto tiempo había pasado, había perdido la noción. Alberto estaba a su lado y sujetaba su mano con firmeza, pero apenas podía sentirla. Damián no había vuelto a hablar y permanecía sentado en una silla aislada, David estaba a su lado y lo apoyaba en silencio. La noche transcurrió así, sin apenas palabras.

Cuando amaneció Alberto tuvo que marcharse a su trabajo.

—Vendré en cuanto pueda.

Le dijo antes de marcharse, pero Sara apenas lo escuchó.

—Está despierto, podemos ir a verlo. —La voz de su hermano a su lado la devolvió a la realidad.

CAPÍTULO 33

No conseguía eliminar la sensación de desasosiego que llevaba dentro. Cuando se metió entre las sábanas, supo que no podría dormir aunque estuviera exhausto. En cuanto Pablo despertó, supo que había llegado el momento de marcharse, ahora ese momento les pertenecía a ellos.

Cerró los ojos y los recuerdos amargos volvieron a visitarlo. Su madre a los pies de la cama, la voz de su padre retumbando con fuerza en el pasillo, la puerta cerrada, las figuritas de porcelana hechas añicos en el suelo... Y un dibujo, realizado con carboncillo, donde dos personas se entremezclaban con las sombras. Sonrió.

El jueves volvió al hospital, Damián apenas se había marchado de allí unos minutos y pensó que le vendría bien algo de compañía. Tanto él como Sara parecían más animados que el día anterior y supuso que hablar con su padre los había ayudado un poco.

Pablo permanecía ingresado y sedado y en los escasos momentos que tenía de lucidez se mostraba animado, o al menos eso le dijeron, él prefirió no verlo. La situación le parecía demasiado íntima como para formar parte de ella.

—Necesito que me hagas otro favor. —Damián estaba a su lado, apoyado en una pared del pasillo—. Al final voy a convertir esto en una costumbre, bromeó.

—Lo que quieras.

—Bueno, te prometo que es algo fácil. —Sonrió pícaramente—. Lo que pasa es que a lo mejor para ti es un poco difícil.

—Vamos, suéltalo ya.

—Necesito que llesves a Sara a casa. Lleva aquí todo el día, quiero que se

vaya a darse una ducha y a dormir un rato, que vuelva mañana, yo me quedaré aquí toda la noche.

—Claro, pero tendrás que convencerla tú.

—Eso es lo más difícil.

Se quedó esperando unos minutos solo en el pasillo y de pronto se dio cuenta de que se había puesto nervioso. Cuando al fin Damián apareció y vio que lo hacía solo, sintió una cierta decepción, pero entonces alzó una mano en alto, de modo victorioso y él sonrió en su fuero interno.

—Ha costado, pero lo he conseguido.

Sara apareció unos segundos después. Aunque tenía ojeras y estaba pálida, seguía tan guapa como siempre. Se situó junto a ellos y suspiró.

—Iré solo un rato, volveré después.

Damián la empujó suavemente mientras hablaba despacio, como si fuera una niña pequeña.

—Que sí, yo te llamo con lo que sea. —Cuando ella dio unos pasos hacia adelante, se volvió hacia su amigo y susurró—. No dejes que venga en toda la noche.

David lo vio marcharse sonriendo y se preguntó si su amigo se había vuelto loco. ¿Cómo iba a conseguir él algo así?

Sara llegó a la calle unos segundos antes que él, caminaba con la vista fija al frente, pero en realidad parecía no ver nada a su alrededor. Se había parado en seco y buscaba algo en su bolso. Al intuir lo que buscaba, le tendió rápidamente un cigarrillo que extrajo de su cazadora de cuero sintética. Ella lo cogió y lo colocó entre sus labios. Él le prendió fuego.

—Gracias. —Sara aspiró un par de bocanadas.

Estaba a punto de coger un cigarrillo para él cuando vio que ella le tendía el suyo. Lo cogió sin decir nada y, cuando se propuso devolvérselo, ella negó con la cabeza y siguió caminando en silencio. Tiró la colilla al suelo y caminó a su lado, respetando el silencio que reinaba alrededor.

Cuando cerró la puerta del coche, pudo percibir el característico olor que emanaba de ella, había pasado tanto tiempo desde la última vez que ambos habían compartido un espacio tan pequeño como ese que se sentía un tanto extraño, pero ver de nuevo a Sara como la compañera de su viaje lo hacía sentirse bien.

Pese a que le hubiera gustado que el trayecto durara mucho más, en escasos minutos llegaron frente al bloque de apartamentos. Recordó el tiempo en que tenía que esconderse para que nadie lo viera allí parado, esperándola. Sonrió, había sido divertido.

—Si quieres puedes subir.

La voz de Sara lo pilló de improviso, la miró confundido, debió haber entendido mal.

—No quiero estar sola.

Su voz apenas era un susurro, parecía más vulnerable que nunca, casi como si fuese de cristal. David nunca había visto esa debilidad en ella, lo sorprendía y enternecía en partes iguales. Asintió despacio sintiendo el deseo de abrazarla fuertemente, pero se contuvo, debía ir despacio, ella había dado un paso impensable horas atrás, nunca esperó volver a estar a solas con ella, no de esa manera. Se sentía inquieto, pero una especie de calor recorría ahora su cuerpo entumecido, como si hubiese estado dormido y empezara a despertar.

La siguió de cerca y, cuando llegaron al apartamento, se encontró con el mismo pasillo que en decenas de ocasiones lo había recibido y se dio cuenta que era la primera vez que iba a esa casa con ella, que estarían allí a solas. Sara caminó hacia la sala de estar, encendió la luz, se desprendió de la chaqueta que dejó sobre una silla y se quedó mirándolo fijamente.

—Me gustaría darme una ducha si no te importa.

Él negó con la cabeza y se quedó mirándola estúpidamente mientras se alejaba a través del pasillo. Ahora no podía pensar en nada que no fuera en Sara, desnuda bajo la ducha. Imaginó su tersa piel bañada por gotas de agua y tuvo la irresistible tentación de marchar tras ella y unir ambos cuerpos desnudos, casi pudo sentir el roce de su espalda contra su torso, su pelo enganchándose entre sus manos. David se dio cuenta de que se había excitado, sentía un dulce dolor en la entrepierna. Miró alrededor casi sintiéndose un intruso que invadía la intimidad de otra persona. Resopló y se despojó de la chaqueta, hacía demasiado calor allí dentro.

Bastante tiempo después vio a Sara, que se asomaba a través de la puerta de la sala de estar, tenía el pelo mojado y caía a ambos lados de su rostro, estaba vestida con ropa deportiva de color gris y caminaba descalza. Con esa

apariciencia parecía más niña. Sonrió con cariño y ella le correspondió.

—Espero no haber tardado mucho, me he dado un baño, lo necesitaba.

—No te preocupes. Yo he estado viendo la tele.

Pudo sentir el peso de ella sobre el sofá, estaba a apenas un par de metros de distancia. Se preguntó si había llegado el momento de marcharse, pero antes de que tuviera tiempo de hacer o decir algo, Sara habló.

—Gracias por quedarte.

Al compartir su mismo sofá se imaginó como sería un mundo en el que Sara estuviera ahí todos los días, como sería ver el televisor junto a ella todas las noches, era el mejor sueño del mundo.

En el televisor emitían un programa de viajes, pero ninguno de los dos parecía prestarle demasiada atención, a él le costaba concentrarse en algo, tenía a Sara tan cerca y ella parecía demasiada cansada.

Sintió como su peso se movía y como de repente caía sobre su hombro, había apoyado su cabeza sobre él y respiraba sosegadamente. David pensó incluso que podría haberse dormido, pero entonces la escuchó.

—No quería estar sola.

Esa nueva afirmación encendió una mecha en su mente, antes de tener tiempo suficiente de pensarlo lo dijo en voz alta.

—¿Por qué no le has pedido a él que se quede?

Su corazón comenzó a latir deprisa y su respiración se aceleró. Esa respuesta podía significar todo.

Sara tardó unos segundos en contestar.

—Porque quería estar contigo.

David sintió que su corazón bombeaba con furia. Estaba extasiado.

Dejó de sentir el peso sobre el hombro y giró justo a tiempo para descubrir los labios de Sara a escasos centímetros de los suyos. Sin pensarlo ni un segundo se acercó hasta ellos y los besó de forma delicada, mientras su mano acariciaba el cabello húmedo de ella. Los labios tersos y cálidos que tantos sueños le habían entregado. De repente el ambiente cambió, la temperatura ascendió y la respiración de ambos se convirtió en un jadeo. Ahora sus labios se buscaban de forma desesperada y sus lenguas se encontraban en un baile de pasión. Sara acarició su mejilla con furia y se levantó hasta quedar sentada a horcajadas sobre él. David sintió que su cuerpo estallaba. Con la mano

izquierda buscó la cremallera en la sudadera de ella, la encontró en la parte delantera y la bajó con maestría, se movía sobre terreno conocido: y con la derecha, seguía tocando su cabello, que ahora lo cogía con más fuerza. Sara lo despojó de su jersey que dejaba al descubierto los prominentes pectorales y comenzó a besarlos, mientras él sentía como el deseo invadía cada parte de su ser. Nunca había sentido más deseo por nadie que por ella. Le quitó los pantalones, arrancó su ropa interior y los lanzó a cierta distancia, después se deshizo de sus propios pantalones y de su ropa interior, estaba a punto de dejarse llevar cuando fue consciente de que debían tomar protección.

—No hace falta, ya la he tomado yo. —La voz sugerente y apenas audible de Sara en su oído, que parecía haber leído su pensamiento, lo excitó aún más.

Entró dentro de ella y ambos emitieron un profundo jadeo. Sara echó la cabeza hacia atrás y dejó al descubierto su cuello desnudo, ese cuello que tantas veces había deseado volver a besar. Lo recorrió despacio con su lengua mientras su mano derecha sostenía uno de sus pechos, que podía intuirse bajo una camiseta blanca de algodón.

No había ningún lugar en el mundo mejor que ese, que dentro de Sara.

CAPÍTULO 34

Varios minutos después seguía respirando con dificultad. Su cabello estaba enredado entre la fina barba de David y podía escucharlo respirar afanosamente sobre su oído.

Aún podía sentirlo, de la forma en que creyó que no volvería a sentirlo jamás y, pese a todo, se sentía bien, mucho mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Se levantó despacio y dejó de sentir el calor del cuerpo de David. Sin ser capaz de mirarlo a los ojos, recogió su pantalón y los restos de su ropa interior, y caminó hacia el pasillo.

—Ahora vuelvo.

Desapareció en el interior de su habitación, se apoyó contra la puerta y cerró los ojos con fuerza. Ahora estaba aún más confundida que antes. Por una parte le encantaba la experiencia recién vivida, con David siempre sería igual de maravilloso, eso era algo que nada ni nadie podría cambiar, pero la imagen de Alberto no dejaba de revolotear en su mente. Sabía que él no se merecía nada de eso y que la culpa era solo suya, al fin y al cabo era evidente que si se quedaba tan cerca de David y a solas, sería incapaz de resistirse a sus encantos. Cuando estaban juntos la pasión estallaba de forma incontrolable.

Cuando volvió a la sala de estar, se encontró a David sentado en el sofá, se había vestido de nuevo, tenía las piernas abiertas y los codos apoyados sobre las rodillas, parecía pensativo. Parecía arrepentido. Debió sentirla junto a la puerta del pasillo, porque alzó la mirada.

—Si quieres que me vaya... —Se puso de pie despacio.

Sara dio un par de pasos.

—No, quiero que te quedes.

Sus palabras parecieron hacer efecto en él, pues su expresión se suavizó un poco y se sentó de nuevo en el sofá. Ella ocupó un lugar a su lado y dejó que las manos de David la arroparan, después de lo que acababa de suceder una simple caricia no significaba nada.

Cerró los ojos y, al sentir sus manos sobre su piel, se quedó dormida enseguida, más profundamente de lo que había dormido en mucho tiempo.

En cuanto escuchó el sonido del teléfono móvil rompiendo el silencio, se despertó sobresaltada.

No le hizo falta mirar quien era el emisor, lo supo antes de verlo.

David abrió los ojos, no hicieron falta palabras, él también lo sabía. En ese momento comprendió que, pasara lo que pasara en adelante, siempre estarían unidos. Pues ese fatídico momento los uniría para siempre.

CAPÍTULO 35

Cuando escuchó el teléfono móvil de Sara, sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Eran las tres y cuatro minutos de la madrugada cuando ambos supieron, al mismo tiempo, que Pablo había fallecido.

Varias horas después, sentado en un banco de madera que había fuera del tanatorio, David aún tenía grabada en su retina la imagen de Sara destrozada en mil pedazos. Recordaría ese momento el resto de su vida.

Pese a las cosas que le habían sucedido a lo largo de los años, ver los ojos de Sara cuando le comunicaron que su padre había fallecido era una de las peores, le costaría volver a conciliar el sueño sin acordarse de esa mirada.

Apagó el cigarrillo y, cuando regresó al interior del tanatorio, se encaminó hacia la sala en la que reposaban los restos de Pablo. Sara estaba sentada en el interior de la estancia y Alberto, sentado a su lado, le sujetaba las manos. David sintió que esa imagen le partía el alma, debía ser él quien estuviera ahí, debían ser sus brazos los que la arroparan y sus manos las que la calmaran, pero al menos tendría siempre el conocimiento de que él había sido la primera persona que había abrazado a Sara cuando le comunicaron que su padre se había marchado para siempre.

—David. —La voz de Damián le llegó desde la distancia. Aunque pudiera parecer imposible, había escuchado un atisbo de felicidad prendiendo en sus palabras.

Siguió su voz preguntándose qué podría hacer que su amigo fuese feliz en un momento como ese, y entonces la vio. Una chica de mediana estatura, de cabello rubio pajizo y de exuberantes caderas estaba a su lado. Sonreía tímidamente y en esa sonrisa se podía ver enseguida que había hecho que Damián se enamorara. Tenía unos vivarachos ojos castaños que desprendían

armonía y generosidad.

—Ella es Lara.

Hubiesen sobrado las presentaciones, la hubiera conocido en cualquier lugar. David sonrió y la besó en ambas mejillas, era atractiva, aunque distinta al resto de chicas que siempre habían estado con su amigo.

—Es un placer conocerte David, aunque siento que sea en un momento como este. —Borró la sonrisa y cogió la mano de Damián—. Me ha hablado mucho de ti, bueno, a decir verdad, muchísimo. —Tenía una voz dulce y aterciopelada que podía sosegar a cualquiera.

—Tengo que decir que yo también he oído hablar mucho de ti.

Vio un brillo en los ojos de la chica y sonrió satisfecho.

—No me esperaba que fuera a venir, pero aquí esta. —Damián la miraba con evidente orgullo, su mirada se había vuelto un poco tontorróna, y una sonrisa bobalicona asomaba en sus labios cuando la miraba.

—¿Cómo no iba a estar aquí? En cuanto lo supe cogí el coche.

David los escuchaba embelesado, le fascinaba el amor que ambos se procesaban simplemente en una mirada, en un gesto. Se alegraba tanto por su amigo que envidiaba una relación así de sencilla y fácil para él.

Fueron en busca de Sara, su amigo estaba eufórico y deseoso de que todos la conocieran, en especial su hermana. David sabía que para Damián la opinión de ella era muy importante.

Cuando al fin llegaron hasta ella, la vieron sonreír por primera vez en varias horas y aceptó el abrazo que la recién llegada le ofrecía.

—Siento muchísimo lo de tu padre. —Pese a que era la primera vez que se veían, parecía existir un vínculo especial entre ellas. Lara abrazaba a la joven con sumo cuidado y Sara parecía encantada con tales atenciones.

—Muchas gracias. —Se apartó con delicadeza y ensanchó la sonrisa—. Damián, es tan guapa como la imaginaba.

El receptor sonrió con orgullo.

David miró a Sara, sus ojos parecían velados por la tristeza, pero aún podía intuirse, en algún lugar, escondida bajo la superficie, la luz que siempre la acompañaba. Ella le devolvió la mirada un segundo y le pareció verla sonreír.

—Hola. —El chico de la eterna sonrisa y cabello sedoso hizo su aparición y extendió su mano hacia Lara, que ignoró el gesto y le plantó dos sendos besos

en ambas mejillas—. Soy Alberto.

—Lara.

David se dio media vuelta y se alejó por el pasillo. La imagen de las dos parejas procediendo a las presentaciones no le resultaba de su agrado. Se encaminó hacia el bar, necesitaba tomar un trago.

David vio como poco a poco todos los asistentes se iban marchando, caminaban despacio y parecían un poco perdidos. Esos lugares le hacían sentirse a uno así, pequeño y desamparado.

Al fin todo había terminado, Pablo descansaba en el cementerio del barrio, en la que sería a partir de ese día su eterna morada.

Damián continuaba frente a la tumba recién excavada de su padre, Lara sostenía su mano con firmeza, junto a ellos estaba Sara y su mano estaba sujeta por Alberto. David se encontraba a unos metros, quería darles un poco de intimidad.

Consultó el reloj. Eran más de las dos de la tarde del domingo. Tenía que emprender la vuelta a casa. Esperó unos minutos y, cuando su amigo empezó a caminar, se dirigió hacia él.

—Damián, siento mucho tener que...

—Lo sé. —Su amigo lo interrumpió—. Ya has hecho mucho por mí toda esta semana. —Miró a Sara que se encontraba a unos metros—. Por nosotros.

David sintió un nudo en su garganta. Le horrorizaba ver a su amigo en una situación como esa y, sobre todo, le aterraba tener que alejarse de él, pero sabía que lo dejaba en buenas manos.

—Lara, me ha encantado conocerte, aunque espero que nos veamos dentro de poco en circunstancias mejores.

—Lo mismo digo.

Besó a la novia de su mejor amigo en ambas mejillas mientras pensaba en lo generosa, divertida y cariñosa que le parecía esa chica. Sin duda no podía desear nadie mejor para Damián.

—Seguiremos en contacto. —Se fundió en un profundo abrazo con su amigo que duró varios minutos y, cuando ambos se separaron, tenían los ojos un tanto vidriosos.

Miró hacia atrás y vio a Sara, con su preciosa melena ondulada brillando bajo el sol que reinaba ese domingo de octubre. Tuvo deseos de acercarse

hacia ella y darle el abrazo más grande que guardaba en su interior, pero a su lado estaba Alberto, que casi parecía su perro guardián. Sara alzó la vista hacia él y comenzó a caminar en su dirección, cuando llegó a su lado, lo miró fijamente. Se dijeron todo y nada con esa mirada. Solo ellos sabían todo lo que había sucedido en esa última semana, tantas cosas, que parecía haber transcurrido una eternidad. Finalmente, se dieron un frío beso en la mejilla y, antes de que tuvieran tiempo de decirse algo más, Alberto se situó a su lado, de alguna forma parecía intuir lo que existía entre ellos pues parecía un tanto tenso cuando estaban juntos.

—Bueno, ha sido un placer. —Extendió su mano hacia David y sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. Él también le devolvió una falsa mueca.

Antes de emprender la marcha, abrazó de nuevo a Damián y le dedicó su mejor sonrisa a Lara.

Comenzó a caminar ya a través del suelo de cemento cuando su voz lo hizo detenerse en seco.

—David.

Cuando giró, Sara se abalanzó hacia él. Temió de que fuera la última vez que pudiera sentirla tan cerca, y ese pensamiento lo sobrecogió. Se aferró a sus brazos y tuvo deseos de decirle muchas cosas, de pedirle que se marchara con él, como ya había hecho en otra ocasión, más de dos años atrás, pero supo que no era el momento ni el lugar.

—Gracias —Sara susurró esas palabras en su oído.

Se dejó llevar por la emoción del momento y permitió que su corazón hablara, casi por primera vez en su vida, susurró.

—Te quiero.

Aun sintiendo el nudo oprimiendo su garganta, se separó de Sara y comenzó a caminar, sin mirar atrás.

CAPÍTULO 36

Supo que aquellas palabras resonarían para siempre en su cabeza y sintió deseos de llorar. Mientras veía a David alejarse se sintió sola y desvalida. Tenía ganas de correr tras él, cogerle de la mano y marcharse, sin volver la vista atrás.

—Vámonos— la voz de Alberto le devolvió a la realidad.

Y comenzó a caminar a su lado, sin más. Al mirar de nuevo hacia el camino ya no pudo ver a David y comprendió que le había perdido, una vez más.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 37

Había transcurrido un mes desde la última vez que había visto a Sara. La imagen de ella llorando entre sus brazos aún rondaba por su cabeza, y también la última despedida que habían tenido, bajo los altos sauces que agitaban sus ramas al viento como si trataran de barrer los restos de su amor.

Después de ese momento apenas habían tenido contacto, un par de mensajes preguntándole como se encontraba tras el fallecimiento de su padre y un par de respuestas breves y concisas, nada más.

David contempló el horizonte, el cielo estaba tiñéndose de un suave tono rosáceo que le pareció realmente bonito. Lo observaba casi ensimismado, cuando un ladrido lo sobresaltó.

Bruno estaba a sus pies, agitaba el rabo con energía mientras portaba entre sus fauces una pequeña pelota de color verde. David sonrió y se dispuso a cogerla. El perro enseguida la soltó y se puso alerta, con las orejas bien erguidas y el rabo parado y tieso, atento del lugar donde caería la pelota. Un segundo después, estaba de nuevo con ella entre los dientes, era tan rápido y ágil que en ocasiones parecía imposible.

Se quedó observándolo embelesado, no podía evitarlo, desde que lo había visto en esa protectora de animales ambos habían creado un vínculo tan especial que parecía increíble que solo llevaran juntos un par de semanas.

David siempre había querido adoptar un animal, pero su frenética vida, sus horarios de trabajo, su inestabilidad económica y laboral y los cambios de casa se lo habían impedido hasta ese momento, pero dos semanas antes había tomado la decisión, no le quedaba ninguna duda, necesitaba un compañero para ser feliz, un amigo que estuviera siempre a su lado y que lo acompañara donde fuera. Por medio de un compañero del gimnasio había conocido esa

protectora, haber ido fue una de las mejores decisiones de su vida. No solo conoció al compañero perfecto, Bruno era especial con ese pelaje completamente negro y esa mezcla de pastor alemán y pastor belga, sino que se hizo socio de dicha protectora y se comprometió a acudir siempre que pudiera a echar una mano con todos los animales que allí vivían, le parecía una labor preciosa.

Consultó el reloj, eran más de las seis de la tarde y el sol se había ocultado tras el horizonte. Llamó a Bruno y ambos comenzaron a caminar junto al mar.

CAPÍTULO 38

Sara vio como el último resquicio de sol desaparecía tras los altos edificios de la ciudad, envolviéndola en un color plomizo. Se imaginó con un pincel entre las manos tratando de plasmar ese cielo y, de pronto, sintió cierta nostalgia. Hacía casi dos años que no pintaba y lo cierto era que en ocasiones lo echaba de menos, añoraba la sensación de estar creando algo que viviría para siempre, la tranquilidad que la invadía cuando se dejaba llevar por las líneas que dibujaba con el pincel. Siempre había hecho que se sintiera en calma, que se sintiera bien. La idea de apuntarse de nuevo a las clases estaba cada vez más presente, pero al mismo tiempo dudaba de si sería una buena idea, estaba demasiado ocupada con el trabajo en el supermercado y los estudios de administración que cursaba a distancia.

Estuvo un rato apoyada contra el cristal de la ventana, sin saber cuán lejos de allí, David estaba contemplando el mismo atardecer.

—Ya tengo casi todo preparado. —La voz de Sandra a su espalda hizo que se girara despacio.

Sonrió y miró las cajas que se amontonaban en el suelo de la habitación. El día siguiente sería duro, de eso no le cabía ninguna duda, pero también sabía que era lo mejor, había tomado la decisión después de pensar mucho, de forma coherente y sosegada, y ahora sabía que al menos tenía que intentarlo, si volver era demasiado duro siempre podría dar marcha atrás.

Sandra se sentó en la cama y miró fijamente a su amiga, que contemplaba las cajas en silencio.

—Sara, sabes que no tienes por qué hacerlo, ¿verdad?, mi madre está encantada con que estés aquí.

Ella sonrió con ternura y asintió con la cabeza. Sabía que la madre de

Sandra, Julia, la cuidaba como si fuese otra hija, pero había llegado el momento de volver a su verdadero hogar.

Desde que su padre había fallecido, a los pocos días Damián tuvo que volver a Barcelona y, aunque insistió para que ella lo acompañara, no pudo renunciar a su trabajo, a sus amigas y a la vida que conocía, Sara se había marchado a vivir a casa de Sandra, que vivía sola con su madre. La mujer aceptó enseguida, le pareció una idea fabulosa que se quedara con ellas una temporada. Para Sandra había sido un regalo, compartir más que habitación con su amiga de toda la vida era lo mejor que podía imaginar, pero ahora había llegado el momento de dar un paso más. Sara había tomado la decisión de volver a su casa, echaba de menos su cama, sus cosas, y Sandra se había ofrecido a acompañarla, al menos durante unos días.

—Lo sé, pero tengo ganas de volver a mi casa. —Sara se sentó en la cama auxiliar que llevaba usando un mes y tomó la mano de su amiga que asintió despacio.

—Ya, te entiendo.

Se tumbó y observó las sombras amarillentas que se colaban por la ventana. Pese a todo estaba asustada, desde el fallecimiento de su padre solo había vuelto al apartamento de forma puntual en busca del correo, para subir y bajar las persianas y poco más, y aun así, siempre que la puerta se abría y el interior quedaba al descubierto, Sara no podía evitar sentir una especie de nudo que se instalaba en su garganta y que le impedía respirar con normalidad. Ahora que pasaría allí mucho más tiempo, no sabía si sería capaz de soportar la presión de ese nudo.

Un mensaje sonó en su teléfono móvil. Estaba sobre la mesilla de noche. Sandra se lo extendió mientras se ponía de pie.

—Voy a darme una ducha. —Y desapareció en el pasillo.

Sara vio cómo se alejaba antes de mirar el teléfono móvil. Era un mensaje de Alberto.

“Hola, cielo, ¿Cómo estás?”

Ella respiró hondo. Aún le costaba entablar algún tipo de conversación con él sin sentirse culpable. Cada vez que hablaban o que se veían, la imagen de David aparecía como por arte de magia en su cabeza, no podía evitarlo. Aún no había tenido el valor de hablar con su novio, lo cierto era que le

aterrorizaba que él pudiera dejarla, en ese momento se sentía demasiado sola y desvalida como para perder a alguien más en su vida, y realmente no sabía si en algún momento tendría el valor de hacerlo. Sabía que Alberto no se lo perdonaría jamás, y lo que más le preocupaba era que no estaba segura de si temía perderle por amor o por estar sola.

“Hola, cariño. Estoy bien, ¿y tú?”

Lo envió y lo dejó a su lado en la cama. En el último mes había visto a Alberto muchas veces, pero no había sucedido nada entre ellos que no fueran más que un par de besos. Se sentía incapaz de acostarse con él como si nada cuando David había sido el último que había tocado su piel. Las imágenes de ese día, sentada sobre él en el sofá de su casa, eran demasiado vívidas. Alberto toleraba la situación porque suponía que ella no tenía ganas de nada, tras el fallecimiento de su padre, pero no sabía que los motivos eran mucho más oscuros y profundos.

La sombra de David estaba en todas partes, los rodeaba, los envolvía de forma invisible, pero real.

El miércoles por la tarde, cuando su turno en el supermercado terminó, se encaminó a casa de Sandra en compañía de su amiga, no siempre coincidían en el turno del supermercado, pero ese día lo habían cuadrado a propósito.

Recogieron la maleta de Sara, que estaba llena de ropa, y una mucho más pequeña que Sandra había preparado para ella, la necesitaría si pensaba quedarse un tiempo con su amiga.

Cuando llegaron frente a su bloque de apartamentos, Sara sintió que su corazón se agitaba. Era la primera vez que sentía algo así bajo su ventana, hasta hace un mes allí había estado su casa, su hogar, pero ahora parecía algo desconocido. Miró el bloque y le pareció que era más alto y robusto que nunca, o quizá era que ella se sentía más pequeña. Mientras lo contemplaba sintió la mano de su amiga que aferraba la suya.

—Todo irá bien —susurró.

Sara sonrió. Su padre le había dicho unas palabras parecidas pocos días antes de morir, tumbado sobre la cama del hospital, la había animado a que fuera fuerte pasara lo que pasara, le recordó lo valiente que había sido siempre en el pasado, y, sobre todo, le dijo unas palabras que ella no olvidaría jamás, unas palabras que rondaban en su mente una y otra vez y que le habían

hecho incluso preguntarse si su padre las había utilizado con un doble sentido. Le había dicho que fuera feliz, que tomara las decisiones que fueran necesarias para conseguirlo, que tenía que ser valiente y aceptar lo que realmente le hacía feliz. En ese momento Sara lo había mirado con la duda en los ojos, preguntándole muchas cosas sin palabras, pero su padre se había limitado a sonreír, en su mirada el misterio.

—Vamos. —Sandra habló de nuevo y ella se dio cuenta de que se había quedado parada frente al bloque sin mover un solo músculo. Animada por su amiga dio el primer paso.

Ya en el interior del edificio, sintió una atmósfera que conocía demasiado bien. Cuando se encontró frente a la puerta de su apartamento se dio cuenta de que estaba aún más nerviosa. Extendió la llave y la introdujo en la cerradura. Al abrirse la puerta, el aire salió de su exterior y Sara casi pudo sentir la presencia de su padre. Sonrió y se sintió mucho mejor, pese a todo lo sucedido, la energía en el interior de la casa era buena y tranquila, se sentía bien, contenta de volver. Se sentía en casa.

CAPÍTULO 39

Sentía el agua caliente que caía sobre su piel. Los músculos se destensaban y su cuerpo comenzaba a relajarse por primera vez en todo el día. Su turno en la tienda había durado hasta las siete de la tarde y, pese a que ese día no había acudido al gimnasio, estaba tenso y cansado.

Restregó sus pectorales bien definidos y musculados con una esponja de color blanca y recorrió con ella todo su torso desnudo. Frotó su brazo derecho mientras contemplaba sus tatuajes, esos que tantas veces había admirado, y terminó el proceso en su entrepierna. Se excitó. Hacía mucho tiempo que no mantenía relaciones sexuales con alguien y su cuerpo empezaba a pedirle desahogo. Desde que había vuelto de Madrid no había vuelto a acostarse con nadie. Su relación con Irene ya era prácticamente inexistente y, a excepción de algún mensaje puntual, ni siquiera habían vuelto a verse. Él sabía que era mejor así, aunque en ocasiones echaba de menos las horas bajo sus sábanas.

El sonido del teléfono móvil resonó en el interior del cuarto de baño. David apartó la cortina con brusquedad y cogió una toalla que había colgada sobre el inodoro. Salió con cuidado para no trastabillar y, cuando vio el nombre de su amigo en la pantalla, todo el deseo carnal desapareció de su interior.

—Hola, tío, me pillas en la ducha.

—David, bueno, si quieres puedo llamarte en un rato.

—No importa, ya estoy fuera. ¿Y qué?, ¿cómo va todo?

En el último mes habían hablado a diario y sabía que ahora Damián estaba mucho más tranquilo que antes. Empezaba a aceptar y superar la muerte de su padre.

—Bien, muy bien. —Damián sonrió al otro lado—. Te llamo porque quería proponerte algo.

David frunció el ceño mientras colocaba la toalla alrededor de su cintura.

—No me asustes. —Bromeó.

—Te prometo que es algo bueno. —Damián lanzó una risotada—. ¿Qué planes tienes para este fin de semana?

Hubo una breve pausa.

—En principio ninguno. Había pensado tomar algo con un compañero del trabajo, ¿por qué?

—¿Qué te parecería pasar el fin de semana en Barcelona?

—Pues sería una buena idea, si no fuera porque esta tan lejos...

David pensó en los más de trescientos cincuenta kilómetros que los separaban. Por supuesto que le apetecía pasar un par de días con Damián, pero el viaje era demasiado largo como para marcharse tan poco tiempo.

—Bueno, esa no es mi pregunta. ¿Te apetecería venir o no?

—Claro que sí.

—Entonces perfecto. —Damián mantuvo un breve silencio que David aprovechó para vestirse con su pijama de color gris—. Bueno, entonces ya tienes planes.

—¿Cómo?

—¿Te gusta el avión, verdad?

David arrugó las cejas.

—¿Qué estas tramando?

—Bueno... he pensado que mi mejor amigo podría venirse a pasar el finde conmigo y con mi novia, a la que por cierto apenas conoce. —Sonrió—. Pero como sé que el viaje es largo creo que lo mejor es que vengas en avión. Tarda menos de una hora.

—Ya, pero el avión será una poco caro, además...

—Por eso no te preocupes, el billete ya está cogido.

—Damián pero que...

—David, me gustaría pasar contigo este finde. El último mes no ha sido fácil y las cosas ahora van un poco mejor, me apetece pasar un par de días contigo, que nos echemos unas copas juntos, unas risas... la última vez que nos vimos no era el mejor momento sin duda.

David sonrió.

—Me apetece mucho pasar el finde contigo y con Lara, pero no hace falta

que me pagues el billete, yo puedo...

—Tarde. Ya lo he cogido mientras hablábamos. —Damián lanzó una sonora carcajada—. Te lo mando por email ahora mismo, no se te olvide imprimirlo y llevarlo al aeropuerto el viernes. Cero que a las ocho de la tarde te vendrá bien, si no, puedes cambiarlo.

David se llevó una mano al cabello mojado y lo agitó. Su amigo acababa de cambiar su día por completo. Lo cierto era que le apetecía mucho verlo, y también tenía muchas ganas de conocer más a la mujer que le había robado el corazón y de la que apenas sabía algo.

—En un principio pensé que fuéramos nosotros a Valencia, pero como me has dicho que tu piso es bastante pequeño creo que nos apañaremos mejor en el mío.

Recordó que Damián le había contado que había alquilado un piso con dos habitaciones bastante cerca del centro. Tenía ganas de verlo.

—Para cualquier cosa ya sabes dónde estoy, y si no el viernes nos vemos. Te recogeré en el aeropuerto.

Casi no tuvo tiempo de despedirse de su amigo. Se quedó mirando el teléfono y una gran sonrisa asomó en su rostro. Agitó la cabeza. Damián nunca dejaría de sorprenderlo.

El viernes pasó deprisa, decidió comer en diez minutos y recuperar esa hora para poder escaparse de la tienda a las seis de la tarde. Aún tenía que encargarse de Bruno e ir hacia el aeropuerto, aunque solo portaba una pequeña mochila y no tenía que facturar, prefería ir con tiempo.

Cuando llegó le costó un poco situarse, pese a que llevaba varios años viviendo en Valencia era la primera vez que pisaba el aeropuerto, era un tanto triste pues eso demostraba lo poco que había viajado en toda su vida, pero sabía que aún tenía mucho tiempo por delante. Se propuso a sí mismo que en el futuro intentaría viajar más, conocer otros países y culturas.

Paseó a través del bonito edificio acristalado mirando a su alrededor. Parecía imposible que alguien pudiera encontrar en un lugar como ese el lugar dónde retirarse cuando no quisiera ver a nadie, en realidad era uno de los sitios donde uno más rodeado estaba. Miró a los pasajeros que como él iban a embarcar hacia algún lugar y por un momento fantaseó cómo serían sus vidas y hacia dónde se dirigirían.

Inevitablemente, la imagen de Sara mirando a través de unas grandes cristaleras a los aviones que despegaban y se fundían con el cielo, llegó a visitarlo. Ese día en el aeropuerto, que parecía había sucedido en otra vida, vio la ilusión en la mirada de Sara, pero también la desidia. La ilusión, por un lado, de poder ser algún día una de esas personas que se marchaban para no volver, pero, por otro, el temor a llegar a otro lugar. Ahora que su padre había fallecido y que su hermano ya no vivía en Madrid, Sara lo tenía más fácil que nunca para abandonar el barrio del que siempre había querido huir. David se preguntó si en algún momento reuniría el coraje suficiente para emprender ese viaje sin retorno.

La llamada de su vuelo por los altavoces hizo que se pusiera de pie y buscara la puerta de embarque.

El vuelo duró tan poco que, cuando quiso darse cuenta, el cielo que estaba viendo no era el mismo. Barcelona estaba bajo sus pies, y miles de luces brillaban con intensidad, como si quisieran darle la bienvenida.

No le costó encontrar a Damián, lo esperaba sonriente, vestido con un jersey de color burdeos. Estaba solo. David caminó hacia él con una sonrisa de medio lado en su rostro, llevaba su mochila negra en la mano.

—¿Qué tal? —Abrazó a su amigo que le dio un par de fuertes palmadas en la espalda.

—¿Qué tal el viaje?

—Corto, muy corto.

Damián sonrió.

—Ya te dije que era mucho mejor venir en avión.

Comenzaron a caminar hacia la salida.

—Pensé que Lara vendría contigo.

—No ha podido, ha tenido que quedarse. Pero así podremos estar un rato solos. —Damián caminaba seguro y con convicción—. Si quieres podemos pasar por casa para que te des una ducha o lo que quieras, o podemos ir directamente a tomar algo.

David consultó el reloj. Eran más de las nueve de la noche.

—El viaje ha sido corto, no necesito descansar, prefiero que aprovechemos el poco tiempo que tenemos.

—Perfecto. Si quieres podemos ir a One Ocean, es un sitio muy chulo en el

puerto.

—Genial.

Se montaron al coche y emprendieron el viaje hacia el bar escogido.

Cuando llegaron se sintió gratamente sorprendido, era un sitio precioso con grandes cristalerías y vistas al puerto. Damián había hecho una reserva en una de las mejores mesas, esas que estaban frente al mar y ofrecían las mejores vistas.

—Es un día especial —dijo mientras se encogía de hombros.

David sonrió, no estaba acostumbrado a frecuentar lugares como ese, pero su amigo tenía razón, la situación lo requería.

—Me encanta este sitio. —Damián alzó una mano para llamar la atención de un joven camarero.

—Sí, la verdad es que está muy bien.

Pidió un whisky y lo saboreó despacio.

—Bueno, y ¿cómo va todo? —Miró a su amigo que bebía de su ron con cola.

—Bien. Ha sido un mes difícil, pero las cosas ya están más tranquilas. Al final todo pasa.

David asintió, aunque él no estaba de acuerdo con esa expresión, él estaba convencido de que había cosas que nunca pasaban del todo. Momentos del pasado a los que uno estaba ligado toda la vida, quisiera o no.

—Lo que más me preocupa es Sara. —Su amigo volvió a hablar—. He intentado de todas las formas posibles que se venga aquí, pero es imposible.

—Siempre creí que deseaba irse del barrio.

Damián se encogió de hombros.

—No sé, supongo que tiene muchas cosas que la atan allí, su trabajo, sus amigas, Alberto...

Cada vez que escuchaba el nombre del chico de la eterna sonrisa no podía evitar sentir una oleada de rabia, aunque en el fondo sabía que el único delito que había cometido había sido enamorarse de la misma mujer que él, no podía culparlo por ella, era inevitable caer entre las redes de Sara.

—No hace mucho que estuviste en Madrid, ¿no? —David apartó la imagen de ese chico de su mente y miró a su amigo.

—Estuve hace un par de fines de semana. No puedo ir tanto como me

gustaría, el viaje es muy largo y yo trabajo en el taller casi todos los sábados. Por eso quería que ella se viniera conmigo. —Damián hizo una breve pausa—. Todo este tiempo ha estado viviendo en casa de Sandra.

David asintió, ya lo sabía, aunque apenas habían mantenido relación desde ese domingo en que enterró a su padre, en los escasos mensajes que habían intercambiado Sara se lo había contado.

—Menos mal, mucho mejor eso que estar sola, y además en esa casa... Le costará mucho tiempo volver a estar allí como si nada. —Sabía muy bien de lo que hablaba, a él aún le costaba enfrentarse a esa puerta cerrada del final del pasillo.

—Ya ha vuelto. —Damián negó con la cabeza lentamente—. Le dije que se esperara un poco más, pero ya sabes lo cabezota que es, esta semana ha cogido sus cosas y ha vuelto a casa.

David arqueó las cejas y abrió ligeramente los labios.

—Sandra se ha ido con ella, al menos la vuelta será menos dura así.

No dejaba de sorprenderlo la fortaleza que Sara demostraba una y otra vez. A sus veintitrés años se había enfrentado a cosas que personas mucho más mayores no tendrían que enfrentarse jamás y siempre había conseguido salir victoriosa de todo. David sonrió. Sin duda era la chica más valiente que había conocido jamás, sabía que nunca encontraría otra igual.

—Bueno, cuéntame cómo va todo por Valencia. —Damián había cambiado el tono de voz y ahora estaba mucho más animado.

—Pues no hay mucho que contar, la verdad. Entre el trabajo y el entrenamiento no tengo tiempo para mucho más. —David dio un nuevo trago a su copa—. Los fines de semana salgo a tomar algo con antiguos compañeros del bar o con los nuevos de la tienda, pero nada más, la verdad es que me estoy reformando.

Damián lanzó una carcajada.

—¡Quién lo iba a decir! Nos estamos volviendo unos blandos. —Alzó su copa en alto y la chocó contra la de su amigo—. Brindemos por lo viejos que nos estamos volviendo, es mejor que lo aceptemos cuanto antes. —Bebieron un trago—. No me has vuelto a contar nada de esa chica con la que te veías... La verdad es que no recuerdo como se llamaba...

—No hay nada que contar. Desde que volví de Madrid no nos hemos vuelto

a ver. —David se encogió de hombros—. Nos hemos escrito de vez en cuando, pero nada más.

—Vaya, esperaba que te pillara igual que Lara a mí.

David sonrió. Lo cierto era que él también deseaba en ocasiones tener una relación como la de su amigo. Una relación en la que no existieran las complicaciones, donde todo fuera sencillo. Estaba un poco cansado de luchar por relaciones que no tenían futuro.

—¿Y qué tal está Bruno? Tengo muchas ganas de conocerlo, seguro que me va a encantar.

Cuando escuchaba hablar de su perro una sonrisa siempre aparecía en su rostro.

—Esta genial. Estos días lo he dejado en la protectora donde lo adopté, tienen servicio de residencia, así que muy bien, me quedo mucho más tranquilo. La verdad es que ya lo echo de menos.

Su amigo sonrió.

Había transcurrido casi una hora y apenas habían estado en silencio más de un minuto, aunque hablaran a menudo siempre tenían cosas que contarse. David consultó el reloj, eran poco más de las diez.

—Espero que Lara no tarde mucho más en venir. —Damián pareció leer sus pensamientos—. Si te gusta el sushi aquí lo hacen genial.

Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando una gran sonrisa inundó toda su cara. David supuso que la chica acababa de llegar, él estaba de espaldas y no podía verla, pero por la expresión de su amigo no tenía duda de eso.

—Hablando del rey de Roma.

David sonrió. Giró despacio y cuando lo hizo tuvo que entornar los ojos. No podía ser. Dudó incluso de su cordura. ¿Era posible que estuviera tan obsesionado con ella que incluso la viera en otras mujeres?

Miró a su amigo, lo miraba fijamente y una sonrisa un tanto pícaro lo delataba. No podía ser... Era imposible.

CAPÍTULO 40

Sara miraba a Lara sin poder contener la risa. Si cuando la conoció en Madrid le pareció una chica divertida ahora no le quedaba ninguna duda de eso. El tiempo que habían pasado juntas esa tarde había reído más que en mucho tiempo. Cada vez se alegraba más de haber aceptado la invitación de su hermano para pasar ese fin de semana en Barcelona, le venía muy bien abandonar el barrio, al menos durante un par de días.

—Tu hermano nos está esperando aquí. —Lara se quedó parada frente a un bar que parecía flotar sobre el agua.

—Qué bonito. —Sara lo miró fascinada.

Tenía ganas de ver a Damián, se había marchado hacía un rato y aún no había entendido demasiado bien el motivo, sus explicaciones habían sido inconclusas.

Apenas había dado un par de pasos cuando lo divisó. La miraba muy sonriente, pero no estaba solo. Un chico moreno, que estaba de espaldas a ellas, ocupaba una silla frente a él. Sara pensó que se trataría de un amigo que iba a cenar con ellos, pero el pensamiento duró menos que un rayo cayendo en un cielo de verano, era inconfundible, en cualquier lugar. Podría verlo entre cientos de personas, y había algo más, cuando estaba cerca podía sentirlo.

Miró interrogante a Lara que dibujaba un mohín.

—Te juro que no ha sido idea mía.

Esas palabras fueron la confirmación que necesitaba. Sin duda ese chico era David.

Sintió que de repente las piernas se habían convertido en un bloque de cemento, pesaban tanto que se sentía incapaz de andar. Hubiera esperado

encontrar cualquier otra persona allí antes que a él. Por un momento, sintió rabia hacia Damián, no entendía por qué había tenido que invitarlos a los dos el mismo fin de semana, pero enseguida comprendió que para su hermano David era mucho más que el ex novio de su hermana, era su mejor amigo, su mayor apoyo, para él juntar a las tres personas que más quería, las únicas que le quedaban en realidad, debía haber sido un sueño.

Lara caminaba unos pasos adelante y ella notó como ahora las piernas perdían esa dureza y de repente se convertían en gelatina, ahora eran casi más inútiles. Caminó mirando al suelo, incapaz de alzar la vista, por una parte, porque si no ponía atención al camino, temía caer y por otra, porque le asustaba encontrarse de nuevo con su mirada.

—Hola. —Escuchó muy cerca la voz de Lara, tan cariñosa y dulce como siempre.

Se armó de valor, contó mentalmente hasta tres y alzó la vista. Él estaba de frente, muy cerca, besaba a Lara en ambas mejillas, pero la miraba a ella, de soslayo. Se preguntó si él también habría participado en esa treta.

—Hola, Sara. —Su voz, de nuevo esa voz.

Lo miró, se quedó sin palabras. Él dio un paso y golpeó sin querer la silla en la que había estado sentado hasta hacía un escaso minuto, si no se equivocaba parecía un poco nervioso.

—Hola. —Susurró al fin, como una quinceañera que habla por primera vez con el chico que le gusta.

—Qué sorpresa encontrarte aquí.

Al escucharlo comprendió enseguida que él estaba tan confundido y sorprendido como ella, sin duda todo había sido obra de Damián, única y exclusivamente de él.

—Podría decir lo mismo.

Su hermano rodeó la mesa y se acercó a ellos. Alzó las manos en alto.

—Chicos, que alegría teneros a todos aquí. —Alzó ligeramente la voz—. Menuda sorpresa, ¿verdad?

Ninguno dijo nada. Miraban a alguna parte, incapaces de sostenerse las miradas, visiblemente nerviosos.

—Vamos a comer algo, tengo un hambre que me muero. —Lara rompió el silencio, seguramente consciente de la tensión que envolvía el ambiente.

Se sentó en medio de Damián y David. Los chicos ocuparon sus respectivos asientos y Sara se dio cuenta de que su sitio también se encontraba en medio de ellos, tendría a David a escasos centímetros. Pasó tras él con cuidado y mientras lo hacía pudo aspirar ese olor que tan bien conocía. Pasara el tiempo que pasara nunca podría olvidar el olor de esa colonia, era increíblemente seductora, te atrapaba y te hacía soñar.

Agitó la cabeza como tratando de centrarse y al fin ocupó su asiento. Estaba más que nerviosa. La situación era tan incómoda que casi prefería que la tierra se hundiera bajo sus pies en ese momento.

—¿Cuándo has venido?

David se dirigía a ella. Damián y Lara hablaban al otro lado de la mesa.

—Esta tarde. Supongo que tú también.

—Mi avión llegó casi a las nueve.

—El mío un par de horas antes.

Le costaba horrores mirarlo a la cara, se sentía estúpida e infantil, pero no podía evitar pensar que casi la última vez que lo había visto había sido en su casa, en su sofá.

—¿Qué tal el vuelo? —Él sonreía—. Siempre te gustaron los aviones, ¿no?

Sara sonrió cómplice. Aún recordaba el día que había compartido con él su secreto máspreciado.

—Nunca me había montado en uno. Me ha encantado.

—Me alegro que hayas encontrado la excusa para montarte en uno.

Se miraron durante unos segundos. Solo él conocía esos anhelos que vivían dentro de ella. David sonrió y Sara le correspondió.

CAPÍTULO 41

Sara apartó la mirada, pero él la miró durante unos segundos más, sin darse apenas cuenta, necesitaba corroborar que era real, que no estaba soñando, que ella estaba allí realmente. Aún le costaba creerlo. Apuró su whisky de un trago.

—Sí que tenías sed. —Escuchó la dulce voz de Lara y al mirarla comprobó que estaba sonriendo, él la imitó.

El trago lo ayudó a templar un poco los nervios. No entendía por qué Damián no le había dicho que Sara también estaba allí, casi parecía que se lo había ocultado a propósito. Cogió la carta que estaba sobre la mesa, al menos mientras la mirara tendría las manos y la vista ocupadas.

—Espero que os hayáis divertido. —Su amigo se dirigía a las chicas y seguía conservando esa sonrisa picarona.

—La verdad es que sí. —Fue Lara quien contestó. Sara parecía haberse quedado sin palabras, igual que él.

Se preguntó que habría pensado ella al verlo. ¿Se habría alegrado?, ¿su corazón también habría dado un vuelco? La miró de reojo y recordó sin querer la última noche que habían pasado juntos en su apartamento de Madrid, casi pudo sentir el tacto de su pecho bajo sus manos, su pelo enredado, aún podía escuchar sus gemidos...

Golpeó el vaso que el camarero acababa de dejar ante él, al alzar la vista todos lo estaban mirando, incluida ella. Sintió el calor cubriendo su rostro.

—Perdón —susurró.

Esas imágenes lo habían puesto nervioso. Trató de apartarlas, pero seguían ahí, se negaban a abandonarlo. Se puso de pie violentamente.

—Ahora vuelvo.

Se dirigió al cuarto de baño, necesitaba refrescarse.

Un par de horas después, el whisky había conseguido el efecto deseado. Se sentía mucho más tranquilo y envalentonado. Al menos ahora podía aguantar la mirada de Sara sin sentirse cohibido. Ella también parecía más cómoda y hablaba con naturalidad. Casi todos mantenían la misma conversación, aunque en contadas ocasiones Lara y ella hablaban de forma paralela, y él lo hacía con Damián. Tras la primera toma de contacto no habían vuelto a hablar entre ellos directamente, lo cierto es que quería preguntarle muchas cosas, pero no quería incomodarla. La noche era larga, habría tiempo para todo.

Pese a que era noviembre la temperatura era anormalmente alta fuera del bar, le bastaba con la cazadora azul de sarga de algodón que había escogido para la ocasión.

—Son bonitos, ¿verdad?

Sara había llegado a su lado y miraba los barcos que él estaba contemplando.

—Desde luego. —Reconoció.

Ella encendió un cigarrillo.

—Estaría bien poder tener uno algún día. —David la miró y ella lanzó una carcajada.

—Creo que nunca podría permitirme uno, además, ¿para que querría uno en Madrid?

—Bueno, siempre puedes recorrer los ríos y pantanos.

Ambos rieron.

—¿Quién sabe? Quizá algún día vivas en un sitio con mar. —La miró, esperando una reacción de su parte. Sara tan solo asintió, parecía un tanto nostálgica.

—Quién sabe —añadió al fin.

Dio una calada a su cigarrillo, como si él pudiera infundirle valor y carraspeó.

—¿Cómo va todo, Sara?

—Podría ir peor. —Ella seguía mirando los barcos fijamente, su expresión se había tornado seria, esperaba no haber estropeado el momento. —Un segundo después ella volvió a hablar—. Ha sido duro, pero ya estoy mejor.

—Me ha dicho tu hermano que has vuelto a casa...

Sara aspiró una bocanada de humo.

—Sí, hace un par de días —expulsó—. Tenía ganas de volver. Sandra y su madre son un encanto, pero ya sabes, como en casa en ningún sitio.

David no supo qué responder, en realidad, a esas alturas, él aún no sabía decir donde estaba su verdadera casa, su hogar de verdad, en ocasiones pensaba incluso que quizá aún no lo había encontrado.

—Sandra se ha venido conmigo, ¡es tan maravillosa!, siempre está ahí cuando la necesito. —Sonrió con cariño—. Siempre está.

Él miró al suelo, esperaba que ese comentario no hablara disimuladamente de él, hacía no mucho tiempo Sara lo había acusado directamente de que siempre huía.

—Bueno, ¿y cómo va todo por Valencia?

Ella giró y lo miró directamente a los ojos, de repente sintió que sus ojos lo engullían. A veces olvidaba lo imponente que podía llegar a ser su mirada.

—Como siempre —respondió tras unos segundos—. No hay mucho qué contar. Trabajo, boxeo y poco más.

Sara dirigió, seguramente de forma inconsciente, su mirada a los brazos de él, que se intuían bajo la chaqueta.

—Sí, se nota, creo que estas más fuerte que la última vez.

David sintió por segunda vez en esa tarde que el rubor lo cubría, no esperaba un comentario como aquel proveniente de Sara, estaba casi seguro de que hacía mucho tiempo que había dejado de tener ojos para él, o quizá no...

Sonrió de la forma más seductora que pudo y realizó un gesto con la mano.

—No es para tanto. —Bromeó—. Es la chaqueta que me queda bien.

Sara lanzó una risotada. Le encantaba ese sonido, adoraba oírla reír, eso no cambiaría nunca.

—Creo que nos esperan. —Ella señaló con la cabeza a un punto situado tras su espalda, al girarse vio a Damián y a Lara esperando a unos metros, casi parecía que les dejaban intimidación.

—Chicos, vamos a ir ahora a un sitio increíble —dijo Damián cuando llegaron a su lado—. Tenemos que dar un paseo, espero que no os importe.

CAPÍTULO 42

Cuando llegaron frente a Pacha, Sara contuvo una exhalación. El sitio era espectacular. La decoración era sofisticada y muy acertada. Ella no estaba acostumbrada a sitios como esos y tanto en el restaurante como allí se sentía fuera de lugar. Su hermano, por el contrario, parecía moverse como pez en el agua. Era una de las cualidades de Damián, podía adaptarse a todo con una facilidad extraordinaria.

Lara también parecía cómoda, más que eso, sin duda estaba habituada, prueba de eso fue que saludó a un par de personas cuando apenas entró, enseguida su hermano la acompañó, parecía haberse amoldado muy bien a su nueva vida en Barcelona.

David estaba tras ellos y también parecía cómodo con todo lo que lo rodeaba, al fin y al cabo desde que era poco más que un niño había salido de fiesta por todas partes, tanto él como Damián habían recorrido casi todas las discotecas de Madrid y, con el tiempo, lo habían hecho también en sus nuevas ciudades.

—¿Te gusta? —Su hermano giró hacia ella y susurró en su oído.

—Es una pasada. —Sara sonrió.

Él pareció satisfecho con la respuesta.

Poco tiempo después, Sara se sentía inmersa por completo en el ambiente, quizá ella también era capaz de adaptarse a todo mucho mejor de lo que pensaba. Abrió el bolso que colgaba de su hombro y, al mirar el teléfono móvil, lanzó una maldición, no lo había escuchado, pero Alberto la había llamado en tres ocasiones. Lo estaba pasando tan bien que se había olvidado por completo de su teléfono y de todo lo demás.

—Ahora vuelvo —habló en el oído de Lara que preguntó con la mirada.

Sara le mostró el teléfono a modo de respuesta—. Voy a llamar.

Le costó cruzar la pista de baile, había mucha gente.

La playa estaba tan cerca que sintió el deseo de rozar la arena, hubiera querido quitarse las botas negras de media caña y sentirla entre sus dedos, pero se conformó con caminar a través de ella calzada, mientras le devolvía la llamada a Alberto.

—Hola. —Él parecía adormilado.

—¿Estabas dormido? —Se mordió ligeramente el labio inferior—. Lo siento, ¿qué hora es?, pensé que no era tarde. —Sara hablaba deprisa, estaba un poco achispada y se notaba en su voz.

—No lo es. —Alberto interrumpió su perorata—. Bueno, es poco más de la una y media.

—¿Estás en casa?

—Sí, estaba cansado y me quedé descansando. —Él parecía recuperar poco a poco el tono normal de su voz, aunque aún era débil.

—Bueno, siento haberte despertado. —Sara hizo una breve pausa—. Vi tus llamadas ahora mismo, pensaba que acababas de llamarme, la verdad es que pensé que estarías por ahí.

—Da igual —repitió—. Te llamé hace bastante rato.

Permanecieron en silencio unos segundos.

—La música está muy alta. —Se excusó Sara.

—¿Dónde estáis?

—Mi hermano nos ha traído a Pacha, la verdad es que esta genial. —Miró a su espalda, el local se sombreaba en el paseo.

—Espero que te estés divirtiendo. —Pese a que trataba de ser amable, como siempre, lo cierto era que estaba bastante serio, y algo le decía a Sara que no solo se debía a que estaba medio dormido, si no que el motivo principal era otro.

—La verdad es que sí, me lo estoy pasando en grande. —Estuvo a punto de añadir “como hacía mucho tiempo que no me lo pasaba”, pero supo que esa respuesta sería cruel para él.

—Me alegro.

Sara frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—Sí, solo un poco dormido.

—Entonces colgaré, no quiero que pierdas el sueño por mi culpa.

—No importa. —Alberto la interrumpió de nuevo—. Llevo durmiendo ya un buen rato, y tengo toda la noche para hacerlo, prefiero hablar un rato contigo, no hemos podido hablar en todo el día.

Parecía que entre sus palabras se colaba un cierto tono de reproche.

—Ya, bueno, entre el viaje y lo demás apenas he tenido tiempo. He pasado la tarde con Lara y me ha estado enseñando algunas cosas, es un encanto, mucho más simpática aún de lo que me pareció cuando la conocí.

—¿Y tú hermano?

—Con nosotras.

—Has dicho que has pasado la tarde con Lara.

Sara miró al mar que rugía frente a ella, sonrió, seguía fascinándola tanto como el primer día que lo vio.

—Sí, Damián se tuvo que ir.

—Vaya... pensé que habías ido para estar con él.

Ella suspiró con suavidad.

—Tuvo que ir a recoger a alguien, fue solo un rato.

—¿A quién?

Casi parecía que Alberto estuviera sometiéndola a un tercer grado, empezaba a sentirse un tanto incómoda, además hubiera preferido no tener que mencionarlo, al menos no de momento.

—A David.

El silencio al otro lado fue demasiado largo, finalmente ella tuvo que volver a hablar.

—¿Hola?

—Sí. —Él parecía aún más distante que antes.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo me sorprende que ese chico este ahí, no me dijiste que fuera a ir...

—No lo sabía. —Esta vez fue Sara quien lo interrumpió.

—Ya...claro. La verdad es que siempre está en todas partes, casi parece como si fuera de tu familia.

Sara no dijo nada. Pese a que nunca le había contado a Alberto nada sobre

su pasada relación con David, parecía que él lo intuía de alguna manera. En ocasiones hacía comentarios un poco ofensivos hacia él, como si tratara de desprestigiarlo delante de Sara. Quizá había notado que saltaban chispas entre ellos cuando estaban juntos, era algo bastante evidente.

—Bueno, voy a dormir otra vez.

—Vale. Descansa.

—Buenas noches.

Alberto colgó el teléfono antes de que tuviera tiempo de contestar. Parecía realmente molesto, si ya lo estaba con anterioridad saber que David estaba allí no había hecho más que empeorar las cosas.

Sara se quedó parada, contemplando el mar, le infundía tranquilidad. Hacía solo un par de días, cuando su hermano la llamó para decirle que había comprado un billete de avión para ese mismo fin de semana para ella, a Alberto le había parecido una idea estupenda. Le vendría bien marcharse unos días del barrio, de su casa, y ver a su hermano, pero cuando fueron pasando las horas y ella no le propuso acompañarla, la actitud de Alberto comenzó a cambiar. Empezó a lanzarle algunas indirectas sobre lo mucho que le gustaría volver a Barcelona, solo había estado una vez de niño con sus padres, tenían un poder adquisitivo bastante alto y gracias a eso había recorrido casi toda España y gran parte de Europa, pero Sara no le siguió el juego. Damián la había invitado solo a ella, incluso había pagado su billete y lo cierto era que le apetecía hacer ese viaje sola, nunca había ido a ningún sitio y deseaba emprender esa aventura sola. Al final, esa tarde cuando la acompañó al aeropuerto, parecía bastante molesto. Quizá ahora pensaba que el motivo por el que ella no quería llevarlo a Barcelona era David...

—Vas a llenarte de arena.

Pensaba justo en él cuando llegó a su lado, parecía que podía leer su pensamiento. Giró y sonrió. David también lo hacía, tenía las manos en los bolsillos de su chaqueta. Se colocó junto a ella, frente al mar y ambos lo observaron en silencio.

—Estaba hablando con Alberto —dijo sin saber demasiado bien por qué y en enseguida se arrepintió de ello.

—Ah, claro, ¿cómo está? —David habló con el mismo tono tranquilo y risueño, como si no le importara en absoluto que ella acabara de hablar con

su novio.

—Bien. Todo está bien. —De pronto sintió que estaba mintiendo—. Sigue trabajando tanto como siempre —añadió.

David tardó unos instantes en responder.

—¿Por eso no ha venido contigo?

—No trabaja los fines de semana.

—¿Entonces?

Ella acarició sus brazos, comenzaba a tener frío con su gabardina de color caramelo.

—Damián solo compró un billete para mí.

David no dijo nada.

Al ver las olas que rompían contra la orilla y que parecían tratar de alcanzarlos, al escuchar el arrullo del agua y recordar cómo se pegaba en la piel, al mirar hacia arriba y ver unas pocas estrellas brillando en el firmamento, sintió que por un instante volvía a Valencia, a la noche más mágica que había vivido en su vida.

Miró a su lado, la compañía era la misma y, aunque habían transcurrido más de dos años, en realidad el tiempo parecía haberse detenido en esa playa medio perdida.

Había bastantes personas cerca de ellos, en la misma arena, otros hablaban a voces fuera y dentro del bar, se escuchaba atronadora la música, las luces brillaban con potencia, pero aun así, se sentía como en aquella ocasión.

Miró a David que contemplaba el horizonte ensimismado, sus ojos parecían más negros que de costumbre.

—Aún guardo la foto que nos hicimos en la terraza de ese bar. —Sara lo dijo casi para sí misma.

—Yo el dibujo que me diste el día que me fui. —Pareció sonreír—. Suelo mirarlo de vez en cuando. Es el regalo más bonito que nadie me ha hecho nunca.

Sara lo miró, David seguía mirando al frente. Tuvo el deseo de abalanzarse a sus brazos. Saber que él seguía mirando el papel que le entregó dos años y casi cuatro meses antes, donde ambos estaban retratados en carboncillo —el dibujo estaba basado en la misma fotografía que ella acababa de mencionar—, hizo que se sintiera encandilada. Eso y que el alcohol corría por sus venas

y calentaba su sangre.

Dio, como si estuviera hipnotizada, un paso hacia él, pero David retrocedió a la vez.

—Vamos dentro, hace frío.

Y dicho eso, giró y empezó a andar hacia el paseo.

CAPÍTULO 43

Mientras caminaba en dirección a la discoteca tuvo que morder con fuerza su labio inferior, casi estuvo a punto de hacerlo sangrar. Sabía que si se quedaba un solo minuto más al lado de Sara sería incapaz de resistirse a ella. Seguía siendo la chica que lo podía hacer caer, la única que lo debilitaba, su perdición. Aunque el deseo siguiera siendo tan fuerte como el primer día, cada vez tenía más y más claro que no volvería a intentar nada con ella. Su relación con Sara era demasiado complicada, al final solo conseguía hacerle daño. Tenerla un día y perderla al siguiente era demasiado duro, ya no podía con eso. Prefería aceptar de una vez por todas que Sara pertenecía a otra persona y que su relación formaba tan solo parte del pasado. Era lo mejor para todos.

El taxi los dejó a escasos metros del portal. Damián salió del interior riendo a carcajadas, balbuceaba e incluso estuvo a punto de caer. David lo sostuvo del brazo, tampoco podía contener la risa.

—Estoy bien. —Damián se sacudió la chaqueta y trató de mostrarse sereno, pero la risa le restaba credibilidad.

Lara salió del asiento trasero de la mano de Sara, las chicas también reían suavemente.

—Silencio, es muy tarde. —La mayor trataba de mostrar un poco de cordura, pero le resultaba tan difícil como a los demás.

Cuando el coche se alejó comenzaron a caminar hacia el portal.

—Creo que he perdido las llaves. —Damián se tocaba el bolsillo trasero del pantalón—. No las encuentro. —Adquirió un tono serio y su semblante cambió, aunque era bastante cómico verlo porque se tambaleaba de un lado a otro.

—Las guardé en mi bolso. —Lara se aproximó hacia la puerta y trató de introducir la llave en la cerradura, pero su pulso también temblaba y no atinaba.

David se colocó entre ellos, sin dejar de proferir suaves risotadas tomó el control de la situación.

—Ya está.

Cedió el paso a la pareja y a Sara que sonreía sin parar, como si la sonrisa se hubiera pegado a su rostro, le gustaba verla así.

Se montaron en el ascensor tratando de contener la risa y el tono de voz y al fin llegaron hasta el tercer piso. Le indicaron la puerta correspondiente a David y fue él de nuevo el encargado de abrirla.

Al entrar, se encontró con la sala de estar, era bastante amplia, de ella emergía un pasillo que conducía a las habitaciones.

—No sé si os lo he dicho, pero solo tengo dos habitaciones. —Damián se sujetó de la pared y alzó una mano en alto.

David miró a Sara, ambos habían dejado de sonreír.

—Tranquilos, el sofá es cama. Podemos abrirlo en un momento. —Lara caminó hacia él dando pequeños tumbos.

—Yo dormiré ahí, no me importa —dijo David.

—A mí tampoco me importa.

Miró a Sara y negó con la cabeza.

—La cama de la segunda habitación también es un sofá, la verdad... —Damián comenzó a reír de nuevo.

Su hermana se acercó a él y lo cogió del brazo.

—Bueno, da igual, con la hora que es creo que podría dormir en cualquier sitio.

Desaparecieron por el pasillo y él se quedó solo con Lara. La chica cogía unas sábanas que había en el canapé del sofá y se disponía a vestirlo.

—Espera, te ayudo. —David se colocó frente a ella.

Unos minutos después, Lara se encaminó a su habitación, no sin antes desearle buenas noches y darle un sonoro beso en la mejilla.

—Me alegro muchísimo de que hayáis venido. —Su voz seguía siendo tan dulce como siempre a pesar de que estaba ebria.

—Yo también. —David correspondió su beso y se quedó mirándola

mientras se marchaba por el pasillo, sujetándose con disimulo de las paredes.

Sonrió y se dispuso a encontrar el cuarto de baño. Lo encontró deprisa. Era la segunda puerta a la derecha. Mientras caminaba hacia él tuvo un flash. Su mochila estaba en el coche de Damián y el coche había quedado cerca del puerto. Lo habían dejado allí y habían vuelto en taxi.

—Mierda —susurró.

—¿Qué pasa?

Una voz lo asustó. Dio un pequeño respingo que pareció asustar a su vez a la otra persona, que también dio un saltito. Al mirarla vio a Sara. Empezaron a reír.

—Qué susto me has dado —dijo aún riendo.

Ella se llevó un dedo a los labios.

—Shh, calla, mi hermano ya está dormido. Ha caído a plomo en la cama. — Ella susurraba y reía a la vez, estaba encantadora.

Se quedó embelesado mirándola.

—Bueno, voy a lavarme los dientes. —Ella dejó de sonreír y alzó en alto un cepillo que sostenía entre los dedos.

—Yo no puedo hacerlo, me he dejado todo en el coche. —David resopló.

—Espera, tengo uno de sobra.

Ella se marchó y volvió a los pocos escasos minutos portando un cepillo de color verde dentro de una caja de plástico.

—Los compré hoy y venían dos —dijo encogiéndose de hombros.

—Qué bien. —David alargó la mano y al cogerlo rozó la de Sara. Ambos se miraron.

—Bueno... —Ella entró al servicio y cerró la puerta.

David se quedó esperando al otro lado. Cuando apareció de nuevo estaba vestida con un pijama de raso de color blanco, tenía unas pequeñas flores negras bordeando el pecho, le quedaba tan bien que estuvo seguro de que se quedó mirándola, embelesado, durante un instante. Estaba un poco despeinada y se había desprendido de todo resto de maquillaje, ahora era Sara.

Sonrió estúpidamente mientras ella caminaba de regreso a su habitación.

—Buenas noches. —La escuchó decir, y antes de tener tiempo a contestar escuchó la puerta cerrarse.

Aquella noche le costaría conciliar el sueño, soñaría con flores negras y pijamas blancos.

CAPÍTULO 44

Sara abrió los ojos. Sentía una punzada en la cabeza y la boca completamente seca, tenía una sed espantosa. Miró la pantalla de su móvil, eran poco más de las nueve de la mañana, apenas había dormido tres horas. La casa estaba en absoluto silencio, ese día todos se levantarían tarde, sin duda. Giró y trató de volver a conciliar el sueño, pero le resultaba imposible. Lanzó una maldición, detestaba tener que levantarse en mitad del sueño, el paseo hasta la cocina era corto, pero le daba mucha pereza tener que abandonar el calor de la cama. Supo que si no bebía agua no podría dormirse. así que se levantó perezosamente del sofá cama. Caminó descalza y el frío del suelo hizo que se despertara un poco. En pocos metros estaba en la sala de estar, tenía que pasar por ella para acceder a la cocina. Trató de pasar de largo y no fijarse en el bulto que había a la derecha, junto a la ventana, pero no pudo hacerlo. Su mirada se fue sola.

David dormía profundamente. Se había desarropado y su cuerpo estaba al descubierto, tan solo vestido por un bóxer de color negro con una fina tira de color blanco y en ella, unas letras. Sara se quedó mirándolo casi boquiabierta, había olvidado lo bonito que era su torso desnudo. Podía ver el tatuaje que llegaba hasta el hombro. Suspiró, sin darse cuenta. En realidad no había olvidado ese torso en absoluto, era incapaz de hacerlo.

Él se movió un poco, como si se supiera observado. Ella estuvo a punto de salir corriendo, lo único que faltaba es que se despertara y la descubriera contemplándolo fijamente, porque eso es lo que estaba haciendo, contemplarlo.

Sara se obligó a apartar la mirada y se dirigió a la cocina, buscó en los armarios un vaso, aún no sabía dónde guardaba las cosas su hermano, y bebió

un largo trago. A sabiendas de que tenía que volver a pasar junto a David, aceleró el paso y esta vez consiguió no mirarlo. Antes de que pudiera darse cuenta estaba de nuevo en la cama. Allí se sentía a salvo.

La voz de su hermano la despertó. Eran las doce y veinte. Le hubiera gustado poder dormir un poco más, pero no quería perder más tiempo entre las sábanas. Barcelona los esperaba y ella quería aprovechar el tiempo.

Se vistió con un pantalón vaquero y un jersey rosa y salió a la sala de estar. David, Lara y Damián estaban sentados en el sofá, ya recogido, y tomaban café.

—Buenos días — dijo, tenía la voz bastante ronca.

—Hola, hermanita. —Damián la miró, tenía los ojos un poco hinchados, pero seguía conservando la misma sonrisa que lo acompañó durante todo el día anterior.

—Buenos días, Sara. ¿Cómo has dormido? —Lara, tan atenta como siempre, se levantó enseguida y se dirigió a ella.

—Bien. —Asintió mientras la chica le servía café con leche en una gran taza blanca.

Miró a David, la miraba sonriente mientras sujetaba una taza entre las manos. Menos mal que se había vestido.

—Chicos, decirme dónde os gustaría ir.

Lara se situó frente a ellos.

—Hoy seré vuestra guía turística, así que decirme qué os gustaría conocer de Barcelona.

Sara bebió un sorbo de su café.

—A mí me gustaría ver algún edificio de Gaudí. —Apenas conocía algo del arquitecto catalán, pero en una ocasión, en una clase de pintura, le habían hablado de él y le habían mostrado alguno de sus trabajos, que le fascinaron.

—Perfecto. —Lara miró a los chicos—. David sé que tú ya conoces algo de la ciudad, así que iremos viendo sobre la marcha. —Dio una fuerte palmada—. Así que chicos, deberíamos ir arreglándonos, hay mucho por ver y poco tiempo para hacerlo.

Sara sonrió, enseguida pudo ver en ella esos dotes comerciales que tanto necesitaba para su trabajo. Era comercial de productos de peluquería y sin duda debía ser buena en su trabajo, la mejor.

La mañana fue inmejorable. Visitaron la Sagrada Familia y el edificio Milá, tal y como Sara había pedido, y por supuesto acabaron su recorrido en las emblemáticas ramblas.

Aunque estaban algo cansados, el día anterior había sido bastante largo, y la caminata del sábado no estaba ayudando, Sara se sentía bien, mejor que eso, estaba pletórica. Después de lo acontecido en los últimos meses necesitaba algo así, además ella que apenas había viajado, se maravillaba con todo lo que veía.

—No puedo más, necesito una birra. —Su hermano se sentó en una de las terrazas que había a lo largo y ancho de las ramblas.

El tiempo seguía acompañándolos y las temperaturas eran tan suaves que aún se podía disfrutar del sol.

—Yo también. —David lo siguió y ellas fueron enseguida.

Sería un buen momento para comer algo y descansar un poco las piernas.

Miró el teléfono móvil. No había recibido ningún mensaje ni ninguna llamada de Alberto, lo cierto era que ella tampoco le había escrito ni llamado a él. Supuso que debía seguir molesto. Lo que sí recibió fue un mensaje de Sandra, su amiga siempre estaba atenta a todo.

“Guapa, ¿qué tal por Barcelona? Yo he venido a pasar el finde a casa de mi madre, así estamos acompañadas”.

Al mirarlo se dio cuenta de que no le había contado la última novedad, que David también estaba allí. Procedió a escribirla rápidamente.

“Pues genial, ayer nos lo pasamos súper bien y hoy estamos viendo algunos sitios, es todo precioso, te encantaría. Pero no vas a creerte lo que ha pasado”.

“Cuenta, cuenta”.

“¡David también está aquí!”.

Su amiga le respondió con una cara de sorpresa. Ella lanzó una risotada.

“Si, así mismo me quedé yo ayer. Mi hermano lo ha invitado a él también”.

“¿Así que era una especie de sorpresa o algo así?”.

Sara dudó unos segundos.

“La verdad es que no le he preguntado, pero es un poco raro que nos haya invitado a los dos sin decirnos nada... David tampoco lo sabía. ¡Se quedó con una cara cuando me vio!”.

“¿Qué cara? ¿Esa de tonto que se le pone cuando te mira?”.

Sara contuvo una sonrisa.

“Cara de sorpresa total, imagínate”.

“Solo puedo decirte que lo disfrutes mucho Sara, te lo mereces, y una cosa, piensa que a veces las cosas pasan por algo”.

“¿Qué quieres decir con eso?”.

Mandó el mensaje, pero su amiga no le respondió. Insistió, pero no obtuvo respuesta. Sandra se había desconectado.

Varias horas después, las palabras de su amiga seguían resonando con fuerza en su cabeza. Podía suponer lo que había intentado insinuar, pero le costaba creerlo. Sandra se llevaba bien con Alberto, siempre habían tenido buena relación. ¿Era posible de verdad que su amiga le estuviera insinuando que quizá David estaba allí por algo?

Intentó dejar de darle vueltas a eso y trató de disfrutar del momento.

CAPÍTULO 45

David salió de la ducha y cubrió su desnudez con una toalla azul. Tenía las piernas cansadas, pero sabía que el día aún no había acabado, de alguna forma suponía que no había hecho más que empezar.

Buscó en su mochila, la había recuperado cuando fueron en busca del coche de Damián, y escogió la camisa negra de manga corta que tanto le gustaba. Como suponía, se había arrugado más de la cuenta. La estiró con las manos y se contempló en el espejo. Tendría que valer.

La noche se había abierto camino hacía largo rato sobre la ciudad. pero ahora era cuando comenzaba de verdad. Pensó por un momento en todos los sábados por la noche que se había encontrado en una situación parecida, contemplándose delante del espejo, antes de salir y entregarse a la fiesta nocturna, y sonrió. Esa noche Barcelona sería suya.

Miró una vez más a las dos chicas que apoyadas en la barra lo miraban con disimulo. Sonrió. Por su apariencia física se hubiera aventurado a decir que eran inglesas o tal vez alemanas. Ambas eran tan rubias que su pelo casi parecía blanco y su tez muy pálida.

Se colocó de espaldas a ellas y de repente tuvo a Sara de frente. Quizá se equivocaba, pero parecía un poco molesta frente a las constantes miradas de esas chicas. David sonrió interiormente. Cuando Sara se supo observada, apartó enseguida la vista y la dirigió hacia un lugar de la pista.

Pese a que llevaban todo el día juntos, apenas habían cruzado más de dos palabras. A él le seguía resultando extraño e incluso un tanto incómodo tenerla tan cerca.

—Espero que no os importara que os invitara a los dos a la vez. —Damián lo miraba inocentemente, como si no hubiera roto un plato en la vida, incluso

casi parecía creíble.

David sonrió.

—Pensé que si os decía que vinierais los dos no ibais a querer.

—Da igual. —Mintió.

Lo cierto era que en el fondo sabía que no lograría engañar a su amigo, lo conocía demasiado bien, hasta el punto de que en ocasiones hasta sabía lo que estaba pensando.

—Me hacía mucha ilusión que pudierais venir los dos. —Damián se encogió de hombros, como tratando de justificarse.

—Podías haberme dicho que venía. —David se sinceró al fin.

—¿Hubieras venido?

No contestó, no conocía la respuesta.

—Vamos a bailar. —Lara cogió a Damián de las manos y se lo arrebató.

Se dio cuenta de que se había quedado solo. Sara se encontraba a varios metros, se contoneaba al ritmo de la música despacio, de una forma que a él siempre le había parecido tremendamente sensual. Desoyendo a su cabeza, se dirigió a ella. Sara no se movió, seguía atenta cada uno de sus pasos. Ahora estaban uno frente al otro, apenas un par de metros los separaban. David comenzó a moverse despacio, al ritmo de sus caderas. Ella parecía seguirle el juego, seguía contoneándose y lo miraba fijamente a los ojos. Él también sabía jugar a ese juego, en realidad él había inventado ese juego.

David dio un paso más. Ahora Sara estaba tan cerca que podía sentirla. La tomó de la mano y la obligó a que se diera la vuelta. La espalda de ella quedó pegada a él. Le sorprendió que ella siguiera moviéndose despacio, ahora tan próxima a él. David se acercó a su oído y susurró la frase de la canción.

—Si me dejas yo te llevaré al cielo.

Pensó que sería demasiado y que ella se apartaría, pero no lo hizo, por el contrario pareció relajar todo su cuerpo y entregarse a él.

David sintió que el deseo lo invadía, se dio cuenta de que se había excitado.

CAPÍTULO 46

Adoraba esa canción, aunque no era su estilo de música favorito, lo cierto era que esa canción en concreto le gustaba de verdad. La mezcla de sonidos electrónicos, latinos e incluso a flamencados creaban una combinación interesante. Pero si de algo tenía duda era que a partir de ese día la canción le gustaría más aún.

David estaba pegado a ella, podía sentirla en todo su esplendor contra su espalda. Cuando susurró en su oído se creyó morir. No podía imaginarse un momento más sensual que ese, dudaba que alguna vez en su vida hubiera tenido uno mejor.

Podía sentir sus manos rodeando su cintura, David podía conseguir que ese simple gesto fuera la cosa más sexual del mundo. Sara cerró los ojos, se dejó llevar tan solo por la música que lo envolvía todo y movió sus caderas al suave ritmo, David seguía sus pasos, nunca antes había bailado con él, pero ahora que lo hacían se daba cuenta de lo compenetrados que estaban, casi parecían una pareja de baile profesional. Estaba segura de que jamás encontraría un compañero de baile tan sensual como él.

Estaba a punto de enloquecer cuando la canción terminó. De pronto fue consciente de la situación y lo agradeció. Se había dejado llevar por el calor del momento y la situación se había vuelto demasiado íntima en un segundo.

Pudo sentir como David se apartaba y se sintió incapaz de girar y mirarlo.

—Voy un momento a la calle.

Él habló desde cerca, pero al menos esta vez no lo hizo en su oído, menos mal, no estaba segura de que pudiera resistirse una vez más a un susurro suyo.

Solo cuando supo que él ya no estaba, giró. Se había quedado sola en medio

de la pista de baile. Miró alrededor un tanto sobresaltada y vio a Damián bailando con Lara a una distancia lo suficientemente grande como para saber con certeza que no los habían visto. Se sintió agradecida por eso.

David tardó unos minutos en volver. Al principio tuvo la tentación de marcharse tras él, pero logró serenarse, ambos sabían lo que sucedería si en ese momento lo seguía a la calle.

—Ya casi iba a ir a buscarte.

Escuchó a su hermano hablar y al girar comprobó que lo hacía con David. Él sonrió y la miró a ella directamente.

—He salido a tomar el aire. Hacía demasiado calor aquí dentro.

Ella sintió que se ruborizaba y apartó la mirada enseguida.

El resto de la velada transcurrió de forma mucho más tranquila. Se mantuvo alejada de él a propósito, si no se equivocaba David hacía lo mismo, parecía más interesado en bailar con Lara que en volver a hacerlo con ella.

En el siguiente local fue más fácil resistir la tentación pues la música electrónica no concedía la posibilidad de bailar de forma tan sensual.

Se estaba divirtiendo tanto que estaba segura de que al día siguiente apenas conservaría un hilo de voz. Hablaba y reía sin parar. Cuando salieron a la calle, los sorprendió descubrir que la noche comenzaba a debilitarse, a lo lejos casi podían adivinarse los primeros rayos de sol. Sara se sentó en un banco del paseo marítimo. Pese a todo no estaba cansada, tenía energía suficiente para aguantar todo lo que fuese necesario, quería exprimir las últimas horas en Barcelona al máximo.

—¿Dónde podemos ir ahora? —preguntó risueña.

—¡Pero si son casi las siete! —Lara se sentó a su lado y se quitó las botas altas de tacón que debían pesarle ya como bloques de cemento.

—Me apetece comer algo. —Su hermano miró alrededor—. ¿A alguien más le apetece que desayunemos?

Sara alzó una mano en alto y los demás lo respaldaron.

Cogieron un dulce en un bar que parecía haber abierto hacía escasos minutos. Una vez en el interior, Sara descubrió que necesitaba ir al baño con urgencia. David fue tras ella. A él debía haberle sucedido lo mismo.

Cuando volvió al bar lo vio solo, sentado en la barra.

—¿Y Damián? ¿Y Lara?

Él se encogió de hombros.

—Cuando salí del baño ya no estaban. —Se puso de pie—. El camarero me dijo que se han ido, pero no puede ser, yo creo que...

El sonido de su teléfono móvil lo interrumpió. Lo miró un segundo y alzó la vista hacia Sara, su expresión había cambiado.

—No puedo creerlo —susurró.

—¿Qué? —preguntó Sara un tanto preocupada.

—Se han ido.

—¿Cómo?

No podía creerlo, los habían dejado solos.

—Tendrían prisa por volver a casa. —David se encogió de hombros.

Sara lo siguió hacia la calle, aún sin poder creerlo. Se dio cuenta de que David volvía hacia el paseo marítimo.

—¿Dónde vas?

—Me apetece sentarme un rato.

Ella lo siguió, aún anonadada. Él se sentó sobre el poyete del paseo y miró hacia la playa. Hacía frío.

—Ya que nos han dejado podemos ver el amanecer.

A Sara no dejaba de sorprenderle la tranquilidad que él mostraba siempre ante todo, estaba a punto de recriminarle su actitud cuando observó el horizonte. El sol comenzaba a abrirse camino. Se sintió embargada por lo precioso de la imagen y se sentó en silencio junto a él.

Contempló extasiada la grandiosidad del momento. Nunca antes había visto el amanecer en la playa y era sin duda un espectáculo digno de ver y de admirar. Pese al frío que tenía y que trataba de colarse hasta sus huesos, merecía la pena. Acarició sus brazos y de pronto sintió que David la rodeaba a través de los hombros. Siguió mirando al frente sin decir nada, como si eso fuese lo más natural del mundo. Lejos de sentirse incomodada, sentir el calor que él emanaba, la reconfortaba. Al fin y al cabo lo había sentido en tantas ocasiones que ya era como parte de ella.

De repente una frase cruzó por su mente, como una premonición: “Sé feliz siempre Sara. Si tienes que tomar decisiones difíciles para serlo, hazlo, y se valiente, como siempre lo has sido”.

CAPÍTULO 47

Al ver que ella acariciaba sus brazos, como clara muestra de que tenía frío, siguió instintivamente su impulso y la abrazó, sin pensarlo un segundo. A Sara no pareció molestarle, incluso pareció rendirse bajo sus brazos.

Pese a que trataba de mostrarse indiferente, llevaba haciéndolo todo el fin de semana, lo cierto era que se moría de ganas de besar sus labios. Tenerlos tan cerca y no poder rozarlos era la peor tortura que podían ejercerle.

La miró de reojo. Ella miraba el amanecer y tenía esa expresión de niña emocionada que mostraba cuando algo le gustaba de verdad. David sonrió. Le gustaba esa parte de su inocencia, la única parte que demostraba lo joven que era verdadera, en el fondo no dejaba de ser una niña.

Sara apartó la vista del horizonte y lo miró. Él la imitó y de repente se encontró de frente con esos ojos azules que eran capaces de ensombrecer el mejor amanecer del mundo. Se acercó despacio y ella no se movió. Tomó eso como una invitación y llegó hasta sus labios. Al rozarlos noto como todo su cuerpo se relajaba. Sara era mágica.

De camino a casa en el taxi no se dijeron ni una palabra. David supo en el momento en que la besó que el arrepentimiento no tardaría en llegar y apenas había transcurrido tiempo y ya empezaba a sentirlo tratando de abrirse hueco en su interior. Adoraba besarla, le gustaba más que nada en el mundo, pero sabía que eso no hacía más que incrementar el deseo por estar con ella, un anhelo que tenía que erradicar de una vez por todas.

Cuando llegaron al apartamento Sara seguía en silencio, parecía sumida en sus pensamientos y no quiso irrumpir en ellos. Temió que no volviera a dirigirle la palabra, pero antes de marcharse a su habitación se situó frente a él.

—Me ha gustado volver a verte. —Y después de decirlo lo besó dulcemente en los labios.

David la vio marcharse sin poder decir nada. A la mañana siguiente, cuando despertó, Sara se había marchado.

CAPÍTULO 48

El lunes la descubrió despierta en la cama, tumbada, incapaz de conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en el fin de semana y en todo lo que había sucedido. Los ojos de David seguían observándola en todas partes, como si aguardaran tras cada esquina, acechándola.

Sandra dormía a su lado en la cama, era pequeña y apenas tenían espacio para las dos, pero se resistía a dormir en la habitación de Damián, pensaba que era lo mejor para Sara, al menos durante los primeros días, así estaría a su lado en caso de que se sintiera mal, o la necesitara, aunque fuera en mitad de la noche.

Cuando llegó a Madrid, su amiga la recogió en el aeropuerto y la avasalló a preguntas, sobre todo relacionadas con David, pero Sara estaba agotada, no tenía ganas de hablar y se limitó a contestar con respuestas cortas e inconclusas. Aún no se había atrevido a contarle lo sucedido con él, y no sabía si se atrevería a hacerlo en algún momento. Quizá lo mejor era que no lo supiera nadie, así la traición parecía menor, y las posibilidades de que Alberto se enterara, también.

Intentó darse vuelta, pero el cuerpo de su amiga se lo impedía, finalmente se levantó de la cama y se dirigió a la habitación de su hermano, estaba incómoda compartiendo una cama tan pequeña. Se tumbó en ella y aspiró el olor que se colaba entre ellas, su hermano las había impregnado hacía solo un par de semanas y aún seguían conservándolo. Sara se sintió a gusto, protegida. Cerró los ojos y se quedó dormida con una sonrisa en los labios.

A la mañana siguiente, se encaminó hacia el vestuario con un café frío y un dulce. Se sentó en el banco de madera que había en medio de la sala, se disponía a desayunar cuando la puerta se abrió de golpe y se cerró con

violencia. Sandra apareció al otro lado. Se había peinado con una cola de caballo tan alta que el peinado parecía más propio de los años ochenta que de 2017.

—Buenos días. —Se quitaba su chaqueta roja con parches metálicos mientras mostraba una leve sonrisa, aún tenía los ojos un poco hinchados, parecía adormilada.

Sara sonrió. Ella ya llevaba trabajando un par de horas, el turno de su amiga siempre empezaba más tarde, poco antes de que el supermercado abriera sus puertas a la clientela.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Sandra mientras abría su taquilla y cogía su uniforme rojo y blanco.

—Bueno, la verdad es que tuve que ir a dormir a la cama de mi hermano. —Sandra le echó una mirada, intentó mostrarse decepcionada o dolida, pero solo consiguió que Sara riera—. ¡Te mueves demasiado!

Su amiga le tiró la chaqueta entre risas.

—Sí, creo que lo mejor será que duerma en la cama de Damián a partir de ahora.

—No importa, tú puedes quedarte mi habitación, yo dormiré allí.

Sandra frunció el ceño.

—Sara, es tu habitación de toda la vida, a mí me da igual una que otra, de verdad.

Sara le dio un sorbo a su café. Ya decidirían quién de las dos se mudaría de habitación, lo cierto era que no le importaba, hasta veía cierto atractivo en ser ella la que ocupara el cuarto de Damián, casi parecería que se había mudado de casa, sería como cambiar de aire, además la habitación de su hermano era un poco más grande y siempre le había gustado.

—Al final no me contaste casi nada de Barcelona, como yo tuve que ir a pasar la tarde con mis tíos y tú estabas cansada... cuando llegué a casa estabas ya medio dormida.

Sara asintió despacio con la cabeza, lo cierto era que no le apetecía en absoluto hablar sobre eso.

—Solo me dijiste que con David bien, pero... ¿sabes qué?, no me lo creo. —Sandra se acercó y se situó frente a ella, de pie, casi como si estuviera sometiéndola a un juicio—. Te conozco Sara y sé que ha pasado algo, no sé,

lo noto en tu cara.

Sara se movió incómoda en el asiento. No dijo nada, su amiga prosiguió con su discurso.

—Sabes que puedes contármelo todo, que pase lo que pase no diré nada, y por supuesto estoy contigo en todo, lo sabes.

Sara se armó de valor y aguantó su mirada durante unos minutos, finalmente rompió el silencio.

—Ya lo sé, Sandra. —Dudó un instante—. La verdad es que si ha pasado algo.

Su amiga se sentó a su lado y abrió con desmesura los ojos, como solicitándole que le contara.

—Ha sido muy raro volver a verlo. No sé, por una parte cuando lo veo sigo sintiendo algo dentro, como si no hubiera pasado el tiempo. Me sigo poniendo tan nerviosa como cuando era pequeña.

Sandra sonrió débilmente.

—Pero por otra parte me siento fatal. No puedo dejar de pensar en Alberto, aunque tampoco puedo dejar de mirarlo...

—Lo entiendo. David ha sido muy importante para ti, te gustaba muchísimo cuando eras pequeña, al final lo conseguiste después de un montón de tiempo y cuando más feliz estabas con él, se fue... Sé que para ti fue difícil, y que lo sigue siendo ahora.

Sara asintió despacio.

—David siempre me ha gustado mucho, creo que es el chico que más me ha gustado en la vida y a veces pienso que... bueno, pues que no lo he olvidado, y que seguramente nunca lo olvidaré.

Sandra tomó su mano sin borrar esa tierna sonrisa. Dejó que su amiga siguiera hablando.

—Cuando lo tengo cerca siento muchas cosas. Me gusta hablar con él y tenerlo al lado, como antes. —Miró al suelo—. El sábado estuvimos en un bar bailando y... fue increíble, nunca me había sentido así con nadie, ni siquiera con Alberto. —Suspiró—. Estaba detrás de mí y yo me moría de ganas de darle un beso. Al final mi hermano y su novia nos dejaron solos y bueno... pasó lo que tenía que pasar. —Se encogió de hombros—. Él me besó y me resultó imposible resistirme.

Sandra resopló y relajó los hombros.

—Ya, si a mí David me intentara besar creo que tampoco podría decirle que no, es un bombón. —Sonrió tratando de destensar el ambiente—. Te entiendo Sara, me da pena por Alberto, pero sé lo mucho que te gusta David y lo difícil que tiene que ser para ti tenerlo al lado y no hacer nada con él. —Se acercó cómplice a su oído—. ¿Os acostasteis?

—No.

—Bueno, entonces no es tan malo, un par de besos no son para tanto.

Al ver la expresión de su amiga, comprendió que había algo que se le escapaba, algo que Sara no le había contado. Frunció el ceño y puso los brazos en jarras.

—Exijo una explicación —dijo muy seria.

Sara miró al suelo, incapaz de aguantar su mirada. Todo había sido tan rápido, habían pasado tantas cosas en esos días que ni siquiera le había contado a su mejor amiga lo que sucedió la noche en que su padre falleció. Ahora se sentía preparada para hacerlo, de alguna forma sentía que tenía que quitarse ese peso de encima, que compartirlo con alguien la haría sentirse mejor.

—Cuando vino la otra vez, cuando mi padre estaba tan mal...—Respiró hondo—. Bueno, hubo una tarde que vino al hospital. Damián le pidió que me llevara a casa.

Sandra la miraba con los ojos como platos, con toda su atención.

—Se quedó mientras yo me daba una ducha, y después... estuvimos los dos en el sofá. No sé cómo paso, cuando quise darme cuenta estaba sentada encima de él —Negó imperceptiblemente—. Nos acostamos.

Su amiga abrió los ojos aún más y se llevó una mano a los labios.

—¿Lo sabe Alberto?

—Claro que no. —Sara contestó con brusquedad—. Unas horas más tarde, me llamaron para decirme que mi padre había muerto. Después no tuve la ocasión de decírselo, con el tanatorio, el entierro y todo eso... Sé que ya ha pasado más de un mes y que he tenido tiempo de sobra para contárselo, pero no me atrevo... ¿Y si me deja? —Sintió que se emocionaba—. No quiero quedarme sola Sandra.

Sandra la rodeó con los brazos y susurró en su oído.

—Nunca estarás sola. Lo sabes.

Sara se relajó en los brazos de su amiga.

—Eso sí, creo que tienes que pensar que quieres hacer de verdad.

Se apartó un poco y la miró a los ojos.

—Tienes que pensar si quieres estar con Alberto. Vamos Sara, a ti te hubiera encantado irte con David la otra vez, pero no lo hiciste por tu padre, por tu hermano, pero ahora podrías irte.

Sara comenzó a negar con la cabeza de forma nerviosa.

—No, claro que no —dijo con un hilo de voz.

—¿Por qué no?

—Porque la historia con David es agua pasada, nada más. —Se puso de pie

— Nos hemos acostado una vez en dos años, eso no significa nada.

De repente unos nudillos en la puerta captaron la atención de las dos chicas. Se quedaron automáticamente en silencio. Sara sintió que el corazón le bombeaba deprisa. Había hablado demasiado alto, quien estuviera en la puerta podría haber escuchado perfectamente.

—Chicas, soy Mateo.

Si no se equivocaba, el chico parecía un poco serio, su tono era demasiado suave, para lo que era él, y distante.

—Ya vamos. —Sandra fue en su ayuda. La besó en la mejilla y palmeó su trasero—. Seguro que no te ha oído.

Sara vio cómo se marchaba y aunque intentó pensar que seguramente Sandra tenía razón, no estaba convencida en absoluto. La voz de Mateo había provenido desde dentro del vestuario y era tan pequeño que era imposible mantener secretos dentro de él.

Cuando llegó al exterior vio al chico encaminarse hacia la frutería, al verla apartó la mirada. Sara caminó hacia él. ¿Y si realmente el chico había escuchado su confesión?, era el mejor amigo de Alberto...

—Hola, Mateo ¿Qué tal? —Trató de mostrarse tan cariñosa y risueña como siempre, pero él seguía pareciendo un poco raro. Sonrió, más por cortesía que por otra cosa y se colocó el delantal.

—Bien, ¿Y tú?

Ella asintió con la cabeza y sonrió.

—Bien, un poco cansada.

—Es verdad. ¿Qué tal el finde en Barcelona?

¿Había algo tras esa pregunta o era simplemente una pregunta normal entre amigos?

—Muy bien. Me ha venido muy bien desconectar un poco.

—Me alegro mucho. Yo ayer estuve con Alberto. Él el sábado no salió y ayer salimos a dar una vuelta.

Sara asintió lentamente. Ya lo sabía, la tarde anterior había cruzado un par de mensajes con él para avisarle de que había llegado a Madrid. Se apartó de su compañero pensando en que quizá solo estaba distante con ella porque Alberto le habría contado su enfado del fin de semana... Si, seguramente era eso y nada más.

Sandra se paró frente al escaparate de la zapatería que hacía esquina y señaló con el dedo las botas de caña altas de color negras, tenían un tacón altísimo y finísimo que resaltaba en rojo.

—Son una pasada —dijo casi babeando.

Entró en el interior seguida de Sara que también miraba a todas partes encantada.

Mientras miraba un estante lleno de zapatos de fiesta, sus preferidos, aunque nunca se compraba ningunos porque no iba a sitios tan elegantes donde pudiera lucirlos, Sandra se colocó tras ella

—He estado pensando en una cosa que me has dicho esta mañana.

Sara giró.

—Dijiste que tu hermano y su novia se fueron, no lo entiendo.

—Yo tampoco lo entiendo muy bien. —Siguió mirando los zapatos de forma desinteresada—. Fuimos a un bar y de pronto desaparecieron.

Sandra alzó las cejas.

—¿No lo has pensado?

—¿El qué?

—¿Te acuerdas lo que te dije en el mensaje?

Sara hizo memoria, le había dicho algo similar a que las cosas sucedían por algo. Asintió.

—Está bastante claro.

—¿El qué Sandra? —Empezaba a ponerla nerviosa el secretismo de su amiga.

—Sara, piensa un poco. Tu hermano te invita a su casa el finde, pero resulta que cuando vas también está David. Tu hermano lo ha invitado, pero no te dice nada... y después vais a un bar por la noche y desaparecen, él y su novia... —Sonrió—. Tiene toda la pinta de que quería que os juntarais, Sara.

Ella se quedó parada frente al estante mientras su amiga comenzaba a pasearse por la tienda, como si no hubiera soltado una bomba explosiva. Lo cierto era que ese pensamiento ya había cruzado por su mente un par de veces ese fin de semana, pero le resultaba tan imposible que no podía creerlo. ¿Qué interés iba a tener su hermano en eso?

Negó con la cabeza y miró alrededor. ¿Dónde estaba Sandra?

CAPÍTULO 49

Estaba a punto de quedarse dormido cuando el sonido de un mensaje lo sobresaltó. Abrió los ojos y, un tanto enfurecido, cogió el teléfono que había a su lado en la cama.

“¿Qué tal la vuelta a Valencia?”.

Era Damián. Miró la hora que brillaba a un lado de la pantalla. Eran poco más de las once de la noche. Era temprano, pero él estaba agotado.

“Bien, pero muy cansado, fíjate que ya estoy en la cama”.

“No vales para nada tío, solo hemos salido un poquito”.

David sonrió. Las últimas horas habían sido frenéticas y ese lunes se le había hecho cuesta arriba, además demasiadas emociones juntas acababan con cualquiera

.

“Claro, es que ya no estoy acostumbrado a tanta fiesta”.

“Va a ser eso, aunque también tengo que reconocer que ha sido bastante duro. El sábado llegasteis tarde a casa”.

“Claro, fue un poco difícil saber volver en un sitio que no conocíamos en casi nada”.

Hasta ese momento no habían hablado sobre la desaparición de Damián y Lara el sábado por la noche.

“Pensé que te parecería divertido”.

Su amigo le envió el símbolo de un muñeco guiñando un ojo. Estaba claro que su mensaje escondía un doble sentido.

David dejó el teléfono sobre la mesilla de noche. Cerró los ojos y trató de dormir de nuevo, pero ahora no podía. Su amigo le había inundado la cabeza de extraños pensamientos. Todo había sido un tanto raro y sospechaba que no

era fruto de la casualidad, que realmente Damián no había dejado ni un solo cabo sin atar. Invitarlos a ambos sin decirle nada al otro y después dejarlos solos en mitad de Barcelona, con el amanecer llamando a su puerta, frente al mar. Casi parecía que lo había hecho a propósito para tratar de unirlos. ¿Era posible que Damián estuviera intentando juntarlo de nuevo con Sara?

Meneó la cabeza. Eso era imposible. Además Sara tenía novio, Damián lo conocía y, aunque su relación parecía bastante escasa, también parecía buena, al menos cordial. Y si él era realista y olvidaba por un momento su reticencia hacia ese chico, tenía que reconocer que parecía bueno y que parecía tratar bien a Sara. Eso sería suficiente para cualquier hermano, ¿no?

—Adiós. —Se despidió y colgó el teléfono.

Se quedó un rato parado, mirando al móvil, como si esperara una respuesta por su parte, o quizá un empujón, que era lo que realmente necesitaba en ese momento.

Acababa de recibir una llamada de la agencia inmobiliaria que había visitado en Madrid, había dejado el tema del alquiler en sus manos, de momento la opción de venderlo había quedado descartada, le resultaba demasiado difícil desprenderse de ese piso de forma tan radical, pero necesitaban que se pasara por la oficina lo antes posible para realizar algunos trámites. David se sentó en el sofá y apretó los dientes. Al final quizá no había sido tan buena idea lo del alquiler.

No tenía ninguna intención de volver a Madrid, al menos de momento. Se pasó la mano por el cabello, revolviéndolo, como hacía siempre que se ponía nervioso. Al día siguiente era viernes, podía coger el coche, una vez más, y estar en Madrid por la noche. La agencia abría el sábado por la mañana, podía hacer lo que fuera y estar de vuelta por la tarde. Si tenía que ir, quería que al menos el viaje fuera lo más corto posible.

No se sentía con ánimo ni ganas de estar de nuevo en su barrio. Cada vez que estaba allí demasiadas emociones y sentimientos se apoderaban de él. En ocasiones tantas que le abrumaban. No le apetecía volver a sentirse solo en el interior de ese apartamento, ni dormir solo entre esas sábanas que parecían estar siempre frías.

Se encaminó hacia la cama y se tumbó en ella con el móvil aún en las manos. Se mordió la uña del dedo meñique mientras su mente funcionaba a

mil por hora.

Cuando despertó la decisión ya había fraguado en su mente. Sabía que era lo que tenía que hacer, quisiera o no. Toda acción tenía sus consecuencias y si quería alquilar el piso, sin duda tendría que encargarse de algunas cosas.

—Hola. —Rubén estaba tras el mostrador, atendiendo a un cliente.

Eran casi las doce del mediodía. Ese día su turno sería de doce a ocho. Caminó hacia el almacén y apenas había entrado en él cuando unos pasos llamaron su atención, giró y vio a Rubén sonriendo efusivamente.

—¿Qué pasa? ¿Has ligado o algo así, no? —preguntó David.

El chico lanzó una carcajada.

—Casi mejor que eso. —Rubén dudó un segundo—. Bueno, depende. —Sonrió—. No vas a creer lo que ha pasado. —Parecía realmente emocionado.

David arqueó las cejas.

—Solo te diré que a partir de ahora creo que será aún más divertido venir a trabajar.

—¿Tu tío nos va a pagar más?

—¡Pero si a ti te paga muy bien por las ventas que haces! —vociferó Rubén—. Ha despedido a Álvaro.

David abrió ligeramente los labios, un segundo después una sonrisa asomó a ellos.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que se ha cansado de él. El otro día tuvieron una bronca porque vendió mal un espejo y encima lo negaba una y otra vez.

—Si bueno, eso es lo que hacía siempre.

—Ya, pero esta vez se ha pasado. —Rubén se encogió de hombros—. Mi tío se ha hartado.

—¿Y ahora vamos a ser menos?, eso no es bueno para nosotros.

—Tranquilo, que todo seguirá como siempre. A las dos viene un colega mío que esta sin curro. Creo que se le puede dar bien, tiene mucha labia y eso.

David asintió, si era amigo suyo sin duda tenía que ser un chico extrovertido y alegre, podría ser bueno para la tienda, pero sobre todo para ellos. El día empezaba bien, pero muy bien.

—He pensado esperarlo tomando algo hasta que salga a las diez, veinte, así le conoces mejor. —Rubén consultó el reloj—. Te va a caer muy bien, ya

verás.

Le parecía una buena idea, y sin duda habría aceptado la propuesta si no fuera por...

—No puedo. — Resopló —. Tengo que ir a Madrid.

—¿Otra vez?

—Ya ves. —Se encogió de hombros—. Como puse el piso en alquiler, bueno, estoy en ello, tengo que ir a mirar unos papeles y esas cosas, un coñazo vamos. —De repente se le ocurrió una idea— ¿Por qué no te vienes conmigo?

A Rubén se le iluminaron los ojos un segundo, pero enseguida su expresión se tornó.

—Estaría genial... pero no puedo. —Resopló—. He quedado en ayudar a un colega mañana con una mudanza, me libraría, pero lo conozco de toda la vida y...

—Da igual. —David sonrió—. Puedes venir cualquier otro finde. Seguramente ahora tendré que ir bastante a menudo.

—Chicos, hay clientes afuera. —La voz grave de Ramón inundó todo el almacén.

Se quitó la chaqueta y se dispuso a empezar su jornada laboral. Tenía ganas de que fueran las dos y conocer a ese nuevo compañero.

El día pasó deprisa, tanto que cuando fueron las ocho de la noche apenas lo notó. En cuestión de clientes fue como un viernes normal, pero la nueva incorporación lo había mantenido más que ocupado. Rafa, el nuevo chico, tenía desparpajo, era rápido y avispado, sería un buen vendedor, pero no conocía nada del funcionamiento de la tienda y tanto David como Rubén habían tenido que enseñarle todo lo que sabían. Pese a todo, el día había merecido la pena. La nueva adquisición pintaba bien, hasta Ramón había sonreído en un par de ocasiones al chico, y podía convertirse enseguida en un nuevo amigo para David. Sin duda el chico parecía bastante dispuesto a eso.

Cuando abandonó la tienda, el viento se había adueñado de la ciudad y la impregnaba de sal. Se sentía un poco cansado, le hubiera gustado poder ir a uno de esos bares del puerto que tanto le gustaban y tomar tranquilamente una cerveza, pero tenía que emprender el largo viaje. Quería quitárselo del medio lo antes posible, cuando antes llegara antes se relajaría. Además la

inmobiliaria cerraba a la una de la tarde del sábado, tenía poco margen.

Se dirigió a casa con el coche y cogió la pequeña mochila negra que últimamente lo acompañaba a menudo, y a Bruno, que como siempre, parecía no haberlo visto en varios años. Lo recibió con la misma alegría e efusividad de cada día, esa que hacía que David se sintiera tan especial. Sin duda nadie en el mundo te recibía con la misma ilusión que un perro.

Cuando salió hacia Madrid eran más de las nueve de la noche. Suspiró y subió el volumen de los altavoces para que la música electrónica lo invadiera todo y lo mantuviera despierto todo el camino.

Cuando consiguió aparcar el coche, siempre era difícil hacerlo en esa zona, era casi la una de la madrugada. Había tenido un buen viaje, apenas había encontrado coches en la carretera y la música lo había ayudado a animarse, además Bruno había pasado casi todo el tiempo dormido, pero había sido largo y estaba cansado.

Pese a que había comido un bocadillo en una gasolinera hacía un rato, tenía un poco de hambre. A esa hora sería imposible encontrar algo abierto. Pensó que la próxima vez dejaría algo de comida en la casa, así podría tener suministros en caso de necesitarlos. Pero, ¿qué estaba diciendo?, si seguía adelante con todos los trámites dentro de poco esa casa ya no sería suya, no necesitaría llenar los cajones de comida porque no volvería a ir a su barrio.

Cogió la mochila y a Bruno y se encaminó a la que de momento seguía siendo su casa con un nudo el estómago, pero sabía que no era el hambre el que se lo causaba...

Giró en la cama. El hueco vacío había sido sustituido por un bulto prominente que no se podía distinguir. Estaba totalmente cubierto por las sábanas.

Al principio se asustó un poco, pero se calmó al recordar que Bruno estaba con él y que sin duda sería ese bulto que ahora descansaba a su lado. Extendió la mano y lo tocó, desprendía calor, fuera lo que fuera se movía despacio, tan lento que parecía el simple movimiento de alguien respirando, si prestaba atención podía escuchar los estertores.

Estaba a punto de cerrar los ojos cuando un movimiento captó su atención, algo se movía en el suelo. David dio un respingo y el corazón se le subió a la garganta, ahora latía tan desbocado que podía escuchar su sonido. Sin dejar

de mirar fijamente el punto del suelo, se incorporó en la cama hasta quedar sentado, pensó rápidamente en coger la almohada a modo de arma, aunque sabía que era una defensa tan absurda como ineficaz. Pensaba distraídamente en eso cuando pudo ver con claridad que lo que se movía en el suelo era Bruno. Estaba dando vueltas en círculo alrededor de una manta, como solía hacer a menudo cuando quería dormir. David miró a su lado en la cama de forma brusca. El bulto había cambiado. De repente sintió pánico. Se disponía a saltar de la cama y marcharse de allí cuando al mirar alrededor descubrió que no estaba en su casa de Madrid. Conocía esa habitación, aunque algunos detalles eran distintos, pero se trataba sin duda de su casa de Valencia. La ventana de celosía blanca y el gran televisor que prendía de la pared. Se agitó nervioso y confuso en la cama. ¿Qué estaba pasando?, de pronto un pensamiento le hizo recuperar un poco de cordura. Debía tratarse de un sueño, no era más que eso.

Estaba tan preocupado resolviendo el enigma de dónde se encontraba que por un momento se olvidó del bulto que había al lado en la cama. Nada más recordarlo volvió a captar toda su atención. Lo miró y esta vez, al verlo, no hubo un solo atisbo de miedo o temor. Una paz inigualable a nada le recorrió todo el cuerpo entero. Lo que hasta hace un instante no había sido más que un hueco irreconocible era ahora una persona, más específicamente, era la persona más bonita que había visto en su vida.

Sara lo miraba desde sus ojillos azules, eran tan claros en ese momento, iluminados por la luz de la lamparita de noche, que parecían transparentes. Lo miraba fijamente y había tantas cosas en esa mirada que David se sentía un tanto incómodo. Se dio cuenta de que estaba sentado en la cama, con una pierna fuera, a punto de echar a correr. Volvió a mirarla, Sara sonreía, con esa sonrisa que era la mejor promesa de un mundo mejor que nada ni nadie podría ofrecer.

Volvió a tumbarse a su lado, y al hacerlo, la chica se acercó a él.

—Quédate. —susurró.

David alargó la mano y rozó su cuello, pero no llegó a tocarlo. Se acercó despacio, Sara también lo hacía. El deseo de besarla era inmenso. Estaba tan cerca que podía sentirla, como si fuera real.

Un golpe brusco y seco lo despertó. Sin duda algo había saltado encima de

él, y sin duda ese algo era Bruno.

Abrió los ojos aún un tanto desubicado y corroboró que el perro había apoyado la cabeza y las patas delanteras sobre su estómago, lo hacía siempre que quería pedirle algo, o que quería despertarlo.

David lanzó una maldición y lo apartó. En ese momento, solo podía sentir rechazo hacia él. Por su culpa no había podido besar a Sara.

Se restregó los ojos y se dio cuenta de que el corazón le latía deprisa, aún no había logrado calmarse. El sueño, aunque con ciertas partes ilógicas comunes en los sueños, había sido bastante real. Incluso ahora, cuando miraba el hueco de la cama, le daba la sensación de que podía verla.

Se levantó despacio de la cama y analizó cada detalle del sueño. Hasta ahora había tratado de no pensar en ella, aunque su mente le jugaba malas pasadas y la recordaba mucho más de lo que quería, y ahora ese sueño. De alguna forma era como si no quisieran dejarlo olvidar, como si resultara imposible no pensar en Sara, y mucho más ahora que estaba en Madrid. Mientras esperaba que el agua caliente llegara hasta el grifo de la ducha, pensó, esta vez sin reñir a su mente por hacerlo, en ella.

Hacía siete escasos días desde que se habían besado, frente al mar, en una ciudad desconocida. Había pasado la última semana tratando de apartar esa imagen de su mente, a Sara bañada por los primeros rayos de sol del día, su fresca sonrisa. Cada vez era más y más doloroso tenerla solo por un instante, y perderla al instante siguiente.

Volvió a la realidad cuando el agua le abrasó la mano derecha.

Después de desayunar en el bar de la esquina un buen café con un generoso trozo de pan bañado con aceite y tomate triturado, y dar un paseo con Bruno por el parque que frecuentaba cuando no era más que un chaval que quería comerse el mundo, se encaminó a la inmobiliaria. No tardaría demasiado, si no lo había entendido mal por teléfono tendría que firmar un par de documentos y poco más. Cuando terminara con todo el papeleo cogería a su mejor amigo, no es que hubiera olvidado a Damián, pero Bruno estaba ahora todos los días a su lado, y volvería a Valencia. No quería pasar ni un minuto más de la cuenta en el barrio, no le apetecía en absoluto. Estar allí cada vez le reportaba peores momentos. No tenía fuerzas ni ganas de enfrentarse a todo lo que esas calles ocultaban.

Casi una hora después, su estado de ánimo había cambiado por completo. El buen humor se había esfumado y había sido sustituido por la rabia. Su idea de marcharse esa misma mañana era ahora imposible. En la agencia inmobiliaria le habían dicho que si quería seguir adelante con los trámites era indispensable que realizaran una visita a la casa. Era algo con lo que él ya contaba y no le importaba en absoluto, el problema llegó cuando le dijeron que ese día sería imposible, y que como favor, y solo como favor puesto que ese día no era laboral, podían hacer la visita el domingo, tendría que quedarse un día más o dejarlo para otra ocasión.

David aceptó a duras penas, no le quedaba más remedio. Si lo atrasaba otra vez tendría que volver a Madrid dentro de poco tiempo.

Fue a una pequeña tienda que recordaba de toda la vida, no le apetecía en absoluto ir al supermercado donde trabajaba Sara, y compró algunos productos de limpieza, algo de comida rápida y se encaminó a su casa.

Al situarse frente a la puerta cerrada, se dio cuenta de que ya no sentía nada, el temor a esa puerta, a esa habitación, se había esfumado hacía ya un tiempo. La abrió con valentía. Siempre estaba igual, intacta, como si un ser invisible se encargara de cuidar de ella. De alguna forma sentía que en realidad era así, que su madre se ocupaba de conservarlo todo como siempre para cuando él llegara.

Cogió la colcha y la metió en la lavadora. Quitó el polvo que había en las escasas pertenencias y abandonó la habitación sintiéndose más libre que nunca, casi como si ahora fuera volátil.

Rebuscó en los cajones de la sala de estar y encontró viejas facturas, fotografías olvidadas y trastos inservibles. Decidió desprenderse de todo lo que no fuera necesario y solo guardó las fotografías en una vieja caja de color verde. Sería lo único que se llevaría, lo demás podían quedárselo, no le importaba nada, no había nada que tuviera ningún valor allí. En realidad ni la misma casa lo tenía.

En el tiempo que dedicó a limpiar de polvo y recuerdos la vieja casa, pensó en la decisión que estaba tomando y trató de convencerse de que era lo mejor, pues aunque estaba dispuesto a dar ese paso, en ocasiones seguía teniendo ciertas dudas. El pensamiento de que el piso solo estaría alquilado le otorgaba fuerza, si en algún momento quería volver a su barrio podía recuperarlo.

Sabía que de todas formas, en el caso de que quisiera volver y su piso estuviera ocupado, sus amigos estarían dispuestos a hacerle un hueco en su casa, o eso creía. Él solo tenía clara una cosa, nunca aceptaría una invitación de Damián.

Estaba pensando en eso cuando el sonido del interfono lo sobresaltó. Miró alrededor, casi temeroso. Se encaminó a él y lo descolgó, quizá fueran los de la inmobiliaria que al final podían hacerle un hueco.

—¿Quién?

Al otro lado solo unas risas infantiles. No había sido más que una broma de mal gusto. Colgó el aparato mientras negaba con la cabeza. No entendía por qué, pero se había puesto un poco nervioso, quizá esperaba que alguien fuera a visitarlo. Esa casa siempre le recordaba a visitas del pasado que nunca podría olvidar.

Varias horas después, agotado y asfixiado entre esas cuatro paredes, decidió salir a dar un paseo. Ató el collar a Bruno y llegó a la calle.

Al recorrer las mismas calles de siempre, se encontró con varias personas que conocía, pero para él esa vez todo era distinto, de alguna forma sentía que era la última vez, casi como si ese paseo fuese una despedida. Se sentía un tanto extraño y nostálgico. Decidió que esa noche, cuando dejara a Bruno en casa, pasaría por el bar de Julián, le contaría sus nuevos planes y escucharía sus consejos, como siempre había hecho. Sabía que el hombre lo animaría en su nueva andadura, de alguna forma siempre había sido el padre que no tuvo y sabía que lo echaría de menos, aunque en los últimos tiempos apenas se habían visto. Caminaba ensimismado cuando una voz familiar detuvo sus pasos.

—¿David? —Sonó más como una pregunta que como una afirmación.

Giró despacio, sabía a quién iba a encontrar, su tono era inconfundible.

—Hola, Sandra.

Ella se acercó a él despacio.

—Vaya, nunca dejas de sorprenderme. —Lo besó en ambas mejillas.

Él sonrió.

—Siempre te encuentro cuando menos me lo espero.

—Sí, digamos que me gusta aparecer por sorpresa. —Bromeó.

Sandra le respondió con una gran sonrisa. De repente pareció reparar en

Bruno que se había quedado a un lado, observándolos muy quieto.

—Vaya, ¿es tuyo? —David asintió—. Es precioso. —Se agachó para acariciarlo y el animal respondió lamiéndole la mano—. ¿Has venido para quedarte? —dijo poniéndose en pie.

—No, más bien al contrario.

Sandra frunció el ceño.

—He venido para poner el piso en alquiler.

La sonrisa se esfumó del bello rostro de la joven.

—La casa está siempre vacía, me vendrá bien sacar algo de dinero por ella.

Por primera vez desde que la conocía, le pareció que la chica se había quedado sin palabras. Contuvo una sonrisa, debía haber sido una de las únicas personas del mundo capaz de conseguir eso.

—No pongas esa cara —dijo para romper el hielo. Ella lo miró y él sonrió con ternura.

—Me da pena, la verdad —contestó al fin.

—Bueno, seguiré viniendo de vez en cuando.

Sandra asintió, ambos sabían que era una verdad a medias.

—¿Sara lo sabe?

La pregunta lo pilló por sorpresa. ¿Qué tenía que ver Sara con todo eso? Sandra lo miraba fijamente, esperaba una respuesta que no llegaba. No sabía demasiado bien qué contestar.

—Creo que se lo comenté en algún momento, no estoy seguro. —Negó con la cabeza—. No creo que le importe tampoco.

En aquel momento Bruno tiró de la correa, algo parecía haber captado su atención.

—Bueno, vamos a seguir con el paseo antes de que este se enfade.

Sandra sonrió.

—¿Te quedarás unos días?

—No, mañana me voy. Solucionaré unas cosas con la inmobiliaria y volveré a Valencia.

—Podemos tomar algo esta noche en Insomnio, como en los viejos tiempos.

Él negó despacio.

—No me apetece demasiado. Creo que tomaré algo donde Julián y me iré

pronto a casa. Mañana tengo cosas que hacer y el viaje es largo. —Se acercó a la chica, tenía el pelo bastante más corto que la última vez que la vio, siempre acostumbraba a llevarlo tan largo que llegaba hasta su cintura, pero ahora apenas rozaba sus hombros—. Me alegro de verte, Sandra. —La besó en ambas mejillas—. Seguro que nos veremos pronto, tendré que venir a ver cómo va el tema del piso y todo eso.

Ella le correspondió, pero parecía un poco distante.

—Por cierto, te queda muy bien el pelo así. —Le lanzó una sonrisa de medio lado y se marchó, seguido por Bruno.

CAPÍTULO 50

Sandra llenó de nuevo su vaso vacío y Sara lo aceptó sin decir ni una palabra. Su amiga se levantó del sofá y puso más alta la música que resonaba por los altavoces.

—Vamos a bailar un poco, que se note que es sábado —vociferó.

Sara le hizo caso y se situó a su lado. Hacía tiempo que en esa casa no se respiraba un ambiente festivo y lo cierto era que le venía bien. Esa noche en concreto parecía haber recuperado la vida que siempre hubo en ella.

—Lola dice que ya están listas. —Sandra alzó el teléfono móvil en alto—. Le he dicho que nos tomamos una copa e íbamos.

Sara cerró los ojos y se dejó llevar por la música, se sentía bien. Habían acordado que sería una noche de chicas y lo cierto era que le apetecía especialmente salir solo con ellas, incluso Gema había accedido a salir un rato.

Una hora después pisaron por fin la calle. Las dos copas que había tomado le habían hecho algo de efecto y estaba muy contenta.

—¿Dónde vas? —Sandra giró la esquina y cambió el rumbo de repente—. Creí que nos veríamos en el bar de Kike.

—He pensado que podíamos ir a otro sitio hoy.

La siguió, no le importaba donde fueran con tal de estar todas juntas.

Según iban andando, apenas tuvieron que recorrer unos metros, Sara comenzó a entender a dónde se dirigía su amiga. Le extrañó que Sandra hubiese escogido ese bar para comenzar la fiesta, pues no solían frecuentarlo muy a menudo, pero a ella le parecía bien, era el bar al que siempre solía ir su hermano y ella lo había acompañado en muchas ocasiones.

Cuando abrieron la puerta, se encontraron con las tres chicas restantes que

estaban apoyadas en la barra. Todas se habían vestido con sus mejores galas y estaban realmente guapas. Gema, con su barriga ya bastante abultada, se había enfundado un vestido negro que la resaltaba especialmente. Lola, en su línea de siempre, había escogido un vestido ajustado de color morado que denotaba su delgadez y Diana, más recatada, había optado por un sencillo mono negro bastante amplio.

—Qué guapas. —Diana, tan cariñosa como siempre las besó y piropeó hasta la saciedad.

Lola agitó su melena rubia platino y dio una vuelta.

—¿Cómo me veis?

Siempre le gustaba ser el centro de atención y lo cierto era que lo conseguía en bastantes ocasiones, aunque en otras tenía que competir con Sandra y su innato atrevimiento.

—Hola, Julián. —Sara se acercó a la barra y saludó con una sonrisa al hombretón del otro lado. Le caía bien, muy bien. Sabía que su hermano siempre había tenido un cariño especial hacia él y estaba segura de que en ocasiones lo había cuidado cuando más lo había necesitado.

—Pero bueno, ¡qué gran honor tener tantas bellezas por aquí!

Puso sobre la barra unas cervezas y brindó con ellas.

Aunque ese bar solía estar frecuentado por hombres mayores que bebían solos la mayor parte del tiempo, las noches de los viernes y los sábados también solía contar con la visita de jóvenes del barrio que calentaban motores antes de ir a la discoteca.

Esa noche estaba especialmente lleno, ahora que noviembre se había instalado y la temperatura por las noches no era ya la apropiada para sentarse en una terraza, los bares como ese volvían a contar con mayor clientela.

Sara se apoyó en la barra y acarició la barriga de Gema.

—¿Cómo estás?

—Engordando. —Su amiga se sentó en un taburete—. Voy a acabar como una ballena.

Sara rio y miró a Sandra para hacerla partícipe de la conversación, pero su amiga parecía demasiado ocupada mirando alrededor, casi como si buscara a alguien. Sara pensó que estaría a la caza de algún chico interesante para esa noche y retomó su conversación con Gema.

Unos minutos más tarde, sintió la mano de Sandra que se apoyaba en su hombro. Al mirarla vio que dirigía su vista a un punto concreto del bar. Siguió su mirada y contuvo el aliento. Miró a Sandra interrogante y su amiga sonrió con inocencia.

—¿Por eso hemos venido aquí?, ¿lo sabías?

Sandra no dijo nada, pero su mirada la delató. Sara sintió de pronto rabia hacia ella. Apretó los dientes y se mordió la lengua, si abría la boca temía decirle todo tipo de improperios a la que se consideraba su mejor amiga, que por cierto no entendía a que estaba jugando. ¿Y cómo sabía ella que David estaba en el barrio? ¿Había sido todo idea suya?, no podía ser...

De repente todo eso quedó a un lado. “¿Qué más da que Sandra lo supiera o no? ¡David está aquí!”, pensó.

Otra vez...

CAPÍTULO 51

Regresó del baño y se colocó de nuevo al final de la barra. No solía ser su sitio habitual, pero esa noche el bar estaba atestado. Casi había olvidado las noches de otoño de cualquier sábado normal en ese local. Las personas hablando, riendo, la gente que por un momento era feliz.

Cogió el taburete que había reservado, colocó su chaqueta encima y se sentó mirando hacia la barra.

—Pues sí que hay gente hoy —dijo risueño a Julián que se colocó frente a él.

—Sí. —El hombre sonreía de forma misteriosa—. Han venido muchas chicas guapas —dijo mirando hacia el otro extremo de la barra donde cuatro o cinco mujeres, no podía verlas a todas, charlaban animadamente.

David fingió interés y las miró, pero retiró la vista enseguida, lo cierto era que en ese momento de su vida lo que menos le apetecía era conocer a alguien.

—Si fuera tú ya estaría allí, vamos, para una noche que vas a pasar en Madrid, no querrás dormir solo.

Volvió a mirarlas y le pareció reconocer a una de ellas. Si no se equivocaba la había visto en Insomnio una vez. Estaba al lado de otra chica más bajita y rolliza que también le resultaba familiar. Ató cabos, las había visto una vez sí, en compañía de Alberto, el chico de la eterna sonrisa.

Apartó la mirada enseguida, si ellas estaban allí quizá también podía estar él, incluso podía estar...

—La hermana de Damián está con ellas.

Julián interrumpió sus pensamientos y resolvió sus dudas sin necesidad de preguntas.

Alzó la vista, sorprendido e inquieto. De pronto sentía calor, mucho calor. Julián se había marchado a atender a unos clientes. Se había quedado solo.

Sara también lo miraba, si alguno de los dos estaba sorprendido era ella, sin duda, al fin y al cabo al volver al barrio él sabía que había la posibilidad de verla, pero ella no tenía ni la más remota idea de que él estaría allí. Esa sorpresa se veía inscrita en sus ojos.

La situación cambió enseguida y quien de pronto debió mostrar una expresión de asombro absoluto fue él, pues contra todo pronóstico Sara caminaba hacia él. Incluso miró a ambos lados, por si hubiera algo que pudiera justificar el avance de ella, pero no vio nada ni nadie que pudiera suscitar el interés de Sara.

—Voy a empezar a pensar que me persigues. —Parecía alegre, incluso en la primera toma de contacto se atrevía a bromear con él. David sonrió.

—Te recuerdo que este es el bar al que siempre venimos tu hermano y yo —respondió siguiendo su tono amistoso—. Incluso me atrevería a decir que vosotras no soléis venir aquí nunca... o al menos no a menudo.

—Bueno, ya no sueles venir mucho por aquí que yo sepa, creo que desde Valencia te pilla un poco lejos. —Sara se había apoyado en la barra y seguía manteniendo ese tono divertido—. Últimamente venimos bastante por aquí. —Mintió.

David se dio por vencido y alzó las manos en alto, como si buscara una tregua. Sonrió.

—Vale, vale, me rindo.

Sara sonrió orgullosa y bebió un trago de su cerveza para celebrar su victoria.

Él notó enseguida un brillo distinto en sus ojos y un tono diferente en su voz, sin duda esa no era la primera cerveza que tomaba. Parecía más relajada y animada que de costumbre, al menos en lo que se refería a él, y eso le gustaba. Prefería que sus encuentros pudieran ser así de desenfadados y no tan tensos como habían sido en ocasiones anteriores.

—¿Has decidido venir a vivir al barrio otra vez? —preguntó sin dejar de mostrar esa sonrisa tan bonita que a él le fascinaba.

Él la imitó, sintiéndose un tanto embelesado, y negó con la cabeza.

—Todo lo contrario.

Ella borró la sonrisa.

—He venido para ponerme al día con la inmobiliaria.

—Así que al final has decidido venderlo...

—Bueno, de momento lo pondré en alquiler, quiero pensarlo tranquilo. —
David también había dejado de sonreír—. Pero al final creo que es más o
menos lo mismo, no sé...

—No podrás venir igualmente.

David asintió.

—Pero bueno, la verdad es que cada vez vengo menos...

La expresión de Sara se había tornado seria, casi parecía decepcionada. ¿Le importaba tanto que él quisiera alquilar el piso? Cuando eso sucediera, sus visitas se volverían menos habituales, sus encuentros casuales, esos que en los últimos meses habían sucedido a menudo, se convertirían tan solo en parte del pasado. Si lo pensaba fríamente a él también le horrorizaba la idea. No se sentía capaz de dejar de ver esa sonrisa, esa mirada...

—¿Te vas mañana? —La voz de Sara se coló entre sus pensamientos.

La miró, había recuperado parte de esa sonrisa, pero ya no era la misma.

—Sí. —Alzó su cerveza en alto y la acercó a la de ella, quería recuperar el buen ambiente de hacía escasos segundos—. Brindemos —propuso.

—¿Por qué?

Pensó unos segundos.

—¿Qué te parece por los buenos amigos?

Sara parecía dubitativa.

—Yo prefiero brindar por los amores de verano —dijo sin dejar de mirarlo, con una intensidad que podía traspasarle—. Esos que nunca se olvidan.

Abrió ligeramente los labios, las palabras habían muerto dentro de ellos. Era el brindis más inesperado, pero también más bonito, que alguien le había propuesto nunca. Finalmente asintió despacio y chocó su jarra contra la de ella.

—Por esos amores —repitió.

Se miraron fijamente a los ojos, como debe hacerse con un buen brindis, y el momento se hizo suyo.

—Bueno, debería volver con mis amigas. —Sara miró hacia el otro lado de la barra.

Se había hecho la dueña de la situación, tomando las riendas que él era incapaz de controlar. Pocas veces en su vida le había sucedido que no supiera reaccionar, pero en ese momento le estaba pasando.

—¿Por qué? —Consiguió decir y recuperó parte de su seguridad innata.

Ella lo miró coqueta.

—Porque es lo correcto.

—¿Pero quieres irte de verdad o te apetece quedarte?

Sara no dijo nada, lo golpeó cariñosamente en el hombro y giró, con un movimiento increíblemente elegante. Se alejó caminando despacio, como una reina que pasea por el gran salón de su castillo. David no pudo dejar de mirarla hasta que se perdió tras la gente.

Sonrió y bebió un trago de su cerveza.

Transcurrieron al menos veinte minutos. Podía ver a Sara de vez en cuando, en la distancia, riendo y charlando con sus amigas. Ella también lo observaba de vez en cuando y le dedicaba miradas cargadas de erotismo, al menos a él eso le parecía. Cada vez que lo hacía, él la correspondía con una sonrisa de medio lado. Le encantaba esa especie de juego de conquista que esa noche se estaba creando entre ellos, ojalá siempre hubiesen podido estar igual.

Llegó a pensar incluso en la posibilidad de que Sara ya no estuviera con su novio, quizá por eso ahora parecía tan cómoda con la situación. ¿Había alguna posibilidad de que realmente fuera libre? ¿Qué los dos fueran libres?

Ese pensamiento le hizo dar un paso al frente.

CAPÍTULO 52

Lo vio caminar directo hacia ella, con esa sonrisa irresistible capaz de derretir hasta el corazón más frío. Se mantuvo firme, altiva, aguantando su oscura mirada.

—Madre mía, es impresionante. —Lola, a su lado, se atusó el cabello y ofreció su mejor perfil, dispuesta a agradar al chico que caminaba hacia ellas.

Sara la miró de soslayo y tuvo la tentación de apartarla de un empujón, pero se contuvo, no importaba lo que hiciera, David siempre sería suyo, al menos de alguna manera. Sonrió orgullosa.

—Sí, ya lo hemos visto otras veces, es el amigo de Damián. —Diana también lo miró, pero no pareció sentirse atraída por él, no era su estilo de chico en absoluto.

Sandra rio a carcajadas, captando la atención de Lola que la miró como si se hubiera vuelto completamente loca.

—Fue el chico de Sara durante un tiempo, ¿verdad, Sara?

Ese comentario consiguió que apartara la mirada de David y la dirigiera a su amiga. Hasta ese momento ella nunca había dicho nada de su relación pasada, Lola y Diana eran amigas de Alberto y no quería que tuvieran esa información, pero Sandra acababa de desbaratar todos sus planes.

—¿Qué dices? ¿Has estado con semejante hombre y nunca nos has dicho nada? —Lola parecía atónita.

Sara no tuvo tiempo de responder, David había llegado junto a ellas y rozó su hombro.

—¿Vienes a fumar?

Sin esperar su respuesta se encaminó a la calle, sabía que ella lo seguiría. Sara miró a sus amigas y sonrió.

—Ahora vengo.

Mientras caminaba hacia la calle, se dio cuenta del error que estaba cometiendo, estaba dándoles motivos suficientes a Lola y Diana para que se interpusieran en su relación con Alberto, al fin y al cabo el que era su amigo de toda la vida era él, y le contarían todo lo que habían visto y oído esa noche, pero la verdad es que le daba igual.

David era un imán que la atraía de forma irremediable.

Se lo encontró apoyado contra la pared del bar, encendiendo un cigarrillo. Cuando la vio sonrió y le ofreció la cajetilla. Ella tomó uno entre los dedos y dejó que él lo prendiera.

—Me estaba preguntando dónde está el chico de la sonrisa.

Lo miró sin comprender, David lanzó una risotada.

—Quiero decir tu novio, el de la eterna sonrisa.

Sara sonrió y negó con la cabeza.

—Con sus amigos. —Dio una calada—. Hoy es noche de chicas. —Se justificó.

Hubo un breve silencio.

—Y no sonrío siempre —dijo de repente, como si acabara de ser consciente de la indirecta.

David lanzó una nueva carcajada, más sonora que la anterior. Ella lo miró, tratando de mostrarse ofendida, pero no pudo hacerlo, no pudo aguantar su mirada juguetona y acabó riendo también.

—Vaya, tenía la esperanza de que ya no estuvierais juntos.

Se acercó un poco más a él, se sentía poderosa esa noche, valiente. Él no se movió un ápice, la miraba casi desafiante, como pidiéndole que diera el paso que ambos sabían estaban deseando dar, pero Sara se paró a unos centímetros de su oído.

—¿Te hubiera gustado? —preguntó seductora.

—Me hubiera encantado —respondió girándose lentamente hasta que sus labios quedaron demasiado juntos.

Sara tuvo el deseo de dejarse llevar y olvidar todo lo que los rodeaba, pero la cordura fue en su busca, afortunadamente, y recordó que cerca, muy cerca, sus amigas la esperaban.

Miró alrededor, por primera vez sintiéndose incómoda, y agradeció

mentalmente que en el interior hubiera tanta gente, que apenas fuera visible el exterior.

—Lamento decirte que sigue siendo mi novio —dijo alejándose unos metros—. Y que todo lo que ha pasado en las últimas veces no se va a volver a repetir, ha estado mal, muy mal.

A él su perorata debía parecerle graciosa, pues sonreía, e hizo que se sintiera un poco estúpida.

—¿De verdad crees que ha estado mal?

¿Por qué demonios tenía que ser tan asquerosamente seductor?, tan sensual.

—Sabes a lo que me refiero —respondió un poco cortante. Exhaló el humo con violencia y tiró la colilla al suelo—. Vuelvo adentro.

Y empezó a caminar deprisa hacia el interior. Sabía que su valentía se desinflaría por momentos y que si no volvía adentro ya, volvería a caer entre sus redes. Esas redes que tanto le gustaban...

CAPÍTULO 53

Se quedó fuera, con una sonrisa en los labios. Otra vez uno de esos cambios de humor de Sara. Otra vez volvía a ser la chica distante y cortante de las últimas veces. Era una lástima, le parecía mucho más divertido cuando era juguetona y seductora.

En el fondo sabía que Sara se sentía atraída hacia él, mucho más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Era algo tangible.

Dio la última calada y volvió adentro. Tenía que pasar cerca de ellas para volver a su sitio, pero esta vez no la miró a ella, sino a la chica de largo cabello rubio que siempre le dedicaba su mirada más seductora. Le correspondió enseguida y él sonrió, sintiéndose dichoso, estaba seguro de que aunque tratara de negarlo, a Sara ese simple gesto le enfurecería, ya había visto algo similar en Barcelona, cuando las chicas de la barra lo comían con los ojos y Sara se puso celosa.

Cuando volvió a su silla descubrió que ya estaba ocupada, era de esperar, se apoyó en la barra y le pidió una nueva cerveza a Julián que fregaba unos vasos al otro lado.

—Pensé que te ibas a ir pronto a casa.

—Sí, y me iré pronto.

Sabía que si quería encontrarse bien como para emprender un viaje tan largo al día siguiente tendría que dejar de beber ya y volver a casa, pero no podía irse sabiendo que Sara estaba allí. Cuando la veía nunca sabía cuándo sería la próxima vez, por eso siempre quería aprovechar el máximo el tiempo posible con ella, o al menos a su lado. Se conformaba con poder mirarla de vez en cuando.

—Hace bastante que no veo a Sebas y los demás por aquí. —Julián se situó

otra vez frente a él—. Desde que viven lejos, tienen hijos, se han casado y esas cosas se han vuelto caros de ver. —El hombre sonrió—. Pero me alegro mucho por ellos. Así es como deben ser las cosas. Hay que crecer y dejar los malos hábitos.

David asintió.

—Es lo que quiere un padre para sus hijos. —El hombre guiñó un ojo.

Alguien llamó su atención y tuvo que marcharse. David se quedó mirándolo tiernamente. Sabía que todo lo que decía, lo decía de corazón. Prefería hombres hechos y derechos con sus vidas formadas y asentadas que clientes en su bar.

Aprovechó la ocasión para marchar al servicio. Para llegar a él tenía que atravesar un estrecho pasillo, donde había dos puertas más.

Descubrió que el aseo de hombres estaba ocupado y se apoyó en la pared.

—Tú por aquí...

La voz achispada de Sara le llegó desde la espalda. Sonrió y giró.

—Tengo que ir al baño —dijo encogiéndose de hombros.

—Yo también. —Ella tenía los ojos aún un poco más brillantes que antes, unas ligeras ojeras azules comenzaban a crecer bajo ellos.

—Pues creo que el tuyo también está ocupado. —Señaló hacia la puerta cerrada, desde el interior se escuchaban risas.

—Esperaremos juntos. —Ella sonrió—. Así te haré compañía un rato.

—Creía que no querías estar conmigo.

—No he dicho eso exactamente. —Ella hizo un mohín—. Solo que no volverá a pasar lo del otro día. —Movié el dedo medio de un lado a otro, a modo de negación—. Porque luego siempre me arrepiento, ¿sabes?

David alzó las cejas. Sara lo volvía loco, siempre lo hacía. Era la chica más complicada que había conocido jamás. Un momento parecía dispuesta a todo con él, y al siguiente se mostraba tan lejos que parecía no haber existido nunca nada entre ellos.

—Vaya, gracias.

—No es eso, a ver, me arrepiento porque tengo novio y eso, y no está bien.

—Ella se apoyó a su lado, contra la pared—. Y él no se merece eso. —Sara negó con la cabeza—. Es un muy buen chico, y luego cuando lo veo... no puedo ni mirarlo a la cara.

—Lo entiendo. —David se alejó unos centímetros.

—De verdad es muy buen chico.

—Bueno, la verdad es que tampoco me apetece que me hables de tu novio.

—David se mostró un tanto brusco en esa ocasión, entendía la confusión de Sara, incluso compartía su arrepentimiento, él también lo tenía, porque aunque no le debiera fidelidad a nadie se la debía a sí mismo, pero no le apetece en absoluto escucharla hablar de lo maravilloso que era el hombre que compartía su vida, su cama.

—No te hablo de él. —Sara alzó ligeramente la voz, parecía una niña pequeña enfadada—. Solo te digo que la paso mal cuando lo veo y eso.

Al escucharla hablar sintió una ternura inmensa hacia ella. No podía enfadarse con Sara aunque quisiera. Cuando en ocasiones mostraba parte de esa niña que llevaba dentro se volvía adorable.

—Sara, me gustas muchísimo —dijo casi sin pensar—. Eres la mujer que más me ha gustado en la vida. Eres divertida, valiente, sincera, con carácter, simpática... —hablaba despacio—. Eres tantas cosas que no puedo decirlas todas. Cada vez que te veo me muero por besarte, no puedo remediarlo. Me vuelves loco, y cuando me hablas de él... no lo soporto.

Ella ya no estaba apoyada en la pared, ahora estaba frente a él y lo miraba intensamente, tenía los ojos luminosos y sonreía.

—No lo hagas, Sara —susurró—. Después te arrepentirás. —Apartó ligeramente el rostro, consciente de que ella iba directa hacia él, hacia sus labios—. No puedo decirte que no, yo no...

Se calló cuando Sara estaba tan cerca que notaba su cálido aliento en el rostro. Sintió sus labios posados en los suyos y cerró los ojos. Ella lo besó con sentimiento, y él enredó su cabello entre sus dedos, sosteniéndolo casi con ansia. No quería soltarla. No quería perderla.

CAPÍTULO 54

Si tuviera que explicar qué significaba fundirse con alguien, hubiera dicho sin duda que en ese momento, en ese estrecho pasillo apenas iluminado, ellos eran dos personas fundidas por un beso.

Mientras lo besaba despacio, acarició su cabello, su mejilla, quería sentirlo. Necesitaba cerciorarse de que él estaba allí, que volvía a tenerlo una vez más, que David era suyo. Todo su cuerpo se lo gritaba.

Escuchó unas risas cerca, demasiado, y comprendió que estaban al lado del servicio, los que estuvieran antes adentro ya debían haber salido.

David se apartó de ella, no había nadie.

—Esto no... No puede ser —murmuró—. Sara, acabas de decirme que esto no iba a pasar.

Ella contuvo una sonrisa.

—No podemos seguir haciéndonos esto. —David parecía un poco triste.

Sara le acarició el rostro e hizo que lo alzara hasta que las miradas quedaron enfrentadas.

—No soporto esto, ya no.

—Vámonos de aquí. —Ella lo dijo tan deprisa que interrumpió a David.

Él la miró interrogante.

—Ahora, vámonos a algún sitio.

Parecía dubitativo.

—Quiero pasar la noche contigo.

David la miraba fijamente sin decir nada, sus ojos eran un misterio.

—Vale. —Accedió al fin—. Te espero en mi casa en diez minutos.

Y dicho eso, se marchó.

Cuando él se fue esperó unos minutos de rigor y entonces se acercó al oído de Sandra.

—Me voy.

Su amiga la miró, primero dudosa, después un poco enfadada y finalmente pareció entender lo que estaba sucediendo y se limitó a sonreír. Seguramente hubiera querido preguntar muchas cosas, pero no lo hizo. Si conocía a Sara bien, y desde luego que lo hacía, sabía que preguntarle algo, cualquier cosa, podía hacer que dudara de la decisión que estaba tomando.

—Chicas, tengo que irme.

Todas la miraron y callaron por un segundo, había conseguido lo impensable esa noche, que las chicas se mantuvieran en silencio durante un momento.

—¿Cómo? —Diana fue la primera en hablar, tenía la boca abierta, estaba totalmente atónita.

—Pero, ¿no íbamos a salir toda la noche? —Lola estaba igual de perpleja.

La única que la miraba sin decir nada era Gema. Ella ya sabía antes de esa noche que Sara había mantenido una corta pero intensa relación con David, aunque Sara no le hizo partícipe de ello hasta que dejó de ser un secreto, Gema conocía todos los detalles de su historia, tanto cuando habían estado juntos, como en la distancia. Compartió una mirada cómplice con Sandra y mientras Sara pensaba deprisa en una excusa que pudiera ser loable ante Lola y Diana, la chica de pelo rizado vertió disimuladamente sobre su vestido negro una cerveza casi entera.

—No hace falta que me acompañes. —Gema tomó las riendas y comenzó la conversación.

Sara la miró presa del más absoluto desconcierto. ¿Qué estaba haciendo Gema?, ¿por qué se había tirado una cerveza sobre el vestido?

—Aún no me acostumbro del todo a esta barriga, a veces soy un poco torpe. —Ella seguía hablando sin parar mientras cogía las servilletas de papel que Sandra le tendía y trataba de limpiar su vestido empapado—. Como me he tirado todo encima Sara se ha ofrecido a llevarme a su casa y dejarme algo de ropa. —Miró a la joven que seguía sin entender nada y que se limitaba a observarla con los ojos como platos—. Ya le he dicho que no creo que tenga nada que me valga, y menos ahora, pero se está poniendo muy pesada.

—Claro que sí, Gema, Sara vive aquí al lado, no tardareis nada en ir a su casa y coger algo seco. —Sandra se incluyó en la conversación de forma ágil—. No puedes quedarte con eso mojado, vas a coger frío, y lo que es peor, puede coger frío el bebé.

Sara las miró a ambas y entendió lo que sus amigas estaban haciendo, le estaban dando la posibilidad de tener una excusa para marcharse del bar sin que Lola y Diana se inmiscuyeran.

—Tardaremos poco, lo prometo. —Gema guiñó un ojo cómplice a Sara—. Siempre y cuando encontremos algo que me quepa, claro.

Antes de que pudiera reaccionar, sus amigas prácticamente le habían puesto la chaqueta negra y le habían colgado el bolso del hombro. Gema se vistió a toda velocidad y cogió a Sara por el brazo. Cuando reaccionó, estaba en la calle.

Miró a Gema y agitó la cabeza.

—¿Me puedes explicar que ha pasado ahí dentro?

Su amiga comenzó a reír a carcajadas y empezó a buscar en su bolso.

—Pues que te he salvado el culo. —Al fin pareció encontrar lo que buscaba en el gran bolso, que más bien parecía una maleta, de color azul—. Te vas con él, ¿no?

Sara la miró y asintió despacio.

—¿Tan evidente es?

—He visto como os mirabais todo el rato. —Gema sonrió.

—¿Crees que Lola y Diana se habrán dado cuenta?

—No creo, además, ¿qué más da lo que piensen?

—Bueno, son amigas de Alberto y...

—¿Querías irte, no?

Sara asintió.

—Bueno, pues llegaremos antes en coche, eso sí, tendrás que decirme dónde vamos.

Gema alzó las llaves que tenía en la mano en alto y el sonido de un pitido resonó desde muy cerca.

—Pero, ¿y tú? ¿Qué vas a hacer ahora?, seguro que querías quedarte más tiempo, y encima estas empapada...

—No creas que es divertido estar rodeada de chicas que beben y hablan de

chicos cuando tu estas embarazada y tienes a tu novio esperándote en casa. —Gema abrió el maletero y cogió una gabardina negra que llegaba hasta sus rodillas, se quitó con increíble destreza el vestido que llevaba y se puso el abrigo—. Además esto pesa, ¿sabes? —dijo señalando la prominente barriga—. Me apetece tumbarme a dormir, casi podría decirte que me has salvado el culo tu a mí, no me apetecía quedarme más tiempo. —Volvió a lanzar una risotada.

Sara la miraba entre impresionada y enternecida. Sus amigas acababan de urdir un plan, de forma tan rápida como efectiva, para que ella pudiera marcharse con David. Era consciente de lo que estaban haciendo por ella, estaban siendo cómplices de una mentira, estaban encubriendo una infidelidad.

—Vamos, monta. —Gema se sentó en el asiento de conductor vestida únicamente con la gabardina, había dejado el vestido mojado en el maletero—. Puedes enviarle un mensaje a Sandra dentro de un rato y decirle que no hemos encontrado ropa de mi talla y que nos quedamos en tu casa, o que estoy cansada y me has invitado a dormir, o algo así, no sé, eso ya invéntatelo tú. —Accionó el motor y el coche empezó a moverse— Ahora dime, ¿dónde vamos?

Se subió a la estrecha acera y escuchó el sonido del claxon. Gema agitaba una mano en alto desde el interior del coche. Ella le correspondió.

—Creo que a Isaac le encantará que aparezcas en casa vestida solo con una gabardina.

Gema estalló en carcajadas y se marchó.

Ahora que estaba delante del bloque de apartamentos de David una oleada de nervios recorría todo su cuerpo. El trayecto había sido tan corto y había estado tan ocupada hablando con Gema que no había sido demasiado consciente de hacia dónde se dirigía, pero ahora era una realidad.

Acalló las voces de su mente porque supo que si las escuchaba podía salir corriendo despavorida.

Buscó el teléfono móvil en su bolso y le escribió un mensaje rápido a Sandra.

“Gracias por lo que habéis hecho por mí, de verdad, sois las mejores. Diles que no hemos encontrado ropa que le quede bien a Gema y que además

estábamos algo cansadas y nos ha dado pereza volver, que nos quedaremos en mi casa a dormir. Mañana hablamos. Te quiero”.

Iba a guardar el dispositivo, pero pensó que tenía una cuenta pendiente.

“Muchas gracias, Gema, por lo que has hecho hoy. Te quiero”.

Cuando terminó de enviarlo sonrió. Tenía suerte de poder contar con amigas como esas.

Miró al frente. La suerte la esperaba en lo alto de ese edificio, en uno de esos pisos.

Pese a los nervios que la atenazaban, estaba tan ilusionada como emocionada. Saber que David la esperaba hacía que todo su cuerpo latiera.

CAPÍTULO 55

Miró otra vez el reloj. No podría contar las veces que lo había mirado ya desde que había llegado a su casa, hacía al menos media vida.

Estaba tan nervioso que no podía estar quieto en ninguna parte, caminaba sin parar por toda la casa, encendiendo y apagando luces, abriendo y cerrando puertas, fumando con ansía.

Empezaba a temer que Sara se hubiera arrepentido de su propia proposición cuando el sonido del interfono rompió el silencio, solo interrumpido por su agitada respiración.

Cogió aire y caminó hacia él.

La noche acababa de empezar, la noche que había estado esperando los últimos años, quizá toda la vida.

El sonido del timbre. Sara estaba allí. No había huido. Abrió la puerta, y sin querer y sin poder evitarlo, una gran sonrisa iluminó su rostro.

Estaba vestida con una chaqueta negra que llegaba hasta su cintura, su pelo cayendo a ambos lados de su rostro de serenas facciones. La luz acababa de llegar al apartamento.

—Hola —susurró.

—Hola —murmuró ella.

Se echó a un lado para dejarla pasar y la chica lo rozó cuando pasó por su lado.

Caminó unos pasos hasta situarse en el interior de la sala de estar. Él la siguió muy de cerca. Quería hablar de tantas cosas con ella, quería contarle muchas y escuchar tantas otras, pero no pudo resistirse a la tentación.

No lo había planeado de esa manera, pero un impulso lo movió. Cogió a Sara a través de la cintura y la guió suavemente hasta que estuvo colocada

frente a él, se dejó llevar por esos labios tan seductores que lo llamaban y le sugerían cosas inconfesables.

Dirigió su mano derecha a la cremallera plateada que cerraba la chaqueta de ella y la bajó despacio, con delicadeza. Sara lo besaba lentamente y lo dejaba hacer.

Cuando la cremallera estuvo abierta dejó que el abrigo resbalara por sus brazos. Sin mover su mano izquierda de la cintura, dirigió su mano derecha al tirante que sujetaba la camiseta gris de Sara y lo ayudó a resbalar por el hombro, ahora el pecho izquierdo de la chica estaba a su alcance, lo acarició despacio, sintiendo como el pezón se erguía bajo sus dedos. Sara gimió y él sintió que enloquecía bajo ese sonido.

Dejó que sus manos se movieran solas, siempre de forma delicada y con movimientos suaves y pausados.

Bajó sus labios hasta el cuello de ella y lo besó despacio, sus labios se llenaron de su sabor.

Sara apenas se movía, pero respiraba cada vez más afanosamente. Él bajó el otro tirante de la camiseta y la contempló fascinado.

Tuvo un impulso y de nuevo se dejó llevar por él. Cogió a Sara en brazos, haciendo que sus piernas quedaran a ambos lados de su cuerpo, y la llevó hasta su habitación. Allí, entre la penumbra, la tumbó en la cama y delicadamente le quitó los pantalones.

Besó sus pechos, su estómago, el precioso lunar que había junto a su ombligo, sus muslos, sus piernas enteras y finalmente le quitó la ropa interior de color roja. La dejó a un lado y se concentró en la zona que acababa de quedar desnuda, besándola dulcemente.

Sara seguía jadeando despacio, y así seguiría casi toda la noche...

Cansado, pero sintiéndose mejor que en mucho tiempo, se tumbó junto a ella que también respiraba con dificultad, estaba completamente desnuda, igual que él, y le gustó sentir el calor que su cuerpo desprendía. Sara apoyó su cabeza en su torso desnudo y él acarició con suavidad su cabello, que ahora estaba un poco húmedo a causa del sudor. Aunque en la habitación hacía un poco de frío, sus cuerpos eran como dos volcanes en erupción. La pasión había escapado de ellos como cuando la lava se desprende del cráter, y ahora había llegado la calma.

Estuvieron en silencio durante varios minutos, tan solo sintiéndose el uno al otro, creando un momento de total y absoluta serenidad. Se sentía más unido a ella de lo que jamás se había sentido unido a nadie. En ese momento eran la viva imagen de una pareja que comparte una larga relación de años y entre los que ya sobran hasta las palabras.

Un sonido en la habitación de al lado hizo que ella se agitara nerviosa.

—¿Qué ha sido eso? —Se incorporó despacio, parecía asustada.

David sonrió. Se levantó despacio de la cama, apartándola con cuidado y encendió la luz.

Volvió un par de minutos después, acompañado por Bruno que hasta ese momento había permanecido encerrado en la habitación de su madre, no sabía si el animal había emitido algún ruido antes, había estado tan absorto escuchando los dulces jadeos de Sara que ni siquiera había reparado en él, y a ella sin duda debía haberle pasado lo mismo, pues no había sido consciente de su presencia hasta que no hubo acabado todo.

—Oh. —Ella sonrió tiernamente y una expresión de absoluta felicidad asomó a sus ojos—. No sabía que estaba aquí. —Se bajó de la cama de un salto y se dirigió hacia el animal, seguramente en ese momento no era ni siquiera consciente de que aún estaba desnuda.

El animal se acercó a ella, como si fuera una vieja conocida y comenzó a menear el rabo con energía. Hasta Bruno se alegraba de verla.

—Es precioso —dijo ilusionada mientras acariciaba al animal que parecía encantado con sus caricias.

David los observaba en silencio. Hasta el animal adoraba sus manos.

—Te presento a Bruno —dijo él al fin acercándose a ellos.

El perro enseguida dirigió su atención hacia él, Sara estaba sentada en el suelo y seguía mirándolo encandilada.

—Me encanta —susurró.

—Creo que tú también le encantas a él. —David se agachó hasta quedar junto a la joven y acarició la cabeza del animal—. Bueno, y a mí también.

Ella lo miró, parecía más niña que nunca. Sonrió haciéndose aún más preciosa y el chico besó dulcemente sus labios. En ese momento volvía a ser la misma chica que dos años atrás había compartido esa misma cama. Volvía a ser su Sara.

—Voy a ponerme algo de ropa. —Se puso de pie, pero David la interceptó colocándose en su camino.

—Yo creo que estás perfecta así.

Ella lanzó una infantil risotada.

—Pero hace un poco de frío.

Era cierto, ahora que la intensidad del momento había desaparecido empezaba a notarse la baja temperatura.

—Pondré la calefacción, si quieres la pongo a toda potencia. —Él sonreía pícaramente—. Solo si me prometes que te quedarás desnuda.

Sara lo miró e hizo un mohín encantador.

—Vale, te dejo que te vistas. —Cedió finalmente—. Pero solo un rato.

Se marchó a la cocina mientras escuchaba la dulce risa de la chica desde la habitación.

Cuando volvió los encontró a los dos, a Bruno y a ella, tumbados en la cama. Sara se había cubierto con las sábanas y la colcha.

—No me he vestido —dijo juguetona.

Él sonrió y se dirigió hacia ella. La imitó y se introdujo en el interior de la cama. Adentro la sensación era fabulosa, el calor que ofrecía la ropa era nada comparado con el calor que desprendía la piel de Sara. Sentir la suavidad de su cuerpo pegado al suyo le hacía sentirse en calma, en paz. Nunca en su vida se había sentido tan a gusto como a su lado.

CAPÍTULO 56

Tumbada en la cama de David, con él a un lado y su precioso perro al otro, se sintió casi como en un sueño. Si alguna vez había imaginado como sería una vida junto él, y lo había hecho decenas de veces, sin duda era así. Sonrió. La imagen de esa vida le gustaba.

—Pensé que podrías arrepentirte y no venir. —David le habló desde tan cerca que le hizo cosquillas en el oído.

—No lo pensé demasiado. —Reconoció—. Si llegaba a hacerlo no hubiera venido. —Hizo una breve pausa—. Seguramente.

Lo cierto era que las ganas de marcharse con él esa noche eran tan grandes que estaba segura de que nada ni nadie le hubiera podido hacer cambiar de opinión.

—Me alegro de que hayas decidido venir. —Él besó dulcemente su hombro.

Pensó en sus amigas, la idea de pasar la noche junto a David era mucho más atractiva que la mejor noche de fiesta con ellas, pero no podía evitar sentirse un tanto culpable. Les había mentido, y además Lola y Diana eran las mejores amigas de Alberto, lo que empeoraba notablemente las cosas. Al pensar en él, la sonrisa se esfumó de su rostro. No había pensado en él hasta ese momento y ahora que lo hacía, la culpa empezaba a corroerle las entrañas.

—¿Qué pasa?

Su rostro debía ser reflejo inequívoco de sus pensamientos y David lo había notado enseguida. Siempre había sido una chica transparente, incapaz de ocultar sus sentimientos.

—Nada. —Mintió, consciente de que él no lo creería, solo esperaba que él

no insistiera en conocer la verdad.

—Vamos, dímelo.

Desgraciadamente sí insistió. Trató de sonreír, pero su sonrisa era igual de falsa que sus palabras.

—Es por él, ¿no?

Sintió esas palabras como un puñal. No podía engañar a David, la conocía demasiado bien. Giró, hasta quedar de frente a él, al mirarle a los ojos supo que no quería, que no podía mentirle.

—Sí. —Reconoció al fin—. Lo siento.

Para su sorpresa, él no solo no pareció enfadado sino que sonrió levemente.

—No tienes por qué disculparte —susurró—. Lo entiendo.

Lo que faltaba, no solo era increíblemente atractivo, sensual, cariñoso, divertido, encantador, sino que además era comprensivo.

—¿Qué entiendes? —preguntó un tanto sorprendida. David se lo ponía muy difícil, casi esperaba que en algún momento hiciera algo inapropiado para no que no le pareciera tan perfecto, eso facilitaría las cosas en su vida.

—Como dijiste antes en el bar, cada vez que pasa algo entre nosotros te sientes mal por él. —Le acarició la mejilla, parecía imposible que se mostrara tan tranquilo mientras hablaban de otro chico, de su novio ni más ni menos.

—¿Lo entiendes?

David resopló.

—Odio que pienses en él, sobre todo en este momento. —De repente se puso muy serio—. Pero entiendo que no debe ser fácil para ti.

Sara se relajó un poco. ¿A quién trataba de engañar?, claro que David no estaba tranquilo cuando hablaban de Alberto, se le notaba enseguida, le cambiaba la actitud, hasta la mirada, lo único que intentaba era mostrarse tolerante con ella.

—Por eso te pido perdón —dijo mucho más sosegada—. Porque sé que no es bonito que me acuerde de él ahora. —Le acarició la mejilla, David estaba un poco tenso—. Pero estaba pensando en las chicas y bueno, todo va un poco unido.

—¿No le has contado nada?

—No. —Reconoció—. Ni siquiera sabe que tuvimos algo en el pasado, bueno, eso creo. —Hizo una breve pausa, como si estuviera pensando—. La

verdad es que le noto un poco raro cuando tú y yo estamos juntos, es como si lo notara, no sé, supongo que será solo una sensación mía.

—La verdad es que yo también lo he notado.

La respuesta de David hizo que alzara una ceja, sorprendida. Él continuó hablando.

—Si, al principio incluso me parecía que yo le caía bien, era bastante simpático conmigo, pero al final empezó a mostrarse más distante, pensé que quizá le habías contado algo de lo que pasó entre nosotros y eso le había hecho cambiar su opinión sobre mí. —Sonrió levemente—. Me hubiera parecido de lo más normal.

Sara pensó un segundo. Era cierto que el rechazo de Alberto había ido dándose poco a poco, cuando se encontraron por primera vez se mostró receptivo, pero mientras fueron pasando los días empezó a mostrarse más receloso de David.

—Cuando fui a Barcelona y le dije que tú también estabas se enfadó mucho. —Sara pensó en voz alta.

—Quizá alguien se lo ha dicho.

Reflexionó. La existencia de su relación con David, hasta ese momento, la conocían su hermano, Sandra y Gema. Damián no solo no había tenido la oportunidad de contarle nada a Alberto sino que, aunque la hubiera tenido, nunca lo hubiera hecho, jamás se inmiscuía en los asuntos de Sara, y en cuanto a sus amigas no tenía ninguna duda.

—No creo, no hay nadie que... —Mientras hablaba un pensamiento cobró fuerza en su mente—. Bueno, él es muy amigo, el mejor en realidad, de Mateo, mi compañero del supermercado.

—¿Mateo lo sabe?

—Nunca se lo he contado, pero puede ser, creo que nos vio juntos alguna vez.

Hasta ese momento nunca había pensado en esa posibilidad, pero era más que probable que Mateo y Alberto hubieran mantenido alguna conversación al respecto, y además estaba ese día en el supermercado en que su compañero las había descubierto a Sandra y a ella hablando en el vestuario.

—Da igual —contestó al fin—. No me apetece pensar en eso ahora. —Sonrió.

David pareció relajarse un poco, acariciaba tranquilamente a Bruno que tumbado a su lado parecía estar en la gloria, igual que ella cuando esas manos la recorrían, tenían un don especial capaz de hacer que cualquiera, incluso un animal, se sintiera bien.

—¿Por qué no me cuentas cómo has pasado estos dos últimos años? —
David colocó el brazo bajo su almohada, acomodándose.

Ella suspiró.

—¿Todo?

—Bueno, casi todo. —David ladeó ligeramente la cabeza.

—Ha sido mucho tiempo, pero tampoco han pasado tantas cosas.

—Cuéntamelo.

CAPÍTULO 57

—Bueno, después de que te fuiste todo cambio. —Sara hablaba despacio, su sonrisa había desaparecido y ahora parecía un poco triste—. Nunca pensé que te diría esto, pero la verdad es que lo pase bastante mal. —Lo miró fijamente a los ojos y él se sorprendió de la sinceridad que había en sus palabras, quizá otra persona hubiera tratado de esconder esa realidad para mostrarse valiente, pero a él le parecía más valiente reconocer la debilidad—. Me costó un poco hacerme a la idea de que ya no estabas.

—¿Solo un poco?

Sara sonrió, y él la imitó.

—Bastante. —Admitió—. Mucho, la verdad.

David tuvo la tentación de abrazarla con fuerza y prometerle en el oído que nunca más volvería a marcharse, pero sabía que no era más que una quimera. Sin ir más lejos, en unas horas volvería a marcharse de la vida de Sara.

—Fue un verano maravilloso. —Ahora ella había vuelto a sonreír con ganas—. El mejor de mi vida.

David absorbía sus palabras, le encantaba escucharla hablar de esa forma de lo que habían compartido. Era la primera vez que se aventuraban a mostrar todo lo que habían sentido estando juntos y al sufrir la ruptura. Ojalá hubieran podido tener esa conversación antes, él la había esperado y deseado en cientos de ocasiones.

—Para mí también lo fue. —Admitió él dejándose contagiar por la valentía que reinaba en la habitación.

—Cuando te fuiste... bueno, estuve enfadada durante mucho tiempo contigo. —Sara lo miraba como si tratara de leer tras sus ojos—. La verdad es que creo que estuve enfadada hasta ahora.

Sintió una punzada al escuchar la tristeza que se colaba en las palabras de Sara. Sin quererlo había sido el causante de su dolor, cosa que se propuso no hacer jamás cuando la conoció.

—Lo siento —murmuró.

Ella sonrió y le acarició el cabello.

—Ahora sé que no fue culpa tuya. Me comporté como una niña. No entendí que te ibas por tu bien, por el de todos en general.

David sintió que la opresión de su interior se relajaba un poco. Al menos, aunque le hubiera costado admitirlo, al final lo había hecho, eso calmaba un poco las cosas, y de alguna forma mitigaba un poco el dolor.

—Pero me costó tanto perderte...

No esperó un segundo más, se abalanzó a Sara y la arropó entre sus brazos. Ahora, cuando miraba hacia atrás, le parecía casi imposible que hubieran pasado tanto tiempo separados, parecía que toda la angustia, que todo el dolor por tener que separarse de ella no eran más que una mala pesadilla, pero era real, tanto que aún seguía doliendo. En ese momento, al tenerla entre sus brazos, se daba cuenta de lo mucho que había necesitado volver a sentirla.

—Te he echado tanto de menos... —susurró en su oído.

No obtuvo respuesta, pero tampoco la necesitó. Le pareció que Sara lloraba entre sus brazos y entendió que esas lágrimas eran el dolor guardado tanto tiempo en su interior, que al fin, brotaba a la superficie.

Con Sara ya más tranquila, tumbada de nuevo sobre su pecho, se sentía mucho mejor, pero no quería que la intimidad que se había creado entre ellos desapareciera, quería decirle todo lo que llevaba dentro, lo que había guardado durante dos años y cuatro meses, lo que tanto lo había atormentado. Ya no le importaba mostrar sus sentimientos, ya no servía de nada tratar de aparentar algo que no era, escudarse tras esa máscara de seguridad e indiferencia. Sara merecía mucho más.

—Cada vez que te imaginaba con otro chico sentía que me moría —dijo en voz alta, de forma natural.

Le pareció que ella lo abrazaba con más fuerza.

—A mí me pasaba lo mismo. —La escuchó susurrar.

—No pude volver a estar con nadie hasta mucho tiempo después. — Reconoció, y al decirlo se dio cuenta de que nunca le había contado a

ninguna chica nada sobre su vida pasada, nunca hablaba de sus conquistas, no le gustaba hacerlo, pero con Sara era distinto, hasta le parecía que merecía una explicación—. Me resultaba imposible ver a una chica y no pensar en ti. —Hizo una breve pausa—. Te veía en todas partes.

Sara sonrió.

—Y lo cierto es que, aunque después conocí a una chica, no tuvo nada que ver con lo nuestro.

Ella alzó su cabeza y lo miró, tenía los ojos brillantes.

—No conocí a ninguna que me gustara tanto como tú, que me hiciera sentir tan bien. En verdad, me di cuenta de que en toda mi vida nunca conocí a una chica que tuviera que ver contigo. —Movi6 sus ojos hasta tenerlos posados en los de la chica—. Eres especial, Sara, diferente a todas las dem6s. —La bes6 dulcemente en el cabello—. Por eso esper6 durante mucho tiempo que fueras a buscarme a Valencia. —Sonri6—. Hasta que comprendí que no lo harías.

Sara volvi6 a tumbarse y no dijo nada, ya no veía sus ojos, tan solo sentía su acompasada respiraci6n que golpeaba contra su pecho, y los dedos que acariciaban su torso desnudo.

—Quise irme tantas veces...

Despu6s de varios minutos de silencio, al fin ella rompi6 el aire.

David cerr6 los ojos. El tiempo que habían pasado separados, habían sido difciles para los dos, ahora lo comprendía. Ambos habían sufrido y se habían echado de menos, ambos se habían buscado en otros cuerpos y habían ansiado el momento de volver a encontrarse, pero ninguno había tenido el valor de dar el paso final y por culpa de eso se habían perdido.

Pese a que en ese momento la tuviera en su cama y la sintiera m6s cerca quiz6 de lo que la había sentido nunca, la idea de que 6l regresaría al día siguiente a su nueva vida en Valencia y que ella volvería a quedarse allí, no dejaba de atormentarlo.

Sara volvería junto al chico que había estado a su lado en todo el tiempo en que 6l solo le ofreci6 ausencia. Alberto la había acompañado cada día, como debería haber hecho 6l, y ahora se había ganado un puesto privilegiado al lado de ella.

—Pero bueno, ha pasado mucho tiempo.

Esta vez fue él quien habló. Creyó que de esa forma dejaría de tener pensamientos que lo atormentaban. Ya no podía cambiar el pasado, no servía de nada seguir fustigándose por algo que ya no podía solucionar.

—¿Has vuelto a ver a Santi?

Agradeció que la conversación hubiera tomado un cariz distinto y que Sara se hubiera ido por otros derroteros.

—No —contestó con rotundidad—. Desde que me fui no he vuelto a saber nada de él, aunque he venido varias veces a Madrid, sobre todo últimamente, la verdad es que no he ido a verlo, ni pienso hacerlo.

Sara se incorporó y se sentó a su lado. Cogió una camiseta ancha de color blanco que había bajo la almohada, la que él usaba para dormir, y se vistió con ella. Bruno notó que se movía y alzó la cabeza con las orejas en señal de alerta. Ella lo acarició despacio y el animal enseguida se calmó.

—Damián ha ido a verlo alguna vez. —Sara se había sentado con las piernas dobladas, como si estuviera realizando alguna postura de yoga, David se fijó en que era capaz de colocar los pies sobre la pierna contraria—. Al principio yo le decía que no lo hiciera, pero siempre ha hecho lo que le ha dado la gana, así que deje de decirle algo.

David lanzó una carcajada.

—Es verdad. Tu hermano siempre ha hecho lo que ha querido, no merece la pena. —Se colocó de lado, para poder verla de frente—. No le debemos nada a ese cabrón, nos jodió la vida a todos.

Ella alzó la cabeza y miró al frente.

—Sí —susurró—. A todos.

Él estuvo a punto de decirlo en voz alta, pero prefiero no hacerlo. Había pensado en decenas de ocasiones qué habría sido de su vida si ese accidente no hubiera ocurrido. ¿Continuaría viviendo en el barrio?, ¿seguiría en la actualidad con Sara?

Cuando esas preguntas lo atormentaban prefería apartarlas de su mente, le resultaban demasiado dolorosas. Un simple momento cambió su vida para siempre, la de todos, y ya nunca podrían saber qué habría pasado.

—¿Cómo te va con los estudios?

Sara se encogió de hombros.

—Bueno, bastante bien. Al principio mejor, pero después con todo lo que

pasó y eso pues me ha costado un poco más concentrarme. —Lo miró—. Dentro de poco empezarán los exámenes, así que tengo que ponerme las pilas.

David sonrió. Se alegraba de que hubiera tomado la decisión de estudiar, Sara podría ser lo que se propusiera, merecía el futuro que sus padres no le habían podido dar.

—Estoy orgulloso de ti.

—Gracias. —Lanzó una suave risotada.

—Lo digo en serio. —David se levantó y se sentó junto a ella, con la sábana cubriendo hasta su cintura—. Me alegro mucho de que hayas podido acabar lo que no pudiste.

Sara arrugó los labios.

—Me dijiste una vez que habías dejado de estudiar muy joven, el dinero siempre ha hecho falta en tu casa, lo sé, por eso, ahora que está todo mucho más tranquilo, me alegro de que puedas hacer algo que te guste. Es mejor que pasarte toda la vida en un trabajo que no te gusta.

—Sí. Espero conseguirlo y olvidarme para siempre de supermercados y restaurantes.

—Claro que lo conseguirás, estoy seguro de eso. —David se acercó despacio a ella y la besó en los labios—. Yo confié en ti. Sé que puedes con todo. Solo hay que ver cómo ha sido tu vida para darse cuenta de eso.

Ella parecía un poco emocionada, posiblemente fuera la primera vez, o una de las primeras, que alguien le dedicaba unas palabras como esas.

—Quizá deberías animarte tú también —respondió, y él supuso que lo hacía para romper un poco la tensión del momento.

David la miró y sonrió.

—Nunca he pensado en volver a estudiar, pero, ¿quién sabe?

Ambos sabían que eso era algo que difícilmente sucedería, pero era divertido imaginar un futuro distinto.

—A lo mejor podría apuntarme a clases de pintura contigo, ¿te imaginas?

Lanzó una carcajada y ella lo imitó, aunque enseguida se quedó un poco seria.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Bueno... la verdad es que yo ya no voy a esas clases.

Él arrugó la frente.

—¿Por qué? ¡Creí que te encantaban!

—Sí, y lo hacían, pero después de ese verano, cuando te fuiste... bueno, cambiaron algunas cosas. —Ella jugaba con una de sus uñas—. La verdad es que cuando llegó septiembre y empezaron las clases no tenía muchas ganas de ir.

David no dijo nada, pero se quedó mirándola durante unos segundos, preguntándose si él había sido el causante de esa desidia, esperaba realmente que no fuera así, no podía soportar la idea de que le hubiera provocado tanto daño a la chica a la que más había querido, a la que más quería en realidad.

—Siempre puedes volver a retomarlo —dijo al fin.

—Sí, creo que este puede ser un buen año para volver a empezar, lo he pensado últimamente.

Él sonrió. Al menos ahora Sara parecía feliz, dispuesta a emprender y retomar cosas en su vida.

—¿Te apetece que comamos algo?

Se puso de pie y cuando lo hizo se dio cuenta de que Sara lo estaba mirando, de arriba abajo, sin ningún tipo de reparo o pudor y por un momento sintió una cierta vergüenza.

Ella lo miraba con el deseo prendiendo de los ojos. Vio que asentía con la cabeza. Él alzó una ceja a modo de pregunta.

—Vente a la cama y te enseño que quiero comer.

Sara era ahora fuego, sus ojos eran felinos, mordió ligeramente su labio inferior y David sintió que perdía la cabeza. Esas palabras fueron toda una provocación. Una propuesta tan apetecible como irresistible. Antes de que tuviera tiempo de pensar en algo, su cabeza ya no respondía, estaba de nuevo entre las sábanas.

CAPÍTULO 58

David reposaba de nuevo entre sus brazos. La tenue luz de la lamparita de noche los envolvía y lo dotaba todo de una intimidad muy especial. Su cuerpo, bañado por ese resplandor, parecía aún más bonito, impregnado de un tono dorado. No podía dejar de mirarlo y de preguntarse miles de cosas. Esa noche muchos sentimientos habían aflorado a la superficie. Conversaciones que llevaba mucho tiempo queriendo tener con él al fin habían surgido y ahora sabía cosas que jamás esperó saber.

David le había confesado que la esperó durante mucho tiempo, que veía su cuerpo en el de otras mujeres, que nunca había conocido a nadie como ella, que la había echado de menos... Se sentía rara, confusa. Por un lado, una parte de su interior se sentía muy bien, saber todo eso la hacía sentirse tremendamente especial, estaba mucho más liberada, como si al fin hubiera conseguido cerrar un Capítulo de su vida. ¿Cuántas veces se había preguntado si él también la echaba de menos?, ¿si había vuelto a pensar en ella?, ahora tenía la plena certeza de que había sido así. Por otro lado, estaba tan confundida que su cabeza era un hervidero. Le encantaba estar con él y todo lo que le decía, pero Alberto seguía estando en su mente y en su corazón. Había estado a su lado durante un año y cinco meses, y en todo ese tiempo había sido el novio que cualquier mujer desearía tener. A su lado la vida era fácil, cómoda, incluso satisfactoria.

—Ahora sí que tengo hambre.

La voz de David interrumpió sus pensamientos. Lo miró. Se había vuelto a levantar de la cama, giró hacia ella y dibujó una mueca divertida.

—¿Vas a dejarme ahora que vaya a comer algo o quieres volver a empezar?
Ella sonrió.

—Creo que te acompañaré, yo también tengo hambre.

Lo siguió hasta la cocina, seguidos de cerca por Bruno.

—Tengo langosta y solomillo. —Él abría los cajones mientras ella lo observaba risueña—. Pero creo que no te gusta mucho eso de comer animales, así que quizá mejor un sándwich de queso, ¿no?

Sara asintió.

—Bueno, dejaré el menú de gala para otro día. —David bromeaba mientras sacaba los ingredientes y los colocaba sobre la encimera. Preparó los sándwiches en silencio y cuando terminó le tendió el suyo a ella.

Se encaminaron hacia la sala de estar y se sentaron en el sofá. Solo en ese momento fue consciente de que él se había vestido con su ropa interior, era igual de atractivo vestido que desnudo.

Abrió una cerveza que él le tendía y dio un sorbo largo, estaba sedienta.

Comieron en silencio, dedicándose miradas cómplices y sonrisas casi furtivas.

—No sabía qué hacías deporte. —David la sorprendió con esa revelación, ella frunció el ceño—. Antes me he dado cuenta de que tienes mucha flexibilidad.

Sara estalló en carcajadas, estuvo a punto de verte la lata de cerveza que sostenía entre las manos.

—No lo hago, la verdad, toda mi flexibilidad y mi buena anatomía es genética supongo. —Bromeó.

Él rio, y ella volvió a empaparse de ese fantástico sonido.

—Tendrías que apuntarte a boxeo, es... liberador. —David dio un bocado a su emparedado y prosiguió hablando—. Aunque creo que podrías ser bastante peligrosa si aprendes un deporte así. —Sonrió—. Ya me asustas sin saber manejar los puños...

Ella realizó un mohín y de repente se sintió como una niña pequeña. Dejó el resto de comida y bebida sobre la mesa de café y se abalanzó sobre él, mientras movía los puños como había visto que hacían los boxeadores, en realidad no tenía ni idea cómo hacerlo, pero era divertido. David reía a carcajadas y trataba de defenderse de sus ataques con sus puños cerrados. El ataque duró poco, apenas unos segundos después él había sometido al adversario y lo tenía donde quería. Ahora Sara estaba bajo su cuerpo y trataba

de zafarse entre risas y empujones.

Cuando consiguió liberarse sentía un dolor punzante en el estómago, no podía parar de reír y estaba segura de que al día siguiente tendría agujetas, y no solo por el ataque de risa.

—Dejémoslo en empate. —David se puso en pie orgulloso y ella aprovechó el momento en que le daba la espalda para lanzarse sobre él y rodearlo a través de la espalda, cogió sus manos, tratando de inmovilizarlo y como él estaba despistado lo consiguió por un momento.

De nuevo forcejearon durante unos minutos, las risas debían escucharse en todo el edificio. De pronto David cogió los brazos de ella y los alzó por encima de su cabeza, ahora era ella la que estaba completamente indefensa. Aprovechándose de eso, la besó apasionadamente. Sara se dejó llevar, le encantaba sentirse desprotegida ante él, sabía que podía hacer con ella todo lo que quisiera. Eso la excitaba.

Trató de liberarse de sus brazos, de repente sentía unos deseos irrefrenables de acariciarlo, de coger su cabello y sostenerlo con fuerza, pero él no la liberaba, por el contrario, comenzó a empujarla suavemente hasta que su espalda chocó contra la mesa grande. Sintió el borde justo en su cintura. David soltó sus brazos y la alzó hasta que estuvo sentada sobre la madera. Seguía besándola desenfrenadamente, ella dirigió su mano hacia el bóxer y se lo bajó deprisa. Apenas un segundo después, él estaba otra vez dentro de ella. La sensación era maravillosa. Arrasaba con todo lo demás.

Cuando terminaron, David la miró a los ojos y acarició un mechón que caía a un lado del rostro.

—Puf creo que mañana estaré hecho polvo.

Ella sonrió con dulzura.

La pasión que llevaban guardando tanto tiempo en su interior se había desbordado y no los abandonaba más que apenas unos minutos. Siempre soñó con una noche como esa y aunque no dejara de sorprenderla que el encargado de satisfacerla fuera David, se sentía fantástica, más viva que nunca.

CAPÍTULO 59

Le resultaba casi imposible tener a Sara tan cerca, tan sexy, y no lanzarse a sus brazos a cada minuto. Le encantaba vestida con su camiseta de dormir, estaba increíblemente sensual. Además esa noche había algo especial en su mirada que lo volvía loco, más aún de lo que ya lo hacía siempre.

La ayudó a bajarse de la mesa y al volver a mirarla, notó que algo se removía en su interior. Ahora ya no le cabía duda de que estaba completamente enamorado de ella, y tenía miedo.

Trató de alejar los malos pensamientos de su cabeza y de disfrutar del momento, que sería tan corto que apenas duraría un segundo.

—Son las cuatro de la mañana.

Sara se había apoyado de nuevo sobre el sofá, ahora su expresión había cambiado y parecía exhausta.

—El tiempo pasa volando —dijo él a modo de justificación.

Se acercó a ella y la cogió en brazos. La llevó hasta la cama y la tumbó.

—Es hora de dormir un poco —susurró.

Se tumbó a su lado y apagó la luz. La habitación quedó sumida en la penumbra. Sara se acercó hasta quedar pegada a él y apoyó su cabeza junto a la suya. Podía escuchar su tenue respiración. Apenas la oyó unos segundos, enseguida, se quedó dormido.

—Hola. —Escuchó la suave voz de Sara, apenas un susurro, mientras se metía de nuevo en la cama.

Tenía el frío metido en el cuerpo y sentía los huesos helados. Agradeció poder volver al interior de la cama y acurrucarse de nuevo junto a ella. Su cuerpo desprendía un calor muy agradable.

—Estás congelado. —Sara se agitó un poco.

—Sí, hace frío en la calle.

—¿Dónde has ido?

—Me desperté y fui a dar una vuelta con Bruno.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las nueve.

Sara se movió.

—Tranquila, podemos dormir un rato más.

Enseguida notó como su cuerpo se relajaba. En un segundo ella volvió a respirar despacio, se había quedado dormida. Él sonrió y la estrechó más fuerte entre sus brazos. De repente sintió un vértigo sobrecogedor, incluso tuvo deseos de llorar. Respiró hondo y trató de serenarse, pero un nudo se había instalado en su estómago y apenas le permitía respirar.

Había pasado una de las mejores noches de su vida, apenas era capaz de recordar alguna mejor, y en todas ellas siempre estaba Sara presente, y eso hacía que los sentimientos fueran cada vez más intensos, eran tan grandes que sentía que no podía controlarlos, y de nuevo, una vez más, ese mismo día, volvería a perderla. Eso le asustaba tanto que una sensación similar al pánico se había instalado en su interior. No se sentía preparado para alejarse de Sara una vez más.

Trató de dormirse, pero no pudo. Desde hacía un largo rato esos pensamientos habían empezado a atormentarlo y le robaban el sueño. Se quedó allí parado, sintiendo la piel de Sara, disfrutando de los últimos instantes juntos, no sabía cuándo sería la próxima vez que volverían a estar así, ni siquiera sabía si volverían a estarlo. Acarició y sintió su cuerpo hasta que Sara despertó, un par de horas después.

CAPÍTULO 60

Al abrir los ojos se sintió extraña por un momento, sentía un cuerpo pegado al suyo, no le hizo falta más que un segundo para comprender que era David, su olor no dejaba lugar a dudas. Vio que él estaba despierto, miraba el techo fijamente y sus ojos parecían perdidos en algún lugar, como si en realidad no viera nada.

Se quedó observándolo durante unos segundos, no quería romper ese momento. Al final se movió ligeramente y captó su atención.

Al mirarla sonrió débilmente, pero su sonrisa parecía vacía, igual que sus ojos. Sara se sintió mal al instante.

—¿Estás bien? —preguntó.

Él asintió.

—No podía dormir.

Algo le dijo que ese no era el motivo en realidad de que estuviera tan serio, pero prefirió no decir nada.

—Supongo que tienes que irte.

—Sí.

Estaba a punto de incorporarse cuando sintió las manos de David bajando por su tripa, e introduciéndose en su ropa interior. Estaban calientes, casi tanto como ella. Cerró los ojos y se dejó llevar, una vez más, por esa magnífica sensación.

Al salir a la calle el sol ya estaba muy alto. David estaba bastante callado, lo había estado casi toda la mañana. Sabía que las palabras no eran necesarias en un momento como ese. Ella tampoco estaba muy habladora, la tristeza embargaba su corazón y pensó que él debía sentirse igual.

Una nueva despedida se avecinaba y ambos lo sabían tanto como lo temían.

—Los de la inmobiliaria vendrán enseguida —dijo David mientras andaban despacio a través de las calles.

Ella asintió. Hubiera querido pedirle que se quedase, que alargara el momento de marcharse lo máximo posible, y así pudieran arañar unas horas más para estar juntos, pero sabía que no era justo para él.

Caminaron en silencio hasta que divisaron el bloque de apartamentos de ella a escasos metros. Entonces ambos se pararon, casi al mismo tiempo.

—Bueno...—Ella se colocó frente a él y lo miró.

—Bueno —respondió de la misma forma absurda e incoherente.

—Creo que es mejor que me vaya ya.

David asintió y Sara casi sintió una cierta decepción.

—Ha sido una noche maravillosa. Me alegro mucho de haber vuelto a verte y sobre todo de que hayamos hablado de tantas cosas. Creo que teníamos muchas conversaciones pendientes. —Lo dijo despacio, mirándola a los ojos, él parecía un poco ausente.

—Sí, yo pienso lo mismo.

Se quedaron un momento en silencio, paralizados. Era un momento difícil, incluso tenso. Al fin David dio un paso al frente.

—Adiós, Sara. —Se acercó y besó su mejilla.

Aunque hubiera querido besarle todo el cuerpo, se contuvo, no era el momento ni el lugar.

—¿Volverás pronto?

—Supongo que tendré que venir de vez en cuando para lo del piso.

—¿Me avisarás cuando lo hagas?

David dudó durante unos segundos.

—Creo que no debería hacerlo.

Sara no dijo nada.

—Aunque me gustaría.

Esas palabras hicieron que ella se sintiera un poco mejor, aunque ambos sabían que era complicado.

—Espero que te vaya muy bien con tus estudios y con todo lo demás. Te lo mereces.

Mientras hablaba la sostenía a través de los hombros, con dulzura.

—Tú también te mereces todo lo mejor.

Se agachó y acarició la cabeza de Bruno que la miraba meneando el rabo, como si él también supiera que eso era una despedida.

—Espero verte pronto a ti también. —Le dijo al animal, se puso de pie y vio como David comenzaba a caminar.

El perro giró y la miró, como si esperara que ella los acompañara. Ese gesto le resultó demoledor. Entonces sintió que las lágrimas se agolpaban a sus ojos y empezó a andar hacia su casa, antes de que la situación la sobrepasara.

Cuando llegó al apartamento agradeció que Sandra no estuviera, no le apetecía ver ni hablar con nadie. No tenía hambre, tenía el estómago cerrado. Se fue directa a su habitación y se tumbó en la cama. Solo quería dormir. Tenía la esperanza de que el sueño se llevara la tristeza.

Despertó un par de horas después. El descanso no solo no había ayudado a paliar su malestar sino que ahora se sentía aún peor. Un vacío inmenso le corroía las entrañas.

Fue en busca de su teléfono móvil, esperando encontrar en él algo que le hiciera sentirse un poco mejor, pero sucedió todo lo contrario. Mirándola desde la pantalla había una llamada perdida y un mensaje de Alberto.

“¿Qué tal anoche?”

Un mensaje tan breve y conciso que le resultó extraño.

“Bien, volví pronto a casa. ¿Qué tal tú?”

Lo envió sintiendo que la culpa llenaba cada poro de su piel.

“Me gustaría que nos viéramos esta tarde. Tenemos que hablar”.

Sara sintió que el nudo del estómago crecía un poco más. Esas tres últimas palabras eran las más temidas para cualquier relación de pareja. Decenas de pensamientos empezaron a correr por su mente. ¿Era posible que Alberto hubiera cometido algún error y por eso se mostrara ahora tan distante?, ¿o acaso sabía la verdad?

“A las siete en el parque”.

Lo envió y volvió de nuevo a la cama. La cosa no hacía más que empeorar...

Habían transcurrido cinco días desde esa conversación con Alberto y desde que estuvo de nuevo bajo las sábanas de David, y cada nuevo día que llegaba, era para ella como una losa. Se sentía oprimida bajo un peso invisible que apenas le permitía respirar.

La mañana que precedió al quinto día, tumbada en la cama, incapaz de conciliar el sueño, supo con una certeza que no había tenido hasta ese momento, cuál sería su siguiente paso.

No había dormido en toda la noche, no podía dejar de pensar una y otra vez, estaba cansada y asustada, pero una sonrisa brillaba en su rostro. Se levantó de prisa de la cama, eran las seis y media. Su turno empezaba en una escasa media hora y quedaba mucho por hacer.

CAPÍTULO 61

Cuando David recibió el mensaje sintió que enmudecía. Todo rastro de sangre abandonó su cuerpo y durante unos segundos ni siquiera fue capaz de reaccionar. Al fin, obtuvo una respuesta por parte de su cuerpo. Una respuesta que no dejaba lugar a dudas. Comenzó a reír.

—Tengo que hablar contigo. —Se dirigió a su jefe Ramón, el hombre lo miraba con la duda inscrita en los ojos, pero él sonrió.

Él ya no tenía ninguna duda.

CAPÍTULO 62

Cuando Sara llegó a la estación eran poco más de las cuatro y media de la tarde. El viaje había sido largo, pero la emoción que sentía era tan arrolladora que apenas sentía cansancio. Al coger la pequeña maleta de color azul, se dio cuenta de que le temblaban las manos y las piernas. Todo su cuerpo era una masa temblorosa que apenas podía mantenerse en pie. Estaba ilusionada, pero también un poco asustada.

Comenzó a caminar y apenas recorrió unos metros cuando todas las emociones que la invadían la abandonaron y dejaron solo paso a una absoluta y magnífica felicidad.

David esperaba de pie en el interior. Aunque estaba parado parecía nervioso, movía ligeramente su pierna izquierda sin parar y su vista se dirigía a todas partes. Cuando la vio, una sonrisa, la más grande que Sara había visto nunca, iluminó su rostro.

Comenzó a correr hacia ella y cuando llegó a su lado vio que tenía los ojos un poco húmedos, la sonrisa era tan brillante que todo su rostro parecía refulgir.

—¿Es verdad? —preguntó, su voz temblaba un poco.

Sara asintió y lanzó una suave risilla que era reflejo de los nervios que sentía.

David lanzó un sonoro grito y la alzó en brazos, como si sostuviera un trofeo que acabara de ganar.

Cuando la soltó se dio cuenta de que él estaba emocionado y sintió de pronto una lágrima, pero esta vez de felicidad, que caía por su mejilla.

—Aún no puedo creerlo. —David cogió su mochila y la tomó a ella de la mano.

—Ni yo. —Confesó Sara.

Lo cierto era que había vivido tantas emociones en la última semana, y sobre todo en las últimas horas, que aún se sentía extraña, como si estuviera en una nube, volando a ras del suelo. Tenía muchas dudas, miedos, inseguridades, pero también sentía la mayor ilusión que había sentido jamás.

—Cuando recibí tu mensaje me fui del trabajo, desde luego no podía hacer otra cosa. —David hablaba deprisa—. Le dije a mi jefe que volvería el lunes. —Se paró en mitad de la estación y tomó el rostro de Sara con las manos, como si necesitará tocarlo para corroborar que era real—. No puedes imaginar lo feliz que me hace que estés aquí.

Ella lo besó en los labios. Aunque había tomado la decisión de forma impulsiva, se alegraba mucho. Sabía que había hecho lo correcto, o al menos lo que quería en realidad y lo podría hacerla feliz. Se había dejado guiar por el consejo que su padre le había dado antes de morir.

—¿Dónde quieres ir? Quiero que vayamos a todas partes, que me lo cuentes todo. ¿Por qué has decidido venir? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Sara lo tomó de la mano y mientras caminaba con él, rumbo a un futuro juntos, a la vida que ambos habían soñado en decenas de ocasiones con tener, empezó a recordar todo lo acontecido en los días anteriores.

Cinco días antes, Sara esperaba nerviosa la llegada de las siete de la tarde. Su cita con Alberto le suscitaba tantas dudas como intranquilidad.

Era extraño pues tan solo unas horas antes había estado en los brazos de David, incluso aún podía sentir su olor impregnándola.

Cuando llegó al parque en el que se habían citado eran las siete y cinco minutos de la tarde. Alberto ya estaba allí, permanecía sentado en un banco de madera. Al verla llegar se puso en pie, pero esa vez no hubo sonrisa ni beso de bienvenida, tan solo un frío y distante “hola” que Sara percibió como un mal augurio.

—Hola —respondió

Alberto parecía un tanto incómodo, le costaba mirarla a los ojos y cuando lo hacía su mirada parecía ausente.

—Si quieres que vayamos a otro sitio...

—No, da igual. —Sara se sentó en el banco y él la imitó.

Hubo unos segundos de silencio hasta que fue él quien habló.

—Antes de nada quiero pedirte que seas sincera, Sara.

Desde luego la conversación no empezó bien. Ella sintió que su corazón se aceleraba.

—Quiero hablar contigo por algunas cosas que no he entendido demasiado bien.

Ella lo miró fijamente, pero comprobó una vez más que los ojos de Alberto esa tarde eran esquivos.

—¿Qué tal anoche? —Esa pregunta la pilló desprevenida.

—Bien, volví pronto.

—Eso ya lo sé. —Alberto la interrumpió—. Me lo dijiste esta mañana. —Guardó unos segundos de silencio—. Aunque me ha sorprendido saberlo antes por Lola y Diana que por ti.

Sara bajó la vista al suelo de forma automática, pero no dijo nada.

—También me han contado que estuvisteis en un bar nuevo, ¿no?

—Bueno, solemos ir de vez en cuando, yo he ido mucho con mi hermano.

—Mientras hablaba pensó que, aunque no entendía demasiado la pregunta, se estaba justificando.

—Ya...—Alberto no parecía creerse demasiado su perorata.

—Fue idea de Sandra. —Apuntilló.

En ese instante Alberto la miró fijamente.

—¿Estaba ese amigo de tu hermano?

Sara sintió que el aire la abandonaba por un instante. Asintió con la cabeza.

—También me lo han contado, eso y que hace tiempo hubo algo entre vosotros, nunca me lo habías dicho.

No sabía que decir, se había quedado sin palabras. Sin duda Alberto sabía más de lo que esperaba.

—¿Por qué te fuiste ayer Sara?

Esa pregunta le cayó como un jarro de agua helada. Estuvo a punto de contarle la misma mentira, de volver a caer de nuevo en la tranquilidad que ofrecía, pero al mirarlo a los ojos supo que había llegado el momento de afrontar la realidad. Tenía que asumir sus actos y ser valiente. Como había pensado en decenas de ocasiones, aunque no lo había respetado en ningún momento, Alberto no se merecía sus mentiras. Tenía que ser justa con él.

—Yo... —balbuceó, era más difícil de lo que esperaba.

—¿Te fuiste con él?

Alzó de nuevo la mirada y abrió ligeramente los labios. Los ojos color miel de él le traspasaban el alma. De repente sintió lástima por él, y una gran culpa que pesaba como una losa.

—Lo siento —susurró.

No necesitó decir nada más. Alberto se llevó una mano al rostro y lo cubrió durante un segundo. Increíblemente se recompuso enseguida y la miró fijamente.

—¿Era la primera vez?

Sara negó con la cabeza. Alberto se mantenía impertérrito, aguantando de una forma admirable.

—Lo siento mucho, de verdad. No quería hacerte daño, no te lo mereces, pero David...

—Siempre ha estado ahí, ¿no?

Fue él quien terminó la frase.

Se quedaron en silencio durante unos minutos. Alberto miraba al frente, con la vista perdida en algún lugar. Ella se sentía incapaz de mirarlo. Sentía deseos de llorar, pero sabía que no era justo. Al fin y al cabo ella había sido la única causante de esa situación, ahora no podía lamentarse. En realidad si miraba hacia atrás no se arrepentía de nada de lo que había sucedido con David, solo lamentaba haber hecho daño a una persona que no se lo merecía. Haber antepuesto su felicidad.

Esa tarde, sentados en un banco del parque, apenas hablaron nada más.

Alberto se marchó a casa cabizbajo y ella hizo lo propio.

Un par de días después, la sorprendió recibir una llamada de Alberto. Cuando descolgó el teléfono sintió que su cuerpo se convertía en un manojito de nervios.

—¿Hola?

—Hola, Sara. —Él parecía tranquilo, su voz era calmada, como un mar sin corriente.

—Hola, Alberto. —Repitió.

—Quería hablar contigo.

La sorprendía que después de todo él pudiera mantener la serenidad, dudaba que ella hubiera podido reaccionar igual en su lugar.

—Claro —respondió mostrándose receptiva.

—He estado pensando en todo lo que hablamos el otro día. Desde luego no voy a decirte que estoy bien ni que te haya perdonado ya por ello, creo que eso llevará un tiempo, pero pese a todo te quiero mucho.

Hubo una breve pausa. Sara lo escuchaba estupefacta.

—Si tú quieres podemos volver a intentarlo. —Alberto respiró profundo—. Por supuesto siempre y cuando me prometas que no volverás a ver a ese chico.

Sintió como palidecía. Alberto le estaba proponiendo continuar con su relación, pese a todo lo ocurrido. Esa era la corroboración de que era un chico magnífico, una persona como pocas. Sonrió débilmente y sintió de repente una gran tristeza. Pese a todo, aunque supiera que posiblemente no encontraría nunca un chico tan bueno como él, no podía darle lo que le pedía. No podía prometerle a nadie, ni siquiera a sí misma, que estaría lejos de David. Algo en su interior no se lo permitía. David estaba unido a ella de una forma irremediable.

—Lo siento —susurró—, pero no puedo.

Sintió como al otro lado Alberto suspiraba débilmente, y la tristeza de su interior fue aún mayor.

La conversación se extendió varios minutos más en los cuales le dedicó las palabras más bonitas que encontró en su interior y se despidió de él de la forma que creyó correcta.

“Espero que algún día encuentres una chica que te merezca de verdad”.

Y dicho eso, colgó.

CAPÍTULO 63

Sentados frente al mar que había sido testigo de la mejor noche de sus vidas, Sara sintió que toda la felicidad que la embargaba se fundía con él y supo que a partir de ese momento formarían uno solo, pues ese mismo mar formaría a partir de ese día parte de su vida.

Miró a David, que estaba sentado a su lado, y no pudo más que sonreír.

Aunque había tenido la posibilidad de quedarse junto a una persona que le ofrecía seguridad, estabilidad y confortabilidad, había preferido embaucarse en una aventura junto a un hombre con el que nada nunca había sido fácil, a sabiendas de que las cosas podían no salir bien, pero no le importaba. Prefería arriesgarse a una relación complicada que pudiera hacerle daño, pero que le entregara los momentos más asombrosos y mágicos de su vida y sabía que eso solo lo podía tener junto a David.

Nunca sentiría nada igual en otros brazos.

CAPÍTULO 64

David miró a su lado y al ver a Sara sentada junto a él, sobre la arena, se sintió más dichoso de lo que se había sentido jamás. Había imaginado en cientos de ocasiones un momento que al fin había llegado.

Estrechó a Sara entre sus brazos, pero esta vez no sintió la necesidad de aferrarla con fuerza pues ahora sabía que no volvería a perderla, no la dejaría escapar jamás.

Ante ellos una nueva vida que comenzaba, una vida que se le antojaba inmejorable.

Sara era ahora el aire que lo hacía respirar, y deseó, de todo corazón, no tener que volver a buscar jamás su recuerdo en el viento.

AGRADECIMIENTOS

Una vez más me gustaría agradecerle al sello Selección de PRHGE y a todo el equipo su confianza y, por supuesto, hacer una mención especial para Lola, que siempre está cuando la necesitas, ¡gracias por todo!

A todos los lectores que se adentraron en el mundo de David y Sara con Aire entre las manos y que hayan querido seguir acompañados en esta aventura, espero que hayáis disfrutado de su historia y que os hayan hecho sentir tanto como a mí, aunque sean personajes ficticios siempre serán mis niños.

A mi familia y amigos por haber estado a mi lado en este proyecto y por todo el cariño y apoyo que me han dado, en especial a aquellos que me han demostrado con creces lo orgullosos y felices que estaban por mí.

Y a Carlos porque antes de que este sueño se hiciera realidad y este libro tomara forma me aguantó durante horas y horas hablándole de mis «niños», gracias por tu paciencia.

Y a todos los que sigáis buscando el recuerdo de alguien en el viento...

Si te ha gustado

El recuerdo del viento

te recomendamos comenzar a leer

A la caza de una exclusiva

de *Alexia Mars*



PRÓLOGO

El silencio invadía el largo pasillo tintado de negro. La más pura oscuridad rodeaba a aquella figura que caminaba lentamente hacia la puerta de la que emanaba un débil rayo de luz. Tomándose su tiempo, se acercó y asió el pomo para entrar directamente, sin ni siquiera llamar.

—¿Le ha visto alguien?

Antes de responderle, dio media vuelta y cerró. Tras hacerlo, se desplazó hacia la mesa que ocupaba el centro de la estancia.

—No.

—Síntese. —Asintió y cogió la silla, tomó asiento y aguardó—. ¿Quiere? —Le ofreció un cigarrillo. Negó con la cabeza y observó cómo se encendía el suyo y daba varias caladas; las manos le temblaban. Se notaba la indecisión en cada poro de su piel; una vez más, se preguntó si no se habría equivocado al confiársele—. Usted dirá. He de reconocer que he meditado profundamente sobre sus últimas palabras y mentiría si no admitiese que la idea ha rondado mi mente tortuosamente. ¿Ha hilvanado todo bien? Nos jugamos mucho con esto. —Dejó escapar el humo que fue desplazándose por toda la habitación.

—Esa no es la pregunta. Lo que realmente importa es: ¿piensa llegar hasta el final?

—Haré cuanto sea necesario para impedir ese enlace.

Sonrió.

—Bien.

—¿Cuánto me va a costar?

—Digamos que unos treinta mil para empezar.

—¿Cuándo será?

—El día de la boda.

—¿Sufrirá? —Tragó saliva mientras lo preguntaba. Apoyó las manos en el escritorio y se levantó. Fue hacia el mueble de su izquierda, cogió un vaso de cristal y se sirvió un generoso trago de coñac queapuró en un único sorbo.

—Solo lo necesario.

—No. Ni un rasguño. Sigo sin entender por qué ha de ser ella. Deberíamos

ir a por Alex Sinclair, él es el culpable de todo.

—Usted quiere asestarle la estocada final, y eso solo será posible si lo dejan plantado en el altar. Sufrirá tal humillación pública que no podrá alzar la cabeza del escondite en el que se resguarde. Jamás sospecharán que ha sido secuestrada porque haremos que parezca que lo ha abandonado.

—¿Y cuando la suelte? Irá corriendo a sus brazos, ¿no?

—Bueno, tengo hilvanada esa parte también. Durante su cautiverio le demostraré cuan engañada está con él. Le juro que cuando contemple las pruebas que he preparado, cambiará de parecer con respecto a su querido prometido, será ella la que me pida enterrarlo bajo tierra.

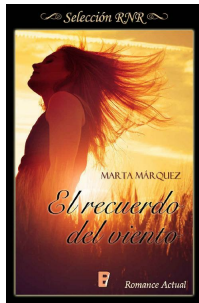
Escuchó su carcajada y vio cómo friccionaba las manos a modo de anticipación.

—Estupendo, ese sí sería un buen redoble. —Regresó a la mesa, abrió un cajón y sacó un talonario que rápidamente cumplimentó. Firmó y se lo brindó.

Sonriendo, lo cogió y saboreó la cifra que resaltaba sobre el papel. Treinta mil dólares, los primeros de muchos más que pensaba sonsacarle. Sus ojos se llenaron de codicia y se despidió de su cómplice estrechando su mano.

Le aseguró que no debía preocuparse por nada y volvió a confirmarle que ella no padecería, y lo hizo majestuosamente, conteniendo la risa que pugnaba por salir. Por supuesto que pensaba hacerla sufrir, no ansiaba otra cosa desde hacía mucho tiempo. Soñaba día y noche con ello. Imaginaba su muerte y la ansiedad le embriagaba al pensar que tal anhelo se cumplía. Esa zorra tenía las horas contadas y lo más divertido de todo es que nadie sospecharía de su implicación. Cerró la puerta y por fin se liberó de la carcajada; sería otra persona la que pagase el pato, una a la que acababa de desplumar...

El recuerdo del pasado es mucho más profundo que lo que ninguno de los dos imagina.



Han pasado más de dos años desde que David abandonó su ciudad natal, pero una noticia inesperada proveniente de su amigo Damián, le obliga a regresar.

A Sara, esa misma noticia le afecta de una forma inimaginable porque, aunque su vida es parecida a la de siempre, algunas cosas han cambiado.

Ahora que el otoño se ha hecho el dueño de la situación, ¿qué sucederá cuando ambos vuelvan a encontrarse? ¿Que nuevas experiencias se verán obligados a vivir, una vez más, entre las calles de ese barrio?

Marta Márquez Vive en Madrid. Amante de los animales. Desde hace un par de años pinta y dibuja como aficionada. También le gusta pasar tiempo con su pareja, amigos y familia. Desde que pequeña ha disfrutado con el mágico mundo de la literatura, tanto escribiendo sus propias historias como leyendo y soñando con las que crean otros. Hace unos años le diagnosticaron una enfermedad neuromuscular que le obligó a dejar su trabajo como administrativa, y gracias a su afición por la escritura ha conseguido llenar muchos de esos días tristes y largos que le acechaban. El sueño de su vida es dedicarse a escribir y a hacer disfrutar a los demás con sus escritos tanto como yo disfruto creándolos.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Marta Márquez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-960-7

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El recuerdo del viento

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Segunda parte

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Marta Márquez

Créditos